

Este libro no sería tal sin la colaboración
Abierta y generosa de Luis, quien puso a mi disposición
toda su experiencia
En su honor, fragmentos y apodos que él sabrá
reconocer y que le están dedicados

Este libro está dedicado a los internos de la Unidad 15 de
Batán

I: EL FINAL

Caminó entre las pinceladas oscuras y húmedas de esa noche de otoño. Los fantasmas que alguna vez fueron verdes, ahora, sucios de hollines, le saltaban al paso provocándole sustos a repetición. Apenas si se contenía ante la llamarada roja de los semáforos. Se volvía continuamente, temeroso de cada sombra y cada sonido. Los ladridos de un perro, encadenado a la reja de la iglesia, se le antojaron una advertencia, pero a estas alturas ya no había advertencias que considerar. Había dejado atrás la posibilidad de decidir y la necesidad de pensar, era tarde para cualquier después. Un dolor sordo le subía por la pierna feamente desgarrada y la sangre, su sangre, empapaba la pernera del pantalón. La vidriera de un café rompía la oscuridad arrojando una lámina de luz blanca y vapores a la vereda, la evitó cruzando la calle, adentrándose en la sombra. El mozo, inútil a estas horas, diría después que le pareció ver a un hombre que cruzó apurado, pero sus dichos solo fueron para su patrón que, tan aburrido como el, pensaba en el cheque que entraba el lunes y se sabe que, ante un vencimiento, a nada se le presta la debida atención.-

La huida, que ahora terminaba en la oscuridad de esta noche anónima, empezó antes cuando aún era tiempo para todo.

II: EL HUGO

El Hugo paraba siempre en el mismo semáforo que era solo para él; sin artistas ni acróbatas compitiendo por las monedas. Solito con su alma, o con algún amigo, ocasional y prescindible, limpiaba, apresurado y desprolijo, parabrisas y lunetas de los autos obligados a detenerse. Un minuto; es lo que tardaban las luces en franquear el paso a los que resoplaban impacientes. Sin saber nada de matemáticas, no se enteró que a una moneda por minuto, en una jornada de ocho horas, multiplicada por treinta días, la cifra resultante no estaba nada mal. Claro que en el cálculo no entraban los que arrancaban de golpe, dejándolo con la mano extendida y el ánimo enervado y belicoso, destruyendo de paso las probabilidades matemáticas de sus ganancias

— ¿Q´acé Hugo?

El que llega es casi su igual en la piel cetrina, tirante, la mirada dura, la ropa; desteñida, de colores que se invaden y bordes deshilachados, grande o pequeña según el físico del donante

— Espero el bondi bolú

— Pará macho ¿Q´so, cómico so?

— ¿Viste a ese turro? ¡Se lo limpié hasta lo borde y se rajó!

— Y, esto guacho son garca bolú

– ¡Uy! ¡Una mina con do pibe! Aguantame Tolo
qu´estaya´stá

La bronca se le pasa con las dos monedas que saltan en la
mano brillante de agua

– ¿Lo viste al Panza?

– No, él para en la esquina de la avenida, pero hoy no
vino

– ¡Qué cagada chabón! Justo hoy se pierde

– ¿Por?

– Vino el Moncho con un dato posta; un gil va a sacar va
a sacar mucha moneda y el boludo va solo

– ¡Pará bolú, si el Panza no está que se joda, llevame a
mí; yo voy al frente y estoy chabón

Si se mira bien, el comienzo fue como de novela barata,
clásica y costumbrista. El resto de la historia era fácil de
prever. El supuesto idiota, junto con la plata, llevaba,
apropiadamente autorizado, una pistola lista para disparar
y que no falló, como la del Tolo, que lo empujó contra la
pared gritando amenazas e insultos, y apretó el gatillo de
puro nervioso y asustado y se quedó como de piedra
cuando restalló el chasquido. Todo se detuvo, los dos
asaltantes miraban hipnotizados el pedazo de hierro inútil.
Y ahí fue que escucharon el estallido. El Tolo gritó cuando
sintió la quemadura en el brazo. El Hugo, aterrado, solo
atinó a correr, soltándose de la mano que lo tenía sujeto
por la manga del buzo, que se desprendió con un ruido a
papel rasgado. Todo transcurrió ante la mirada espantada

del guardia de seguridad que, la tarde anterior, había hablado con el Moncho y que ahora no imaginaba como enderezar lo que había torcido.

Después llegó la policía; mantuvo al Tolo boca abajo, la cabeza tapada con la campera y las manos esposadas a la espalda, a pesar de los reclamos del pibe por un médico que llegó un buen rato después y dictaminó que solo era un roce, sin mayores consecuencias.

Hugo corrió como diez cuadras. Dejó muy atrás, apoyado contra un árbol, tosiendo y con los pulmones a punto de explotar, al uniformado barrigón, que lo siguió hasta que pudo, conformándose a pura puteada cuando tuvo que recuperar el aire, mientras Hugo volaba en sus piernas flacas y asustadas.

Reponerse de su fracasado debut en la delincuencia le llevó varios días. Lejos de la vida regalada, que vendría de la mano del cuantioso botín que imaginó, tuvo que dejar su esquina y desaparecer de los lugares que solía frecuentar. Hambriento y asustado, se refugió en una casilla abandonada al costado de la autopista. Seis días duró el exilio, al séptimo, tímidamente, con los nervios a flor de piel y dispuesto a correr ante la vista de un uniforme, volvió a su casa. Entró al caserío por los fondos de un vecino, evitando al patrullero y su guardia inútil de la entrada principal. En el segundo pasillo encontró a un chico de su edad que, sentado sobre sus talones, trataba de poner en su lugar la rueda de un carrito

- ¿Q´acé Panza?
- ¡Apareciste! Vo so un gato, guacho
- Me tuve que perder bolú ¿Sabes qué pasó con el Tolo?
- Le pasó que vo lo cagaste, guachín, piraste de una y lo dejaste tirado ¡Garca! Si hubiera ido conmigo, estaríamos contando la guita. Pero se jodió bien ¡Por boludo le pasó!

Antes de mandarlo a la mierda, recordando de paso a la mamá, tendría que haberlo pensado un poco; el Panza era uno de los pesados y, como tal, esperaba sumisión y respeto, especialmente de este fracasado aprendiz de malandra, pero así se dan las cosas y ahora, el enfrentamiento era inevitable. El otro lo miraba con furia mientras se limpiaba las manos en la pechera de la camisa, haciéndose el distraído mientras estudiaba por donde entrarle la patada que ya tomaba posición en su pierna derecha. El Hugo sabía que tenía que pegar primero, y que ese golpe tenía que ser definitivo, irreparable. Aparentó retroceder asustado y cuando el otro se le vino encima, lo recibió con un descomunal cabezazo, que reemplazó, con ventaja, a la trompada que había pensado primero. El tabique del Panza soltó un siniestro crujido, un borbotón rojo le empapó la ropa y la fama de malo; mirando el suelo y palpando su maltrecha nariz, era un blanco fijo y complaciente que recibió la patada, y la pérdida de prestigio, con un bufido resignado. Lleno de dolor, se fue desplomando lentamente.

Varios pibes contemplaban la escena con asombro incrédulo, dudando entre saludar y aceptar al nuevo campeón, o esperar la reacción del Panza. Ante semejante dilema se imponía una decisión que dejara a salvo alianzas y amistades en la nueva estructura de poder que había creado el magnífico cabezazo del Hugo, que ahora se retiraba dignamente, balanceando los brazos como paréntesis y mirando a todos, sobrador y canchero. Sus vecinos le informaron que nadie había venido preguntando por él. Ahí supo que el Tolo, no había hablado, a pesar de los labios partidos, el ojo casi cerrado, la mano muy hinchada, producto de los pisotones de un policía flaco y granujiento, de dentadura podrida y aliento haciendo juego que, entre trompada y trompada, se sacaba los mocos con la uña, larguísima, del dedo meñique, mientras sonreía al borde del orgasmo.

El Moncho estaba sentado en un banquito de tres patas, la casilla estaba justo en el vértice de un triángulo que permitía la vigilancia de una buena porción de la villa, que incluía la entrada y el patrullero adosado. Grandote, barbudo, sucio y maloliente, era inimaginable sin el pucho humeante en un costado de la boca y el mate en la mano izquierda. Un anacrónico sombrero negro, ocultaba la mirada inteligente de los ojillos porcinos bajo las cejas muy tupidas

— ¿Q´acé Hugo? ¿Se te fue el cagaso?

- El chabón se rescató de una y el fierro no fue. Todo para la mierda.
- Si, así es la cosa, el Tolo está empachado mal, va a estar guardado un tiempo largo, por suerte vos zafaste y no quedaste pegado

Ya está, no hace falta aclarar nada más, la noticia de la pelea ya se desparramó, ahora tiene su lugar. El Moncho sabe cómo manejar los negocios.

Cuando el Hugo entra a su casilla, encuentra a la mujer de edad indefinible preparando la comida en la diminuta cocina, es la misma que, no se acuerda cuando, quedó en lugar de su madre; a la que su padre echó de la casa, antes de irse el mismo y ser reemplazado por el hombre que apareció después, y el otro, y los demás. El tiempo, las arrugas y la espalda encorvada, los dejaron solos. Ahora, no hay saludos ni gentilezas, apenas unas cejas levantadas y un vago gesto de reconocimiento. En una de las esquinas del único ambiente, el televisor, que hace rato tornó a bicolor, transmite imágenes sordas

- ¿Dónde andabas estos días vos?
- Por ahí, en la estación, que se yo
- Me dijo la Dora que el Tolo perdió
- ¿Y? ¡Yo que sé!
- ¡Vos sabes porque estabas con él y te salvaste de pedo! Si aquel canta, te vienen a buscar y ahora no sos menor

Sin contestar, mirándola con bronca, el Hugo se levanta y sale. Pero el gesto dura muy poco, demolido por el olor a comida caliente que aumenta el hambre de varios días a pan duro. Vuelve, ahora no hay preguntas ni acusaciones. Después de la comida se acuesta. Mañana será otro día.

— El Tolo es un amigo y se la banca ¡Como lo acosté al Panza! Ese no jode mas

Entre inquieto y satisfecho, se duerme. A partir de ese día todo fue diferente; o no, porque estaba cantado que las cosas tenían que pasar como pasaron. Las novedades no tienen lugar donde todo es igual.

III EL ENCUENTRO

— ¿Igual a qué?

Me quedé duro, el termo, a medio camino del mate, soltó el agua sobre la nada que terminaba en mis pantalones. De momento todo quedó en un segundo plano, ante el ardor y las palmadas en los muslos. Una risa contenida produjo un siseo y, ahora sí, me asusté; en el cuarto había un extraño

— ¡¿Quién es?! ¡Será de Dios! Me quemé entero

Todo estaba quieto y en silencio, los auriculares, abandonados sobre el escritorio, difundían música afónica, la computadora emitía un suave ronroneo, echado en su alfombra, mi perro, adormilado, me miraba sin entender mi alarma. Armado de miedo y coraje, salí al pasillo; no había nadie y, salvo los suaves ronquidos de mi mujer, nada interrumpía esa silenciosa y fría noche de otoño.

— Nacer, crecer y cagarla ¿Eso es lo que tenemos destinado no?

— Pe, pe, pero ¿Quién es?

— Yo flaquito, te estás ocupando de los míos y me pareció mejor aclararte algunas cosas; para que no hables al pedo ¿Viste?

— Pero ¿Qué me pasa? ¡Estoy solo!

— Hablas de lo que no conoces ni de cerca, de lo que te enteras por los diarios, de los chismes de vieja. Nadie sabe de nosotros. Por ahí, si hace falta rating, viene algún chabón y muestra la mugre y la miseria, somos “La nota de color” Los cinco minutos de inquietud

social, una puntita de la alfombra levantada para que los buenos se horroricen y ayuden a esconder el montoncito de tierra; para seguir mirándole las tetas a la mina que hace lo que envidian con quien no los calienta

Yo estaba sentado frente al monitor de la compu, el mate sobre el escritorio y buen jazz en los auriculares que no escuchaba. Me levanté y fui a la cocina; repuse el agua del termo, cambié la yerba y, antes de volver, me lavé la cara con agua bien fría. Seguramente el dialogo había sido parte de una siesta fuera de programa. Giré la cabeza con esos movimientos que nadie sabe para qué son, pero que hacemos vaya a saber para qué, me calcé a Sabina, subí el volumen, releí lo escrito antes del sueño y me dispuse a seguir. Mi perro soltó un largo suspiro, se acomodó mejor y siguió durmiendo.

IV: La Historia

A mediodía el Moncho mandó a un pibe a buscarlo. La mujer no dijo nada, pero sus ojos gritaban cuando el Hugo salió. El Moncho estaba en su banquito, con la ropa un día más sucia. Antes de hablarle se quedó mirando a la pared un buen rato, mientras se rascaba el sobaco con la mano libre del mate, le habló tan bajo que tuvo que agacharse para escuchar

- Hay unos amigos que están buscando un pibe con huevos
- Yo Don Moncho
- Hay que trepar hasta la claraboya de la caldera de la fábrica de platos
- ¿La de la canchita de la vía?
- ¿Hay otra? Déjeme hablar pibe. Cuando esté adentro, va al portón, les abre y después se pira. La mano es jamón y su moneda es buena

El hombre lo miró largo, se olió la punta de los dedos y le indicó un lugar y una hora

- Lo van a estar esperando, si anda bien entra. De este trabajo, mañana me trae la mía

No había nada más que decir. El viejo reinició el mate y la mirada a la nada.

- ¿No te va `a cagá no?

Eran cinco y lo estudiaron un buen rato, antes que, el más flaco, le detallara la parte del trabajo que tenía que hacer

— ¡Yo no me cago nunca! Ante fuimo al banco y me le
enfrenté a la gorra y me escapé

Los cinco se miran. En una empresa dirían que el sector de recursos humanos estaba evaluando a un nuevo aspirante. El flaco miró a un grandote de pelo muy corto que asintió con la cabeza y los demás, a su turno hicieron lo mismo. La solicitud fue aprobada y el Hugo entró en carrera.

La mutación; de limpia vidrios a integrante de una peligrosa gavilla que asolaba la zona sur del gran Buenos Aires, según los noticieros y los diarios, mostró a un Hugo vestido con jeans caros, camiseta de Boca, legítima, enormes y carísimas zapatillas de marca, y fama de pesado.

Por ahí rondaba el Panza, con su nueva nariz torcida, mascullando amenazas, lleno de odio y envidia.

Acordaron reunirse en el bar de la estación. Los cinco muchachos llegaron y ocuparon una mesa en el fondo del salón, que, como siempre, estaba casi vacío a esa hora.

Enseguida se les unió el Hugo

— No pasa nada, el chabón ya se tomó el bondi

La rutina era estricta, Hugo era el encargado de vigilar al policía que velaba la estación y que, con su horario, fijaba la hora de las reuniones previas a un trabajo

— Yo digo que hay que parar un poco. Si seguimo así,
por ma guita que haiga, la gorra nos va a cagá de
arriba di `un palo

— Me dijo un boludo de allá que al su, lo tienen loco.

— Bueno, la cosa es así; esta noche vamo a los artículos de hogar. Hay pasa casé, celulare, televisión, máquina de foto y guita ¿Estamos? ¿Alguien se quiere borrá?

El jefe miró a cada uno de sus hombres. Los que habían propuesto un alto, dieron un si sumiso. El Hugo soltó un bufido de alivio, su propensión al ahorro era inversamente proporcional a sus gastos, no tenía un peso, y necesitaba el trabajo de esa noche.

Con los detalles arreglados, la reunión terminó y se fueron yendo de a uno. A su turno, el Hugo se levantó, pero el jefe le ordenó esperar. El tono de la orden le produjo una vaga inquietud, se sentó intranquilo.

— Mirá pendejo, estás haciendo mucho bardo y eso no le sirve a nadie

Quiso contestar y defenderse, pero el otro lo silenció con un ademán

— Desde hoy te via ´star viendo de cerca ¡Bien finito! La cosa es clarita; o te deja ´jodee y te rescatás o te pirás ¡Y sacate esa zapatiya de mierda! A do cuadra te venden bolú. Ahora tomatelá y acordate; la prosima icagaste!

Salió del bar apurado, asustado y lleno de vergüenza, tanto, que no vio al Panza, que entró después de su partida y se fue a sentar en la mesa del fondo, ahora grande para dos personas.

La noche en los barrios; es de los perros vagabundos, los gatos y los autos rezagados que desobedecen semáforos y

solo tienen en mente descargar a los humanos para descansar con ruidos y suspiros, mientras los gana el frio. Los pocos peatones son sombras avergonzadas de estar aún fuera de la cueva, y apresuran el paso tratando de pasar desapercibidos, vigilando a las otras sombras que se les cruzan. El Hugo camina sin ver, las sombras están en su cabeza.

V: No fue siesta

Una noche más, preparé el mate, seleccioné la música, me demoré en los detalles ¿Miedo a la voz misteriosa?

¡Ridículo! Mi médico hace rato que me previene sobre las consecuencias del stress, el exceso de café, la falta de ejercicio, y las noches sin sueño. Nada dijo de alucinaciones, ni de voces en off que me cuestionen, pero todo debe venir en el mismo paquete. Releí lo escrito la noche anterior

— Son dos personajes la vieja y el Moncho ¿No?

— ¡Otra vez!

Ahora no derramé el agua del termo, ni se me cayó el mate por el susto, la voz estaba ahí; tan real como la guitarra de Botafogo que escuchaba en los auriculares

— A lo mejor se puede decir más de ellos. Vos los presentás como engendros malignos

— Yo hablo de la marginalidad, son personajes de una novela y además; secundarios, no tienen importancia

— ¿No te vas a tomar el trabajo de ver las cosas desde su lugar?

— En mi novela, el personaje principal es el Hugo yo...

— El Hugo tiene un mundo, una escala de valores, tiene hambre de todo, es primario, simple, violento, tímido, sabe que el mundo nunca le va a dar nada y se lo va a sacar a las trompadas. Esa mujer, que para vos está de relleno, cuidó al pibe desde siempre, le dio de comer lo que pudo, lo mandó a un colegio, le zurcía la

ropa, regalada por los tuyos y no se quedaron solos porque ella se puso vieja ¡Siempre estuvieron solos! Los tipos pasaban porque a ella los hombres le gustaban y desaparecieron cuando dejaron de interesarle. Es igual con el Moncho, el viejo hace lo suyo, lo único que sabe...

— ¡Si claro! Mete a los pibes en el robo, los manda a una banda y les saca plata ¡Una maravilla!

— ¡No entendés nada flaco! El, afanó desde que era un pendejito ¿Laburar? Al pedo, diez horas en la obra le dan lo justo para no morirse de hambre y poder laburar otras diez horas. Te digo que lo hizo, pero no duró. La vida tiene fecha de vencimiento y hay que consumirla antes del último día. Cuando cayó en cana, terminó en Olmos. Cinco y dos la primera vez, ocho y cuatro la segunda. En la tercera se olvidó de los números, se había casado diez días antes, con iglesia, papeles y todos los chiches. Se pasaba los días de cara a la pared, sin hablar una palabra con nadie. Los encargados pensaban que se le habían volado algunos jugadores. Pero uno sabe que el encierro hace cosas raras con los recuerdos. El viejo, de tanto mirar la pared, descubrió, en la mugre, la cara de su mujer, que ya se le estaba olvidando; desde ese día, tomaba mate con ella y hablaban de sus cosas. Cuando al fin salió; la mina se las había tomado con otro. No pudo esperarlo tanto tiempo.

Me olvidé de los auriculares y el mate pensando en el Moncho. Alguna vez supe de esa forma de medir el tiempo “Tres y dos” “Cinco y nueve” ¿Era por el dos por uno? No; se cuentan los años y los meses que llevan encerrados; tres años y nueve meses, cinco años y nueve meses.

— Faltan los días

— Noo, no falta nada. Te largan bien tarde, a la noche, para que se cumpla la condena hasta el último retacito de tiempo.

Un trueno hizo retemblar la casa y casi me caí de la silla. Decidí que, por esa noche era suficiente. Metódicamente, fui apagando; la máquina, la impresora, el estabilizador, y terminé con la lámpara del escritorio.

— Por hoy basta, me voy a tomar una pastilla, necesito dormir para terminar con esto

La pastilla me tiró de cabeza al sueño, tan rápido, que mi último pensamiento quedó inconcluso. Fue una noche agitada, con pesadillas que olvide al despertar y un sueño muy real, el Hugo estaba herido y rodeado por la policía, yo tenía que convencerlo para que se entregara antes de que lo maten. Cuando al fin lo convencí, los policías no quisieron hacerse cargo, el papelerío era monumental y ellos estaban apurados porque tenían que actuar en otro hecho que salía por la tele en directo. Yo aparecí, por arte de birlibirloque, en la oficina de Lanata; que escuchó mi historia riéndose a carcajadas, mientras repartía pedazos de torta y vasos de gaseosa, llenos de ginebra, a los demás

periodistas. Me desperté cuando volvía donde había dejado al Hugo; y no estaba, solo quedaba una mancha de sangre en la calle y la lluvia la borraba de a poco. Un detalle se me había olvidado y pasé la mañana tratando de recordarlo. Se me apareció, de golpe, a la tarde; el asalto del Hugo había sido para robarse un paraguas.

El pip del despertador tuvo que esforzarse para que me levante de la cama. La casa estaba fría y afuera, el viento zumbaba en los intersticios de las ventanas. Desde la cocina llegaban los ruidos que hacía mi mujer preparando el desayuno, siempre se levanta antes que yo; es que se acuesta a horas normales y yo no me acostumbro a escribir durante el día. Me arrebujé en las mantas, mientras pensaba en las cosas que tenía que hacer. Mi mujer me llamó desde la cocina y reforzó el reclamo con el perfume del café y las tostadas. Me reuní con ella, malhumorado y quejoso, con un leve dolor de garganta. Tomé una taza de café hirviente y dos antigripales, por aquello de que; si uno cura... El desayuno es el momento de charla, los chicos están en el colegio, el perro en el jardín, la radio nos presta un leve fondo musical, nadie nos interrumpe y saltamos de una cosa a otra. Pero hoy tenemos un tema dominante; asaltaron a Facundo, un amigo muy cercano.

— Pobre Facu, no se resistió, pero igual le pegaron un culatazo en la cara. Mariana dice que tiene una pelota bajo el ojo derecho

— ¿Le sacaron mucho?

- Ella se había llevado la recaudación diez minutos antes
- ¡Ahí está! Buscaban pastillas y guita, por eso le dieron, había poca moneda. Creyeron que los quería cagar

Mi mujer siguió hablando. El único que escuchó la voz fui yo

- ...y le pegaron porque si, ya les había dado todo
- Los nervios; no saben afanar. Ahora cualquiera está en el choreo. Lastimar es al pedo, se puede usar una pistola de juguete. Hay que mostrarla, sin sacarla, “Todo bien si te quedas piola, dame la guita y no pasa nada” Lo que importa es la psicológica. Hay que hablar rápido y con seguridad, los chabones se garcan en las patas y largan todo. Importa más el respeto que la violencia. Si te respetan, te obedecen y hay que rajar rápido, con los celulares de mierda, cualquier boludo que pasa por casualidad, llama a la gorra y fuiste.

Pensaba situaciones y diálogos a partir de ese Hugo que había creado. La costumbre de permutar sueño por imaginación me estaba mezclando todo. Me pareció escuchar una risita divertida, pero preferí ignorarla.

- ¿Se puede saber en qué estás pensando? Te quedaste tildado

La voz de mi mujer me sobresaltó

- Nnno, en nada. Es que tengo que ir al banco y después voy a pasar por la farmacia de Facundo para ver como está, por si necesita algo.

El acceso a la avenida estaba obstruido por un par de grandes maquinas viales que, ante la llegada de las elecciones, arreglaban los baches crónicos. Buscando huir del embotellamiento, enfilé hacia la ruta. Muy pronto, casi imperceptiblemente, el paisaje fue cambiando. El césped y las arboledas se convirtieron en veredas rotas, barro, agua estancada, infinidad de bolsas de plástico, rotas por perros famélicos que deambulan en pequeñas jaurías. Una débil neblina de humos de leña, empañaba la visión. Las paredes ignoraban el revestimiento y mostraban ladrillos sin revoque o paneles de madera enchapada, recubiertos de polietileno, los techos cambiaban el rojo de las tejas por una llanura de chapas oxidadas o cartones negros, matizados, aquí y allá, por piedras de cemento para que no levanten vuelo en los días de tormenta. Los racimos de postes, florecidos de medidores, estiraban tentáculos hasta cada casilla. A pesar de la lluvia, había corrillos de chicos y no tanto, que charlaban guarecidos bajo precarias galerías que chorreaban agua ¿Qué hacer cuando no hay nada que hacer? O cuando se vive esperando. Un pibe de edad indefinida arrastraba un carrito cargado de cartones, tras el caminaba un hombre que derrochaba mugre

— Lo ves mugriento porque no sos capaz de ver la diferencia entre roñoso y sucio; para lavarse tiene que juntar agua de una canilla que usan todos. Bañarse acá no es de todos los días. Por eso comparten el mismo olor, la misma piel áspera y percutida ¡Hasta

los mismos granos tienen! No te puedes imaginar un tacho calentado como se pueda, cuando tenés una bañera, calefón, toallas gruesas y estufa ¿No?

La villa tiene techos que piden brea a los gritos, costurones de barro que desaparecerían si alguien se tomara la molestia de rellenarlos con los escombros que están tirados por todas partes.

— ¿Y ellos saben que necesitan todo eso para vivir mejor? Porque vos lo conoces desde siempre, igual que ellos a los olores, el barro y las moscas

Dejé la ruta, tomé el camino al centro y volví a mi mundo sólido, estable, con chicos abrigados, limpios y protegidos de la lluvia con capas plásticas de colores chillones.

En la esquina del banco un pibe muy mojado, la cara con la pintura corrida, hacía, más mal que bien, malabares, con tres pelotas que se obstinaban en correr bajo los autos que esperaban el cambio de luces. Guarecida bajo una precaria marquesina, una chica sin edad, que apretaba un manojito de pañoletas tejidas entre las que asomaba una carita, estiraba la mano ante los que pasaban.

— ¿Están por todos lados no? ¿Viste que nadie los ve?

— ¿Jefe una monedita pa la birra?

Alto, flaco, los ojos negros y saltones orlados de rojo, los dientes cariados y la piel cetrina. La capucha del buzo cubriendo la visera de la gorra; automáticamente negué con la cabeza y subí el vidrio

— Tranquilo, rescatate, no te exige nada, solo te pide una monedita; la que no te agachas a buscar cuando rueda un poco lejos

Pasé por la farmacia de regreso a casa. Facundo tenía un aspecto lastimoso; el ojo derecho casi cerrado y orlado por un tono morado que viraba al negro, el labio lastimado, y en la cara; una mueca de dolor y bronca. Cuando llegué estaba hablando con un cliente y así siguió durante mi estadía en la farmacia. La esperada charla entre amigos se transformó en una conversación que tuvo entre tres y cuatro participantes, que repetían como una letanía ¡Qué barbaridad! ¡Suna vergüenza! ¡Ya no se puede estar seguro en ningún lado! Julio corporizaba el miedo y la inseguridad

— Te digo, no era un negrito cualquiera, cuando entró, lo fui a atender sin desconfiar para nada, no parecía chorro

— ¿Viste? Somos una clase; negros del todo no, oscuritos nomas. Somos el miedo que ustedes proclaman, la excusa válida. De nosotros nadie necesita el "Algo habrán hecho" nacimos después de los ochenta ¿Te suena esa época?

Saludé a Facundo y a su mujer, dije las últimas ¡Qué barbaridad! Y me fui. Cuando estaba abriendo el auto vi a dos muchachos que se acercaban rápidamente; por un momento temí que me abordaran

— ¡Que poco observador chabón! Caminan rápido, no miran para abajo, charlan y se ríen tranquilos ¡No

pasa nada! Ellos esperan que les llegue, los otros buscan

- No hay diferencia, la pobreza no es determinante, sucede que los hechos violentos los cometen jóvenes
- Y por eso tenés miedo cuando dos pibes se acercan
- No es cuestión de miedo, es sentido común, hay que cuidarse
- Ponerse en guardia, vigilar, defenderse, reprimir. Es más o menos como cuando un quia te dice que tenés que usar cinturón de seguridad para salvarte del palo que no supiste evitar ¡Para que el cinturón si el palo ya te lo pegaste!

Quise contestar, pero justo en ese momento un taxista arrancó y cruzó la calle de derecha a izquierda; frené al límite, putee a gusto y, pensando en las consecuencias, me arrepentí de no haberme puesto el cinturón

VI: El primer escalón

Después de la reunión, el Panza andaba por ahí, contando a quién quisiera escuchar, que dentro de poco, todo volvería a ser como antes. No daba precisiones ni aclaraba el porqué, se limitaba a sonreír misteriosamente, mientras repetía como un sonsonete; “ya van a ver, van a ver” Hugo ni se enteró, estaba muy ocupado estudiando como entrar a la casa de artículos del hogar que iban a visitar. Esa noche se fueron reuniendo de a poco; tres en la pizzería, dos en el bar. El jefe y Hugo caminaban despacio, charlaban como el par de pibes que eran, solo que hablaban de violar claraboyas, desarmar al sereno, inutilizar la alarma, evitar a la policía. Otros pibes, cuando hablan de esos temas se refieren a juegos de roles, más o menos realistas. El Hugo y sus compañeros ya dejaron de jugar, o siguen, pero en una pantalla distinta. Unas horas después, la banda se apuraba a guardar en bolsas; cámaras fotográficas, Mp3 y estéreos portátiles. Los televisores esperaban su turno prolijamente alineados junto a la puerta.

— ¡Hugo, andá a la oficina y fijate que el sereno no bardee!

El Hugo se va para las oficinas del fondo, cuando se da vuelta le parece ver al Panza, que observa todo desde la vereda de enfrente. A una señal del jefe, los otros salieron llevando las bolsas. Casi en el mismo momento llegaba el primero de varios patrulleros, la policía había sido alertada

por una llamada anónima, solo quedaba el Hugo en el revuelto local

El sereno trataba desesperadamente de liberarse de los sunchos de plástico que le sujetaban las manos y los pies. Cuando vio venir al Hugo, comenzó a llorar ante la certeza de la muerte que se le venía encima. No podía hablar debido a una gruesa cinta que le tapaba la boca, pero la súplica de sus ojos y los sollozos sordos eran harto elocuentes. El Hugo, agachado a su lado trató de tranquilizarlo. En eso estaba cuando escuchó las frenadas, los portazos y las sirenas que se acercaban. Salió con las manos levantadas y gritando que no tiren; que no tenía armas. Le taparon la cabeza con una campera que olía a sudor rancio y tabaco. Uno de los policías lo tomó de un brazo y lo guió hasta el patrullero, en el corto trayecto, solo vio sus zapatillas restallantes.

Conocía de antes la rutina de la comisaría, las fotos, los dedos con tinta negra. Lo sentaron frente a un escritorio, estaba incómodo por tener las manos esposadas a la espalda. Lo interrogó un suboficial que bostezaba entre pregunta y pregunta. No hubo gritos, ni golpes, solo indiferencia y la frialdad de los trámites burocráticos. Cuando terminó le hicieron firmar una copia y después lo llevaron a la celda. En el camino, vio a dos uniformados que trataban de hacer funcionar un MP3 cuya caja estaba sobre el escritorio. La marcha terminó en un estrecho pasillo, con una hilera de minúsculas ventanas que subrayaban un

techo cuajado de lamparones de goteras, las paredes, salpicadas de revoques caídos, pintura vieja y descolorida, exhibían infinidad de escupitajos. Se detuvieron frente a la puerta de una celda abarrotada de gente y olores.

Dos pibes charlaban en susurros junto a la reja oxidada

— ¡Hugo! ¡Q'acé hermano!

— ¡Tolo! ¿Q'acé acá?

— ¡Correrse de la puerta!

La orden interrumpe el dialogo. La puerta se abre con ruido de cadenas y candados y luego se cierra con un golpe sordo que hace retemblar el atestado recinto

— ¡Espero el bondi bolú!

Los dos se ríen del chiste, el otro no entiende, pero acompaña

— En serio bolú, yo pensé que ya no estabas acá

— ¡Que no bolú! La mina de la defensoría está rebuena, pero no hace un joraca ¿Y vo?

— Me acostaron mal, me mandaron la gorra y quedé pegado, pero estoy limpio, no armé bardo y soy primario, corte que me largan rápido.

Quería convencerse y miraba ansioso la cara de su amigo, buscando la confirmación de la esperanza

— Cuando te llamen vas a saber la carátula ¿Ya firmaste?

— Al ortiva que me tomó la declaración

— ¿Leíste?

— Sí, que se yo, corte que el tipo escribía lo que yo le decía

- Pero ¡So boludo en serio gil!
- No me jodá Tolo, yo le dije lo que pasó y el chabón lo escribía en la máquina, después me dijo que firme, yo firmé y chau
- ¡No podes ser tan pelotudo! ¿Y si te empachó?
- Lo niego, le digo al juez que me dieron ¡Que se yo!

Algo va muy mal y Hugo empieza a pensar en el día de mañana.

La mujer no era bonita, andaba cerca de los cuarenta, vestía un traje austero y elegante, sobre los hombros, un abrigo de piel. Cuando entró el Hugo, apenas si lo miró, absorta en el estudio de una voluminosa carpeta. El Hugo ni se había lavado la cara, la noche había sido una duermevela sobre una colchoneta finita, extendida en el suelo, entre dos torres de camas, en una celda repleta de hombres y cucarachas. Fue el tercero de los cinco presos que la defensora de oficio entrevistaría esa mañana. Parado frente a la mesa metálica que oficiaba de escritorio, con los brazos esposados a la espalda, duda en sentarse y la mujer no le aclaró nada

- Buen día, usted es... Hugo Pedro Pero...Parayata ¿verdad?
- Si

Habló con un hilito de voz, la garganta cerrada por la angustia y el miedo

Un policía entró con una taza humeante que dejó frente a la mujer, que se lo agradeció con una sonrisa y un comentario intrascendente sobre el frío de esa mañana de otoño

— Bueno, bueno, usted está por robo calificado, agravado, con privación ilegítima de libertad en la persona del sereno, tenencia y exhibición de arma de guerra y resistencia al arresto

El Hugo sintió que el suelo temblaba, una náusea le dejó un gusto agrio en la boca, casi cayó en la silla, mientras pugnaba por contener las lágrimas que le inundaron los ojos

— Pero señora...

— Doctora, doctora Ibáñez por favor

— Doctora, todo eso es cualquiera, yo me entregué enseguida y no tenía fierro, el sereno se lo puede decir que yo no lo agarré, ni lo até ni nada. Estaba con él cuando llegó el patrullero y yo...

— Aquí tengo su declaración debidamente firmada – Le exhibió un papel - ¿Y esta es su firma no?

— Yo no declaré eso, yo...

— ¡Es su firma o no!

— Si, si, es mi firma, yo firmé, pero no me leyeron nada yo...

— ¿Usted sabe leer? Aquí dice que si, o sea que no necesita que nadie le lea nada

— Yo no sabía señora, no sabía

— ¡Doctora por favor!

— Bueno si, doctora

La entrevista duró un par de minutos más, pero el Hugo ya sabía lo esencial. Estaba muy complicado. Cuando lo devolvieron a la celda, le contó todo al Tolo, que lo escuchaba apesadumbrado

— Te empacharon hermano, ahora vas a necesitar mucha suerte para sacarla barata

— ¿Te parece Tolo? Yo voy a negar todo cuando hable con el juez

— Mira, acá hay un hermanito que se la sabe posta.

Vamo y le preguntamo a el

Los dos amigos se fueron para el fondo de la celda, en la última cama estaba sentado un hombre de mediana edad que leía un grueso libro

El Tolo saludó, pidió permiso y presentó a un Hugo angustiado y tembloroso. El otro lo miró largamente y le pidió los detalles de la entrevista con la defensora. Cuando se enteró de la enumeración de cargos y la carátula de la causa movió el cabeza, sinceramente apenado

— ¿Qué hago?

La pregunta de Hugo fue más grito que otra cosa. A estas alturas ya sabía que todo se le venía encima

— Rece pibe, rece mucho

— Pero ¿No me van a largar?

— No, olvidesé, tiene para un buen rato, de acá va a salir para el penal

- Pe...pero yo no hice nada, me engarronaron. No me pueden dejar encerrado
- Mire pibe, aprenda a bancársela, si uno anda en esto, tiene que saber que a veces se pierde. Acá somos todos perejiles, todos nos estamos comiendo un garrón, todos somos víctimas de la injusticia y ¿sabe qué? En algún caso debe ser cierto, pero yo no conozco ninguno

El Tolo le agradeció al otro el haberse ocupado y los consejos. Abrazó por los hombros al Hugo y juntos volvieron a su lugar en la celda

- Te vas a quedar de joda acá, vamo a tomar unos mates con el rancho

Después comprendió que quería decir la palabra encierro. Lloró noches interminables. Valoró al Tolo como el gran tipo que era. Aprendió el idioma gesticulante que se usa para escapar a los oídos, siempre dispuestos, de los alcahuetes y los guardianes. A dormir a medias. A compartir todo con su rancho. A elegir entre hablar o callarse y eligió callarse. Fue al juzgado un par de veces y supo que el diagnóstico del compañero era correcto; ahora era un procesado a la espera del juicio que decidiría los años que iba a pasar en esa tumba de vivos.

Un día apareció un policía enarbolando una lista en la que figuraban el y el Tolo. A la mañana del día siguiente, con sus pocas cosas envueltas en una manta, subieron a un colectivo totalmente cerrado, con cubículos de acero que

solo les permitía permanecer parados, el aire entraba a través de las persianitas de un respiradero por el que trataron de ver, sin conseguirlo, un poco de calle.

Los fueron bajando de a uno en el playón de la prisión y de ahí pasaron al cuartito donde dos guardias les daban entrada y les asignaban el pabellón. Esperaron tras la primera reja hasta que apareció un guardia

— ¡Gómez y Perorata! Van a venir conmigo

— Yo me llamo Parayata señor

— ¡Si yo digo Perorata usted se llama Perorata! ¡¿Me entendió?!

— Si señor

Cargaron sus bultos y recorrieron el larguísimo pasillo. A través de ventanas enrejadas, veían el campo lleno de sol, donde mal trabajaban algunos internos. Montones de gorriones aprovechaban los vidrios rotos para revolotear a su antojo. Desembocaron en una estancia circular, enorme, a la que accedieron por una jaula que daba a un centro de vigilancia en el que varios guardias miraban, sin ganas, unos televisores que mostraban imágenes, en blanco y negro de los diferentes pasajes. Hugo contó siete rejas, amén de las que permanecían abiertas, antes de desembocar en el último de los pasillos. Cuando por fin llegaron al pabellón el guardia llamó - ¡Limpieza! - Un preso acudió al reclamo y estudió a los recién llegados

— Vos, Perorata, acá el único Hugo soy yo, así que desde ahora sos Pedro ¿Estamos?

El guardia no esperó la respuesta, el cambio de nombre y apellido había sido una orden inapelable, tampoco daba para aclarar nada, además, daba igual

— Pase pibe, pase

El hombre, más de treinta años, flaco y de cara muy angulosa, estaba vestido con ropa deportiva y se tocaba con una gorra de lana, antigua y sucia. Utilizaba como silla el inodoro que ocupaba una de las esquinas, junto a la diminuta pileta, chorreada de verde por el eterno goteo de la canilla

— Desarme el loro en la de arriba y venga a tomar unos amargos. Yo soy José Argundez. Pero llámeme

Laucha, me rompe las bolas, pero así me dicen todos.

— Mucho gusto, yo soy Hugo Pedro Parayata, pero el encargado dice que desde ahora soy Pedro ¿Quiere que cebe yo?

— Ese ortiva es un sorete. Dale, piloteá vos

El tuteo marcó la aceptación. Hugo ya estaba en su nuevo mundo. Su reloj se detuvo.

VII: Ver de cerca

Antes de irme a la cama cumplí el rito de la relectura

¿Exagero la amistad del Laucha con Hugo? La visita para un preso tiene que ser muy importante, no sé si...

— Compartir la visita no es raro para el rancho. Allá todo se comparte. No te puedo decir porqué. A lo mejor es por eso de la manada; cuando un perro queda solo en la calle siempre busca a otros ¿No? Hay que protegerse, y solo es más difícil

— Jauría

— ¿Eh?

— Digo que la palabra es jauría

— No hermano, las palabras son varias; podés empezar con soledad, desesperación, abandono, humillación, desidia, incompetencia, negocio. Hay para elegir. Allá estas en un pozo; te gastas las uñas trepando por las paredes para ver un retacito de luz, pero siempre está un poco más allá

Mi perro se sentó, bostezó sonoramente y apoyó el hocico en mi pierna. Es un bicho muy grande, inverosímil mezcla de ovejero, labrador, doberman y vaya a saber qué más. Lo encontramos en la calle, muerto de hambre, inundado de garrapatas y con los colmillos a la vista. Con mi mujer; fue amor instantáneo, yo de entrada lo miré mal y así me correspondió el, pero nos fuimos entendiendo de a poco. Lo curamos, engordó, aprendió las normas indispensables para

vivir en casa y ahora es uno más de la familia, y mi compañero de cada noche.

- Mañana lo voy a llamar a Ernesto. Un fiscal tiene que encontrar la forma de hacerme dar una vuelta por allá
- ¡Ojo hermanito! En las tumbas hay podredumbre y el olor se te queda pegado

Si contestaba la cosa podía alargarse demasiado y me moría de sueño, no hice caso y me fui a dormir.

En cuanto me desperté, llamé a mi amigo; escuchó mi pedido y me contestó con un previsible:

- ¿Querés ir en cana? ¡Decile a tu mujer que te esconda la ginebra!
- No che, es en serio; escribo una historia y me gustaría ver la cosa de cerca. Te llamo a vos porque sos el único que me puede hacer entrar
- No sé...; tendría que hablar con un defensor para que te lleve con él cuando vaya. Dame un poco de tiempo ¿Si?
- Bueno, te llamo a la tarde
- Macho, yo no me paso el día boludeando ¡Tengo siete mil carpetas para leer y diez mil más para firmar!
- Decime ¿Cuánto tiempo se come en cana un tipo antes de tener el juicio?
- Depende del abogado que pueda pagar, el juzgado que le sortearon, la carátula. En fin, no se puede hablar de plazos, podés calcular de un año para arriba
- ¿Y si no lo condenan? Quiero decir ¿Si es inocente?

- Che ¿No estarás grabando no?
- Sí, es una cámara oculta ¡Dale marmota!
- Y mirá; es agua y ajo, se hace lo que se puede, hay poco personal, los procedimientos son prehistóricos, los medios; que te la ponen en cuanto te descuidas, las pulgas, los amiguitos pesados que te hacen perder tiempo y esos tipos; inocentes no son, no se les podrá probar, pero seguro que en algo estuvieron.
- ¿Qué tal si esta noche nos juntamos a comer y me contás un poco más?
- ¿Pagás vos?
- Yo la comida, vos el vino
- ¡Rata! Bueno, llamame y arreglamos ¿Incluimos las mujeres?
- Bueno, te llamo
- ¡Un año antes de tener la condena! Y yo que puse tres meses como una exageración ¡Ya lo estoy cambiando!

La comida con mi amigo terminó tarde. Manejé de regreso a casa atento a sortear los puestos de control de alcoholemia, las copas fueron muchas y, si me paraban no pasaba ni con la tarjeta de Ernesto. En el restaurante nos encontramos con un colega de él y amigo común, que estaba con la mujer y se unieron a nosotros. Sus experiencias se sumaron a las de Ernesto y el cúmulo de datos fue tan copioso como el vino. Anoté algunas cosas en servilletas de papel y confié en mi memoria para lo demás. La noche se opacó un poco cuando mi viejo auto se negó a

arrancar, aunque al final, como siempre, pude convencerlo y nos llevó de vuelta a casa. Mi relación con los autos es, por lo menos, rara; los conservo por años, hasta que no pueden más y, cuando me decido a cambiarlos, las diferencias de precio se me hacen inalcanzables. El doctor Malbec, como lo bautizó Ernesto, me aconsejó buscar un desarmadero, entregar mi auto, conservar los papeles y denunciar el robo

— El seguro te paga el valor de plaza y el equipo de gas
¡Le vas a sacar una plata que no vas a conseguir nunca vendiéndolo por derecha!

— Tardan unos meses en pagarte, pero te pagan bien,
acotó Ernesto

— Así me saqué de encima el auto que tenía mi mujer, estaba destruido, ni arreglarlo ni venderlo, para colmo; debía como siete años de patentes. Lo abandoné cerca de un desarmadero, cuando pasé, al otro día, ya no estaba. Hice la denuncia, pagué los últimos cinco años de patentes, sin recargo, y gracias a eso le pude comprar el que usa ahora

— Dale animate, si te enganchan, te juro que te saco

Todos nos reímos del chiste y nos despedimos con la promesa de repetir el encuentro lo más rápido posible. Cuando estábamos por llegar a casa, mi mujer rebuscó las llaves en la cartera. Como norma, ella se baja, entra, y abre la puerta del garaje únicamente cuando yo toco bocina, con ese método tratamos de evitar sorpresas. Diez

minutos después estaba en la cama. Me dormí casi en el acto. Me despertó el reclamo de una alarma que sonaba muy cerca. Rezongando, traté de volver al sueño, antes de lograrlo escuché una voz conocida

- Las alarmas solo son para gastar guita; nadie les da pelota, apelan a la solidaridad justo cuando la buena gente sueña con los angelitos

Me di vuelta y me dormí enseguida

Ese sábado estuve a las corridas; el súper, cartuchos para la impresora y mil cosas más. Mediada la tarde, me dispuse a tomar mate y leer el diario que me esperaba desde la mañana. En eso estaba cuando sonó el teléfono; era Ernesto, había hablado con una defensora que aceptó llevarme al penal, me pasó un nombre y un número de teléfono para que la llame el Lunes. Corté muy alegre ¡Por fin iba a dejar de tocar de oído!

- Los vas a ver de cerca, chorros, violadores, asesinos, estafadores... a propósito ¿Si las estafas no se descubren? ¿También son delitos?
- Una estafa es una estafa
- ¿Fingir el robo de un auto para cobrar el seguro?
- Eso fue un chiste
- El boga ese lo hizo y corte que confesó el hecho delante de un fiscal; son de dos a seis y el otro se mandó: instigación y participación, mas incumplimiento de deberes, porque no denunció
- Pero...

- Te lo advertí hermanito, la mierda está en todos lados
¿Estas muy seguro de querer verla de cerca?

El lunes llamé a la defensora, se mostró encantada de ayudar a un amigo de Ernesto, arreglamos la cita para el miércoles.

Me encontré con la mujer en tribunales. Una chica de no más de treinta años, vestida con un traje gris muy severo que trataba, sin suerte, de disimular un cuerpo contundente. De camino al penal me comentó detalles de las causas que tenía que atender y el cúmulo de trabajo atrasado que tenían todas las defensorías.

- Lo peor es la libertad anticipada, en cuanto reinciden; los diarios nos fusilan
— ¿Y si no hay condena?
— Es raro, antes se les ofrece un arreglo; se declaran culpables y se acuerda la pena. Igual estos son todos culpables de algo y mejor que estén encerrados

La llegada al penal interrumpió la charla. La mujer me presentó como auxiliar del juzgado y nadie dijo nada. Caminamos un buen rato por los pasillos que antes imaginé. Aquí y allá, pequeños grupos de hombres jóvenes hablaban a los gritos con otros que estaban tras otras rejas. A nuestro paso saludaban respetuosos, pero no podían impedir el brillo de los ojos ante mi compañera. Por las ventanas enrejadas y rotas se veían pequeñas parcelas, prolijamente cultivadas. En el exterior el sol apenas empezaba a calentar, las baldosas del piso rezumaban

humedad y el frío se hacía sentir. Nueve rejas después, estábamos en un pequeño recinto esperando al primer interno. Un caso de robo calificado en banda, con toma de rehenes y resistencia al arresto, según decía la letra desprolija de la carátula que exhibía una voluminosa carpeta.

- Bueno, podemos acordar, el fiscal está de acuerdo y si firma, lo suyo sale muy rápido
- ¿Acordar? Pero si no hay testigos, el vigilador no me pudo reconocer y el fierro no tenía mis huellas. Soy primario y estoy limpio, además llevo tiempo acá.
- Le recuerdo que tiene tres causas anteriores por robo
- Sí, pero me sobreseyeron por falta de pruebas y porque era menor
- Mire, el acuerdo le conviene, yo sé por qué se lo digo
- Y como sería
- Mire, usted lleva ocho meses, firma por cuatro y cumple dos porque es primario, son seis meses y listo
- No, ya fue, que se pudra todo, voy a oral y chau
- Créame que le conviene, yo tengo que venir el jueves de la semana que viene, pide que lo anoten y me ve. No deje pasar el tiempo, si el fiscal se arrepiente, usted pierde y yo no voy a poder hacer nada

La defensora dio por terminada la charla y el interno le dejó el lugar a otro. Las entrevistas duraron hasta bien entrada la tarde. Una sucesión de violencia que llegó a la monotonía. Robos, hurtos, homicidios, apelaciones,

escritos, amenazas, aprietes, indiferencia, desprecio, desdén. Un trabajo cumplido, reglamentario e inobjetable. Volvimos a la ciudad y dejé a la mujer en la puerta de la casa, de ahí me fui a un café de la costa y traté de escribir lo que vi mientras aún estaba bien fresco en mi memoria; fue casi imposible, ahora había rostros y desesperanza, no podía imaginar nada, la realidad ocupaba todo

— ¿Jodido no? Pensá que esos que viste eran todos culpables; así te quedás tranquilo ¡Algo hicieron! Se los entierra vivos, no del todo, salen por un tiempito y después ¡Otra vez adentro! Los malos detrás de los muros y la buena gente caminando por la calle de la manito ¡Todo en orden!

No supe que contestar, me quedé mirando la neblina azulada del atardecer, la mole desvencijada del Provincial, la rambla desierta, el cartel que anuncia un casino en lugar del estacionamiento público. Desde los parlantes del boliche, la Varela me invitaba a volar en la ilusión de un loco. Agradecí el convite, pagué y volví a casa. Necesitaba desesperadamente hablar con mi mujer, ver a mis hijos, acariciar al perro, bañarme y llenarme de perfume, sacarme de encima el olor de las rejas oxidadas, abrumarme con el brillo del mundo televisado y pensar, yo también, que todo estaba bien

— Te lo dije bolú una vez que pasas la primer reja ya nada vuelve a ser igual

VIII: Rejas

Dos meses. Pasaba de Hugo a Pedro y de Parayata a Perorata cada vez que lo llamaba el guardián de turno. Logró seguir siendo el Hugo de porfiado nomás. Formó parte del mismo rancho que el Tolo, y lo bautizaron "Lengua" por esas cosas que no pueden explicarse. Vivía en un buen pabellón, se anotó para un curso de carpintería, para trabajar en la cocina y para las clases de inglés. Después de los tres primeros meses; por ahí se le daba y tendría trabajo, la ilusión de movimiento, de tener algo para hacer, para pensar en otra cosa que no fuera ese espanto deseado que encontró en el tiempo de la vida que vivía. La mujer vino a verlo cuando ya no esperaba a nadie. No le hizo reproches, su presencia bastaba para que entienda; eso si alguna vez quería entender. Cuando se fue le dejó empanadas, cigarrillos, yerba y una angustia que le colmó de agua los ojos.

Cuando volvió a la celda preparó el mate sin decir una palabra, abrió el paquete de las empanadas y lo puso delante del Laucha que lo miraba muy serio

— Si vas a llorar ponete de espaldas a la puerta; por mí no te calentés, pero que los soretes no te vean, acá sentir algo está muy mal visto

Tomaron mate si hablar una palabra pero Hugo sintió que no estaba solo

Tres días después, con el Tolo, esperaban, en la última reja, al encargado que los tenía que venir a buscar. El Tolo

iba de comparendo. Hugo estaba anotado para el hospital. Un mes antes empezó con un resfrío que fue de mal en peor hasta desembocar en el catarro y la fiebre que iba y venía. La charla estaba centrada en la vida que estaban aprendiendo y en el compañero de Hugo a quien nadie terminaba de conocer

- El Loro dice que ese tipo es muy jodido, ni rancho tiene, lleva siete y le quedan veinte, no le importa un carajo de nada. Estuvo en dos rechifles y fue al frente. Lo llevó a un cobani con la faca en el cogote hasta la reja donde estaba la requisa, así nomás, a cara limpia. En el traslado le dieron para matarlo, tres costillas rotas y no le quedaron dientes; dicen que mientras le pegaban los putiaba de lo lindo y los gargajeó a todos
- Conmigo está bien, hablar, no habla mucho, pero todo bien
- ¿Visita no tiene no?
- Dice que la novia lo viene a ver cada dos o tres meses
- ¡Perorata y Chávez!
- Parayata me llamo señor
- No joda, Perorata es más fácil

Antes de salir a la redonda le pusieron las esposas. Cuando pasaron la salida; el sol lo deslumbró, al Tolo lo subieron al cajón azul que lo llevaría a tribunales. A él lo esperaba un móvil. En el asiento de atrás ya estaban sentados dos internos. Se saludaron como corresponde y el quedó del lado de la ventanilla. Era la primera vez que salía del penal

en varios meses. Trataba de ver todo a la vez, pararon en un semáforo y el atisbo de un jean ajustado y bamboleante le nubló la vista

— ¡Miren! Miren bien, así esta noche están ocupados y se dejan de pensar en boludeces

El comentario del chofer despertó risas exageradas de su compañero

Los internos apenas si escucharon, la visión de la mujer sepultó todo.

Cuando llegaron, otro móvil con más guardias los estaba esperando. Los tres en fila, esposados y conducidos por dos agentes cada uno, desfilaron por el pasillo atestado de gente y chicos que corrían, gritaban, lloraban y se quedaban muy quietos mirando las manos sujetas. En los grandes; la mirada pasaba, automática e indefectiblemente, de las esposas al rostro. Una versión moderna del viejo "manyamiento" que se practicaba en las comisarías porteñas. Hugo no podía con la vergüenza, la sentía subir a la cara, el mentón clavado en el pecho; en un vano intento de ocultarse. Cuando entró al consultorio, el médico charlaba con un colega. Casi sin mirarlo, ordenó a los guardias que le saquen las esposas. El tono no admitía réplicas. Hugo estiró los brazos y se frotó las muñecas doloridas. Después la custodia salió del cuarto. La revisión fue rápida pero concienzuda.

— Mirá pibe, yo creo que es nada más que un resfrío. Por las dudas te voy a mandar un análisis de HIV,

pero por tu situación nada más, no creo que tengas nada ¿Tenés relaciones con alguno allá?

— ¡Noo! Avise, yo no le doy a nadie y puto no soy

— Pibe, a mí no me importa lo que hagas con tu culo. Entendeme che, te lo pregunto porque si andas con algún marica de allá, seguro que te vas a pescar el bicho y cuanto antes lo sepas; mejor ¿Estamos?

Y siguió hablando con su colega, mientras Hugo se ponía la remera y después el pulóver con el alma repleta de miedo

— Dejate descubierto un brazo, te van a sacar sangre Apareció una enfermera, gorda e indiferente que procedió a pincharle una vena, rápidamente la jeringa se llenó de sangre oscura y espesa Hugo no podía pensar del susto que tenía.

En el viaje de vuelta el sol no parecía tan brillante. Cuando giraron en la rotonda de la ruta, esperando para cruzar, vio a una pareja, la chica, se reía y el pibe que la abrazaba, usaba las mismas zapatillas que él tenía cuando se lo llevaron

— Nunca pude saber quién fue el guacho que me las hizo

Cuando volvió a la celda, el Laucha trató de tranquilizarlo. Le contó que siempre buscaban el bicho porque había muchos casos y afuera pensaban que en la cárcel les rompían el culo a todos.

— El Tolo no volvió, por ahí lo largaron ¿No?

— No sueñes Lengua, con suerte le van a dar fecha para el año que viene. De acá no se va nadie, siempre estamos volviendo. Mañana viene mi novia ¿Querés ir a la visita conmigo?

IX: Reflexiones inconducentes

Estuve tres días mirando una hoja en blanco, releendo cuentos que tengo en los archivos y haciendo solitarios. No encontraba que decir, solo tenía en claro que, como siempre, había descargado el origen de todo en la pobreza, las villas, la marginalidad y no sé si es justo

- Justo no, conveniente flaco, no se para que le das tantas vueltas ¡Ya la tendrías que tener reclarada!
¿Querés sentirte bien? Bueno, rescatate, los malos somos nosotros.
- No se
- Por lo menos somos nosotros los que estamos encerrados y con eso basta ¿O no? Lo de ustedes es otra cosa.
- Bueno, la ley es la misma para todos
- Sí, pero cambian los abogados
- ¡Boludeces! Los robos son robos, los crímenes son crímenes, y si aparecen, los culpables van en cana.
- ¡Bien doctor! ¿Lo decís en serio? En serio pensás que un boga, caro, y uno de oficio son lo mismo. Vos lo viste allá, tendrías que saberlo
- Los abogados pueden cambiar, pero si hay un delito; hay un culpable. Sea quien sea.
- Si claro. Si el Hugo pasa cerca de donde hubo un hecho está hasta las manos y en cuanto saltan los antecedentes ¡Empachado para todo el viaje! Un año se lo come seguro ¿Vos te imaginás cinco plomos en el

balero de su mujer? Los diarios se hacen la fiesta ¡Bestia humana! ¡Chacal! El no puede confundir una bala con un pituto. La gorra pensaría que los está descansando ¡Se come una garroteada de aquellas! ¿Y si la mujer aparece estrangulada? No hermanito, la ley es una goma que se estira y se deforma

- Estas cambiando las cosas
- No, no me hace falta cambiar nada. Caminá un poco por la peatonal ¿Sabes cuantos guachines andan dando vueltas? Garronean, van de arrebató, estiran la mano, a cualquier hora. Si hay frío, ellos tienen zapatillas sin medias ni nada y, con suerte, un buzo ¿Vos los viste alguna vez?
- Quise contestar, no pude, me pareció recordar unas caritas, muy sucias, de grandes ojos brillantes de risa. Pero no supe si era un recuerdo o mi imaginación avergonzada.
- Nadie los ve, claro, hasta que entran al negocio y se afanan lo que pueden y si alguno consiguió un fierro le hacen un agujero a uno que, por ahí, es el mismo guacho que hace un rato le vendió el tubito y le dio la bolsita. Porque el pegamento limpio, no sale, y el comerciante está para ganar, porque, para perder el tiempo; se queda en la casa, viendo tele y pidiendo la pena de muerte para todos esos guachos que no laburan porque no quieren, y es más cómodo afanar lo

suficiente para poder comprarle, a los que venden,
esas porquerías que se meten adentro.

Me levanté de golpe, me olvidé de sacarme los auriculares
que se estrellaron contra el escritorio. Mi perro irguió las
orejas y soltó un gruñido alarmado. Lo tranquilicé con una
caricia. Corté la energía de la máquina sin ceremonias y me
fui a la cama

— No quiero más ¡Basta de voces!

Me estaba durmiendo cuando escuché el susurro

— Atorrá tranquilo macho ¿Vas a poder no?

X: La no vida

El Tolo volvió de tribunales muy preocupado, se fue a su celda sin hablar con nadie. Hugo pidió permiso y entró al cubículo

- ¿Qué pasó Tolito?
- ¡Estoy hasta las pelotas! Estuve diez minutos con el boga y una secretaria del fiscal; me enchufaron intento a mano armada, portación y resistencia. Dice el boga que la querrela pidió intento de homicidio y que él lo convenció, pero me camelea ¡El tipo fue el que tiró! El herido fui yo. Ahora dice que tengo que firmar unos papeles del acuerdo. Digo que soy culpable y me dan la mínima ¡Eso dice ese junagranputa! la otra es ir a juicio y pinta todo de culo, tienen el arma, testigos, todo
- Pero dice el Laucha que la vas a sacar barata porque sos primario
- Si ¡Pero eso cuando llegue al juicio! Dice el quía que voy a tener fecha para Agosto del año que viene bolú ¡Mas de un año acá adentro! Y después; lo que me salga ¡Me quiero matar!

Hugo recordó la admonición del Laucha y se quedó sin palabras

- Tengo unos panes ¿Hacemo mate? Dale bolú, no te amargués, yo piloteo

El rancho fue llegando de a poco, cada uno traía una palabra de aliento y todos condenaban a la justicia en general y a los jueces, fiscales y abogados en particular

- Es al pedo, con los boga de oficio se termina siempre empachado
- Firmá bolú, si te dan tres es negocio
- Pero esos boga son cualquiera bolú, corte que todo les chupa
- Total a ellos siempre los habilitan

La reunión se prolonga, al final, el Tolo fue saliendo de su tristeza. El viejo, Moño, cuenta una mentira bien adornada y todos se ríen con ganas, incluido el Tolo.

La novia del Laucha llegó con la visita de los jueves. El día anterior se anotaron con el encargado para ser llamados. A las siete de la mañana, ya estaban levantados; se bañaron, se afeitaron, vistieron su mejor ropa y el frasquito de colonia del Laucha quedó exhausto. Prepararon el equipo de mate. Hugo envolvió, cuidadosamente, una madera en la que el Laucha había tallado el nombre de la mujer, Estela, en el taller de carpintería. Cuando todo estuvo listo, se fueron a la reja para esperar el llamado del reclamo. Media hora más tarde, un guardia desganado les ordenó apoyar los brazos en la pared y los requisó rápidamente, mientras otro revisaba el bolso en el que llevaban las cosas. Caminaron casi al trote los cien metros de pasillo hasta la cola que se había formado frente a la mesa donde

un guardia entregaba cuadraditos de madera numerados, que debían devolver cuando la visita concluyera. La novia del Laucha venía en el montón de mujeres, muchas, de todas las edades, pibes que corrían hacia los que esperaban y otros que miraban, los ojos como platos, sin entender que lugar era ese en el que papá pasaba sus días solo, los hombres eran pocos. Las familias se fueron reuniendo alrededor de las mesas. La novia del Laucha era una chica ya grande, según la visión de Hugo, un tanto gordita, simpática y habladora. Después de las presentaciones Hugo preparó el mate, mientras el Laucha entregaba el regalo y recibía un beso agradecido. Desde las mesas vecinas llegaban retazos de conversaciones. Alguna pareja se aislaba de la promiscuidad mirándose a los ojos, llenándose de besos y caricias, desesperados por estirar ese tiempo, que jamás alcanzaba, en que se compartían. Un interno se probaba zapatillas, había presentaciones de familia, discusiones, vigilancia de las miradas a las mujeres ajenas. Una gorda ampulosa le enrostraba algo a un interno esmirriado que miraba la mesa con expresión culpable, mientras dos chicos, muy serios y quietos, asistían a la escena. Estela trajo facturas que compartieron mientras tomaban mate, se rieron, charlaron, se quedaron mudos, melancólicos, volvieron a reír y miraron, nerviosos, el reloj eléctrico, único adorno de la pared, desconchada y sucia, cuyo minuterero parecía una hélice enloquecida. Con cada salto de la aguja crecía la ansiedad por lo inevitable.

— ¡Terminada la visita!

Los guardias pasaban entre las mesas, apurando adioses y cosechando miradas asesinas. Había chicos llorando en brazos del papá que los cargaba mientras caminaban hacia la reja de contención que señalaba la frontera de una nueva separación.

La mano de Estela siguió levantada hasta que se perdió de vista al doblar un recodo del pasillo. Volvieron a las celdas muy serios, reconstruyendo las defensas antes de llegar al pabellón. Todos dejaban alguna cosa de los paquetes que habían recibido para los parias, encerrados en las celdas de castigo, que debían sobrevivir comiendo solo lo que les daban de la cocina del penal. Después hubo intercambio de fotos, préstamos de revistas, risas forzadas y tristeza que, solapadamente, ganaba a uno tras otro.

La noche trajo el silencio. Desde uno de los cubículos se escuchó a un interno que le comentaba a su compañero

— La bruja se dejó cagar por el cuervo ¡Estos ortivas no se rescatan! No tengo berretines, pero hay que llevarle a los pibes y no hago ni para papear, los políticos de mierda son cualquiera y la gorra me va a estar encima. Mirá, voy a meter pipa y si no zafo ¡Que se pudra todo! Plata o mierda y al que se me cruce lo levanto pa ´ arriba

La respuesta a la parrafada llegó, vaya a saber desde donde

— ¡Cerrá el orto boludo! ¡Te estás ortivando solo! ¡Gil!

Algún televisor daba resplandores azules al pasillo, se oían ronquidos y alguna risa falsa.

Hugo fumaba apoyado en la reja; trataba de recordar la vida en libertad y envidiaba al Laucha y su novia, que ganaba belleza a cada minuto, y se preguntó si no se había enamorado un poco de Estela.

Los días se fueron sucediendo en una rutina de charlas sin sentido, horas ociosas, largas mateadas, aburrimiento y depresión. De a poco Hugo estaba descubriendo los mecanismos, increíblemente complejos y sumamente peligrosos, que regulan la vida en la cárcel.

XI: Correr la cortina

Una morocha-rubia de pantalones ajustados, varias señoras; flacas, gordas, altas, medianas, vestidas parecido, iguales en las canastas y las bolsas que les estiran los brazos. Un par de autos desvencijados, con hombres en su interior, que se obstinan en no mirar hacia la calle, chicos que lloran, gritan, corren. Gente, haciendo cola ante la barrera que impedía la entrada a la calle interna del penal, sentadas de cualquier manera en el cordón húmedo. Hablando de condenas, tiempo de soledad, juicios. Una multitud que esperaba para ver a los que esperaban. De la cabina vidriada emergió un guardia que enarbolaba una lista. Al grito de cada nombre se fue formando una hilera que caminaba a paso rápido, hacia el recinto amurallado. Después vino la requisa de cuerpos y bártulos. Las miradas babosas a las mujeres jóvenes. Los gestos de importancia, las miradas despreciativas y la humillación ignorante. Ahora la fila transitaba un largo pasillo que llevaba a otras rejas que cerraban la entrada a un recinto grande, frío y húmedo, amoblado con largas mesas y bancos de madera. Ya había internos esperando. Veía todo como la representación de una obra de teatro. Estaba ahí gracias a los buenos oficios de mi amigo tribunalicio, que me arregló la visita con el jefe del penal. Para el funcionario, soy un escritor de guiones de televisión que prepara una tira sobre la vida en la cárcel. Un

funcionario con ambiciones, jamás rechaza un poco de publicidad

- Y aquí estamos nosotros, como los animalitos de este zoológico de locos.
- Bueno, pero en este caso es una mentira, para poder decir lo que pasa detrás de los muros
- Te digo, tendrías que buscar que pasa más allá de los muros, ahí donde se cocinan las cosas ¿Qué pasa acá? Es sencillo y fácil de adivinar. Esto es parte de aquello, la resultante de allá es lo que está acá ¿Te parece un juego de palabras? Y sí; todo es un juego. Una gran perinola que siempre cae en TODOS ESTOS PONEN
- Bueno, pero así es siempre, el mundo ideal no existe
- ¿Y con esa sabia reflexión ya está?

Un interno hablaba animadamente con una mujer joven, no ocupaban una mesa, simplemente charlaban, parados junto a la entrada del pasillo

- Mirá esa pareja, eso se llama aguileada, ese preso es el encargado de ir a buscar a los internos con visita. Seguramente le dice a la mina que el novio-esposo-concubino-hermano, no quiere venir a verla, o que está castigado, o lo que se le ocurra. La mina debe ser primeriza, las que son del palo se avivan al toque y arman bardo
- ¿Y va a conseguir algo?
- Él ya está enamorado y va a estirar la cosa hasta donde llegue

- ¿Enamorado?
- Un preso ve mujeres solo en fotos, una voz de mujer, un cuerpo de mujer y ya está ¿Vos te imaginás ver hombres toda la vida? Por eso las rellenitas tienen tanto éxito, uno se harta de carne dura y musculosa.
- Pero, el otro se va a dar cuenta, se va a enterar
- Y ahí va a venir la pelea, o el arrugue

En una de las mesas, una mujer hablaba con su hijo que comía ansiosamente las empanadas que le había traído. Masticaba y le contestaba sin dejar de mirar la torta que desbordaba dulce de leche. La señora se agachó y sacó de la canasta, que le dejó dolorido el brazo de tanto esperar y viajar parada, una caja de zapatillas. El muchacho se quedó con la boca abierta, repleta de comida.

- Pero...vieja ieseas no son las que te pedí!
- Pero mirá que lindas, y son cómodas, tienen toalla en la parte de adentro, y la suela gruesa, como a vos te gusta...yo
- No vieja, te pedí que sean de marca, estas no las quiero
- ¿Por qué no las Querés? Me salieron carísimas

Los dos siguieron discutiendo y la mujer trató de ocultar las lágrimas.

- ¡Mirá vos el nene! Todavía que la madre...
- Pará, no te apurés ¡que costumbre de mierda!
- Esa pobre mujer, seguro que se rompió el lomo laburando para traerle todo y el, en vez de ...

- Él está acá y le reclama lo que necesita. Un par de zapatillas importantes son la categoría que le hace falta para mantener su posición, para que los demás lo sigan considerando un chico bueno que, cuando estaba en la calle, hizo bien las cosas, robó bien. Es la categoría que lo va a ayudar a sobrevivir.
- ¿Por usar zapatillas de marca? Me parece un poco mucho
- Decime ¿Hay tanta diferencia entre las que le trajo la madre y las que él quiere?
- Ves que tengo razón, ahora te das cuenta
- No, vos no te das cuenta de nada ¿Por qué los pibes de allá usan cosas de marca? Te das cuenta que es lo mismo. Son jinetas, signos que elevan sobre los demás giles. Allá es la diferencia entre levantarse una minita concheta o quedar pagando. Acá puede evitarse una pelea o, si venís de vuelco, mandarlas a la balanza para tener pastiyas.

Los gritos anunciaron el fin de la visita, guardé las notas que tomé y me encaminé hacia las rejas del pasillo. A mi alrededor había caras tristes, demudadas, algunas sonrisas, la madre del chico de las zapatillas caminaba vencida. Me acerqué y le ofrecí ayuda con la bolsa, buscaba una excusa para charlar un poco y saber algo más. Negó con la cabeza y me agradeció en silencio, con una mueca que pasaba por sonrisa. El día se había nublado mientras estábamos en la visita, un viento firme, cargado de olor a campo, me

acompañó hasta que llegué al auto. Pasé, muy despacio, junto a la fila de gente que iba hacia la entrada. Ahora charlaban entre ellos, hermanados por lo que habían dejado atrás. Me imaginé la espera en la parada inhóspita, las miradas de los automovilistas y las de los otros pasajeros. Para ellos el día aún no terminaba.

II: Un mundo ordenado

Esa mañana de martes era muy especial; en un rato se iba el Moño, un hombre ya grande, compañero de celda del Tolo. Lo trasladarían a la alcaidía de tribunales porque, al otro día, se conocería su sentencia. El Moño descontaba que salía en libertad. Llevaba dos y cuatro adentro y durante el juicio oral que duró como diez días, muchas de las posturas del fiscal fueron rebatidas por la defensa que, en su caso, era paga

- Ese guacho se ganó el pedazo que se lleva. Me defendió a muerte, hasta yo quedé convencido que era un nene de teta y que la gorra me había engarronado. Para mejor un testigo se desdijo ¡El fiscal se quería cortar las bolas! Tuvo que retirar una acusación y todo
- Exultante, se fue despidiendo de todos. Muy emocionado abrazó al Tolo y le aseguró que lo iba a estar esperando cuando le tocase a él. Repartió entre los amigos sus pertenencias y cuando el encargado se lo llevaba, desde la última reja nos hizo un gran ademán de despedida
- Yo esperaré antes de alegrarme, los soretes son jodidos y siempre pueden inventar algo para empernarlo. No hay nada peor que ver las cosas con ganas de que pasen
- Hugo pensó que el Laucha estaba un poco envidioso de la suerte del Moño, el viejo era medio bolasero y un

poco exagerado, pero una cosa era largar una bola y otra regalar todo

— ¡El Moño es mentiroso pero no boludo! No va a andar regalando todo al pedo.

El Laucha no le contestó, saltó de la palmera con una zapatilla enarbolada y aplastó, con un golpe certero, a una cucaracha que trepaba hacia el techo. Hugo retrocedió de un salto.

Ese día pasó con la alegría amarga de la despedida.

Pensando en la libertad y negando la envidia. Hugo estaba con el Tolo cuando apareció un guardia

— ¡Perorata!

— Yo señor, Parayata me llamo

— ¿Y quién le preguntó? Acá tiene los papeles de sanidad

Hugo tomó el sobre que el otro le arrojó, lo miró un buen rato sin animarse a leer

— ¿Y? Dale bolú, fijate que te salió

— Mirálo vos Tolo, yo no me animo

El Tolo leyó, lenta y trabajosamente; cuando terminó lo miró muy serio

— Dale bolú ¿Tengo el bicho? ¡Que dice!

— Acá dice que tenés el culo roto y que te gusta que te empomen. ¡No tenés nada bolú! Esta vez el bicho pasó de largo

— ¿En serio? Dame a mí, pará que leo yo

Esa noche, después de muchos días, el Hugo durmió en paz.

La mañana amaneció nublada y llena de frío. Por los vidrios rotos entraban los gorriones y un viento helado. Los internos circulaban abrigados con todo lo que tenían. Los calentadores tumberos daban a cada celda un resplandor rojizo. El Laucha ya tenía preparado el mate y un par de panes del día anterior

- Se murió Tomate, se colgó
- ¡No! Pero yo lo vi ayer, andaba fenómeno ¿Qué le pasó?
- ¡Andá a saber! Lo encontró el sorete del limpieza en el baño y vos sabes cómo es la cosa. Los soretes dicen que se colgó y el ortiva del limpieza no va a decir ni mu
- Pero el chabón venía bien, corte que salía rápido y estaba haciendo conducta, no quería joda, tiene familia, lo vienen a ver
- Y, ahí tenés como es la cosa, hoy es fiambre. Ya debe estar por llegar la científica, unas horas más y lo abren como un chancho
- ¡Qué guachos! ¿Para qué lo abren si ya saben que murió? Si encuentran algo no van a andar tirando mierda ¿No?
- La ley pibe, el reglamento dice que hay que abrirlo y lo abren ¿Para qué les pagan el sueldo? Ya se murió, por lo menos se fue
- ¿Viste que el viejo no vino? ¡Ya salió el puto! Ya debe estar en la casa

— ¿Cuándo le leían?

— Y que yo sé, ayer creo

— Hoy es viernes, si no lo traen hoy, no viene mas

Hugo se va para la celda del Tolo. A veces no lo soporta al Laucha, siempre ve todo mal

— Permiso ¿Q´acé Tolo? ¿Supiste lo de Tomate?

— Cagó la pija el gil

— ¿Se colgó en serio?

— Me dijo Gomina que le debía un toco a Manija y que estaba todo mal. Parece que le fue a pedir más pastiya, Manija lo sacó cagando, se agarraron y esos guachos son malos bolú

— Ya se iba

— Y bueno bolú ¡Ahora sí que se va del todo!

Un súbito revuelo estalla en el pasillo, los dos amigos se asoman y un interno, que va hacia la reja de entrada, les avisa

Volvió el Moño

Se miran sin decir una palabra y van, ellos también, a la reja

— El Laucha tenía razón, ese junagranputa la tiene re clara

El viejo está sentado en el camastro, de vez en cuando aparece algún interno que viene a devolverle las cosas que regaló antes de irse. Ya repitió la historia como cien veces y todavía no puede creer que le haya pasado a él. Un testigo

que apareció de la nada y el arma, que al fin encontraron, desmoronó todo

— ¡Quince años! Me pasó por rata. El boga me dijo que si aparecía el fierro me la ponían. Decime vos Tolo ¿Porqué mierda no lo tiré al arroyo?! Doce años me costó, que cagada hermano. La bruja lloraba y me puteaba con razón

— Y bueno Moño, no te hagas la cabeza, se dio así, que le va a ´cer, ahora ya está

Los amigos tratan de consolarlo sabiendo que no pueden. Alguien acerca una botella de pajarito y al rato se escucha las risas de todos. El Moño cuenta mentiras muy buenas, y los mejores chistes.

Hugo vuelve a la hora de comer, el Laucha preparó un guiso con las cosas que, entre los dos, fueron recolectando. Antes de acostarse se toma una de las pastillas que le dio el Tolo. Lo hace a escondidas, es la primera vez y le da un poco de vergüenza que lo vea el Laucha

— Ojo pibe, cuando te metes con los cachivaches siempre ganan ellos porque no tienen nada que perder

— Que guacho ¿Cómo hizo para avivarse?

No sabe que contestar y prefiere hacerse el sordo. Después llegan los efectos de la pastilla y todo deja de tener importancia. Aún le queda un poco de conciencia como para pensar en Tomate

— A mí no me va a pasar lo mismo, yo no soy ningún gil

La mujer camina, va y viene, a veces fuma. Usa tacos ridículos, pollera muy corta, escote de vidriera, un saco calado que no tapa ni abriga. El cigarrillo lucha y pierde contra el perfume barato. Hace dos horas que solo cosecha miradas curiosas, evaluativas, despreciativas, a veces intrigadas por la ocasional sonrisa. Piensa en la pensión y los dos pibes que la están esperando.-

— Ese gordo pelotudo pasa y mira haciendo que no me ve. No se anima, no tiene guita o no puede justificar el gasto

— ¡A cagar boludo!

En la otra esquina para el traba tan prolijo, tan arregladito, tan mujer. Ella ya no está para eso. Hace mucho que no le importa, que todo es lo mismo. Ya no hay mas nada, nunca lo hubo. Quiere creer que el amor no sirve, que ella no siente, que solo es trabajo. El domingo, con los chicos bien limpios y prolijos, va a hacer el viaje, la cola, soportará la requisa, el frío, la lluvia o lo que venga. Eduardo los va a estar esperando y por un rato, parecerán una familia normal.-

Ronda un patrullero

— ¡Hijos de puta!

— Y encima tengo que hacerles sonrisitas; porque si quieren, además de la plata, me engoman y los chicos están solos con esa vieja de mierda que en vez de cuidarlos los caga a sopapos, que no la mando a la

- mierda porque es la madre de él y me la tengo que bancar
- ¡Y bueno, por lo menos están con la abuela!
 - Allá viene el zapatero, el que no se lava nunca, hasta el auto apesta, pero paga y termina rápido
 - ¡Dios bendiga al forro!
 - Otro que se hace el ciego y se apura a pasar, mirando al frente, es como si yo fuera invisible
 - ¡Sucio y cornudo! Ojalá choques ¡Pajero!
 - ¿Por qué me va a ver? A lo mejor para los clientes solo estoy cuando las otras no quieren, las que están en casa, esperando con la comida caliente, los rulos puestos, los pibes que las volvieron locas y que cuando, de lástima, las dejan, se hacen la cabeza con el de la novela. Si las boludas vieran la cara de pelotudo que ponen cuando me piden el precio
 - ¡Si esas boludas supieran!
 - Si yo lo hubiera sabido cuando pensé que nada me quedaba por saber. Pero en unos meses Eduardo va a salir. Lo tengo que convencer para quedarnos a vivir acá, puede conseguir un laburo, hacerse amigo de otra gente. Yo lo voy a bancar, él lo sabe muy bien. La vieja de mierda va a hinchar para que volvamos a Berisso y si volvemos va a ser igual que antes-
 - ¡Por favor Dios hacé que no vuelva a caer!
 - Me muero si me llego a quedar sola de nuevo. En diez años vivimos juntos nada más que: seis meses la

primera vez, ocho la segunda y antes de esta cinco.

No es vida así, los chicos ya están grandes

Por la transversal viene el auto gris, muy caro, de un cliente conocido.

— ¡El viejito simpático! La tarde está salvada, este me levanta seguro y paga sin preguntar

— Hola bebé ¿Querés salir?

Por dos horas la esquina está sola y la extraña.

Cuando el coche la devuelve a su lugar, ya la noche está llegando. Así decía la abuela hace una eternidad, cuando había alguien que la llamaba para jugar, comer, dormir.

Allá, tan lejos como en otra vida. En el mítico pueblo decorado por la ausencia hasta que quedó bonito. Una hora más tarde vuelve a la pensión, hoy no fue un buen día, pero sacó para la pieza y la comida

— ¡No me tengo que quejar, por lo menos comemos! Algo no está bien, la vieja tiene la cara larga y el ceño fruncido, los chicos, sentados en la cama, ni se mueven

— ¡Otra vez sopa! ¡¿Que cagada se mandaron ahora?!

La mujer se interpone y le hace una seña para que salga al pasillo

— Vino la gorra, me dijeron que tenés que ir a la comisaría de la jefatura, que allá te van a informar ¿Qué hiciste guacha? ¿Así respetas a tu marido? ¡Te digo que yo me vuelvo a Berisso y me llevo a los chicos!

- ¡¿Por qué no se deja de joder?! ¡Quién sabe para que me llamaron! A lo mejor es porque se puede adelantar la libertad del Eduardo
- No, te habrían llamado de los tribunales y por escrito; es alguna cagada, el tipo tenía cara de culo y miraba todo ¡Yo sé cuando es por una joda fulera! Le dije que hasta la mañana no volvías y que no te podía avisar
- Bueno, mañana a la mañana voy ¿Que mierda querrán?
- Vuelve a la pieza, besa a los chicos y enciende el televisor. Siempre aprovecha este momento en que la vieja se va a la cocina a calentar la comida, para jugar con los chicos; pero hoy está preocupada
- No tenían porqué venir, pagué todo, no me mandé ninguna cagada ¡Es Eduardo! Tiene que ser por el ¿Habrán encontrado algo más?
- Mami ¡Hoy el Edu estuvo con el hijo de la Nancy!
- ¡Mentiras! Yo no estuve con él, preguntale a la Abu
- Basta chicos, hoy estoy a la miseria, vamos a comer, miramos un rato de tele y a la cama ¿Si?
- Mami ¿El domingo puedo llevar mi muñeca para mostrársela al papi?
- Mami ¿Porqué le dicen Tomate al papi?

XIII: Presencia constante

Hoy; la noticia del día fue el triunfo de una rubia impresionante en el programa de Tinelli. Se anuncia una campaña nacional para terminar con el trabajo en negro. Otra vez, los obreros del puerto de Mar del Plata fueron reprimidos violentamente por las fuerzas del orden. Exigían no trabajar en negro. Quedó en libertad el funcionario que intentó matar, aplastándolos con su cuatro por cuatro, a diecisiete personas, de las cuales tres, aún permanecen internadas. Una pareja de ancianos fue asaltada y torturada por dos delincuentes, uno de ellos menor. Un matrimonio murió de hambre, los encontraron los vecinos, que manifestaron su extrañeza, dado que, ni el hombre ni la mujer, ambos de cuarenta años, pidieron ayuda.

- ¿No tendríamos que poner rejas en la ventana del frente?
- ¿Te parece? Está la alarma y Pato, al que entre, se lo come vivo, eso si antes no lo deja sordo con los ladridos
- Si le dan una patada a la puerta y entran, no los para nadie, a Pato le dan un tiro y lo matan pobrecito
- Tu mujer tiene razón, deberías tener rejas en las ventanas y además, reforzar la puerta. La que tenés, te la tiran a la mierda en un minuto
- Julio se compró una escopeta de dos caños, antes de acostarse la pone al lado de la cama

- ¡Una locura! Nunca tuvo un arma ¿Vos te crees que tirarle a un tipo es fácil?
- Depende, es como todo. Si estás lo suficientemente asustado, o limado, o tenés asegurada la impunidad; apretar el gatillo es fácil. Claro, después hay que vivir con eso
- Si, te quiero ver con un tipo adentro apuntándole a los chicos
- Suena como los dos bandos de una guerra ¿No?

Le prometí a mi mujer que pediría un presupuesto para enrejar el frente y blindar la puerta, comí la última tostada y me fui. En la esquina estaban parados dos chicos con los consabidos buzos de capucha y los pantalones abolsados ¿Me miraron cuando abrí el garaje?

Dejé el auto a unas cuadras del centro y caminé hasta la municipalidad. Frente a la entrada principal, sobre el césped de la plaza, un grupo de mujeres y varios hombres charlaban mientras tomaban mate, dentro de una de las carpas, que ya son parte del paisaje, una olla renegrida se calentaba sobre un fuego de garrafa. La gente circulaba, apurada y encerrada en sus problemas, nadie miraba ni se interrumpían las conversaciones. Los reclamos estaban consignados en pancartas desteñidas, extendidas entre los árboles. En la puerta del edificio de piedra, un concejal hablaba para una radio. La proximidad de las elecciones facilitaba la solución de todos los problemas que, desde que me acuerdo, son los mismos. Alcancé a escuchar que le

preguntaban sobre la ola de inseguridad y la relación con las carpas de enfrente

- Me niego terminantemente a relacionar la pobreza con la delincuencia. Acá hay un problema de impunidad y leyes permisivas. Tenemos un jardín repleto de yuyos, el buen jardinero arranca de raíz el...
- ¿No te animás a decirle que se deje de hablar al pedo no?
- Ese tipo tiene el derecho de decir lo que piensa. Y conste que no estoy de acuerdo con lo que dice
- ¿Con lo de la pobreza o con lo del jardinero?
- Con nada, diez años viviendo de la municipalidad y es un completo inútil
- Pero dice cosas; y lo escuchan y dice que los pobres no son delincuentes
- Por supuesto que los pobres no son delincuentes ¿Qué decís?
- ¿Nunca se te ocurrió pensar que la pobreza es el primer paso a la delincuencia? Si se niega esa relación; aparece el delincuente como bicho raro y malo, un invasor al que tenemos que combatir Decime ¿No te suena de antes ese verso?
- Estas siempre con lo mismo
- Todo es lo mismo. Ellos están creciendo al mismo tiempo que la pobreza. Ya son nietos de pobres y sin posibilidad de salir. No tienen escuelas, hospitales, ni laburo fijo. Cuando son chicos; comen en comedores,

se visten con ropa que ustedes tiran y que ellos fabrican como esclavos. Reyes, navidad, día del niño, los juguetes que les dan vienen directo de la basura ¡Sabes cómo sueñan los chicos con los juguetes! Y ni siquiera pueden elegirlos

- ¿Los golpes bajos son tu especialidad no?
- Error, mi especialidad es no dejarte cerrar los ojos, para eso me llamaste
- ¿Qué yo te llamé? Vos apareciste de la nada
- Otra vez meando afuera. Vos sos uno más. Sabes, conocés; la vas de progresista, hablas de los de abajo, pero preferís no ver, te conformas con mirar por arriba del cerco
- ¿Ahora resulta que soy culpable? ¿Qué tengo que hacer, mudarme a una villa?
- ¿Sos escritor no? Y bueno, escribí flaco

XIV: Para educación y no para castigo

- ¡Colo! ¡¿Lo viste al Caño?!
- ¡Me dijo el boga que estoy para tres!
- ¡Llévalo mañana a la escuela!
- ¡Julepe zafó!

Gritos, siempre, de pasillo a pasillo, de los que se van, a los que se quedan. Los que pasan, los que saludan, los que piden, los que ofrecen. En el penal no hay teléfonos, ni mails, ni nada; solo los gritos. No hay secretos. El penal tiene su idioma, palabras que cambian de significado, palabras nuevas. Todo es relación y síntesis. La "redonda" es un recinto circular en el que desembocan los pasillos, "pasoductos" que llevan a los diferentes pabellones. En el centro está la cabina de control, a la que se llega por un sector aislado por dos rejas corredizas. La boca de cada pasoducto está cerrada con gruesos portones de rejas, asegurados por grandes, y obsoletos, candados.

En ese lugar, la barahúnda de gritos, ruidos y golpes es constante. Los internos permanecen arracimados en la boca de cada pasoducto, esperando al guardia que debe franquearles la próxima reja. Es un lugar de encuentro, de intercambio de noticias, de saludos y de miradas envidiosas a los que esperan para irse en libertad, no importa de qué categoría. La redonda es también el primer objetivo cuando estalla un motín.

En el pasillo enrejado de acceso, esperan cuatro mujeres de guardapolvo blanco. Charlan y se ríen, desnudas, o apenas

con un leve portalligas de encajes, con tangas diminutas, gimiendo, murmurando obscenidades, susurrando “Te quiero”, gritando asustadas, siempre obedientes a la imaginación de los hombres que se aferran a las rejas. Una de las entradas anuncia la sala de juntas; ahí no hay gritos, los internos se alinean contra la pared, sin apoyarse, o van y vienen, nerviosos, impacientes. Las pocas preguntas se contestan con monosílabos. Hay un doble encierro, ya que nadie puede escapar de sus propios pensamientos. La puerta de la sala, débil, vieja y desconchada, aprisiona más que las rejas. Detrás, cuatro personas decidirán sobre la vida de cada uno de los que esperan. La posibilidad de empezar de nuevo, de ver al hijo que nació ya hace años, caminar al sol, tomar cerveza, dar ese golpe soñado que catapulte al paraíso de la fortuna interminable. Todo en manos de: psicóloga, jefe de pabellón, jefe de requisa y jefe de tratamiento. Todo en manos de la casualidad, el humor, la presión de los diarios, las necesidades de los políticos y los abogados. Todo en manos de dios.

Hugo es uno de los que esperan. Acuclillado contra la pared gris cubierta de escupitajos. Va por el tercer cigarrillo cuando la puerta se abre y sale un interno con la cabeza gacha y las manos a la espalda.

— ¡Paralata!

— Yo señor, Parayata me llamo yo, señor

— Es lo mismo, entre de una vez

Tres pares de ojos, fijos en una persona. Hugo, más que intimidado, aterrado, no atina a sentarse en la silla que enfrenta la mesa despintada

— Siéntese Paralata.

— Sí señor, me llamo Parayata

— Bueno Paralata, díganos como se ve usted en la calle

— Yo, aprendí acá, me enseñaron y ahora me voy a portar bien, me voy a buscar un labu...trabajo y voy a estar bien. Yo no tomo pastiya, ni droga ni nada. Así que yo...

— ¿Qué actividad tiene Paralata?

La que habla es una señora alta y elegante que se arrebujaba en su abrigo, incómoda en el frío húmedo de esa oficina ruinososa.

— Nnno...señora, pedí ir a los zapatos, pero no había lugar. Me anoté para la cocina y todavía no me llamaron

— ¿No va a la escuela Paralata?

— Nnno..., cuando me trajeron ya habían empezado las clases

— Digamos que, actividades; no tiene...

— Pero, no soy un cachivache, tengo conducta y quiero salir para la reinsertación

— Reinserción, Paralata

— Eso, yo voy a trabajar y voy a terminar la escuela y...

— Sí, bueno, puede retirarse, ya lo vamos a notificar

— Bueno, gracias...permiso

Nadie lo mira, la mujer parece estudiar una carpeta y los otros dos hablan entre ellos. El jefe de requisa va con él hasta la puerta y llama al próximo. Otro guardia le franquea la reja que lleva al pabellón. Hugo recorre el pasoducto con la cabeza tan abatida como el ánimo. Su compañero lo está esperando en la celda.

— ¿Y? ¿Cómo te fue?

— Mal, me cagaron

— Que ¿Ya te dijeron? Ellos no deciden, es el juez el que no te da la condicional

— Si hermano, pero yo se que lo mío no va. Me sacaron recagando ¡Cagué la pija hermano! Seis meses haciendo conducta al pedo y ien cinco minutos a la mierda todo!

— Pará, no te hagás la cabeza, el juez tiene que notificarte, quién te dice que la semana que viene, o el mes que viene...

— O el año que viene, o el otro...

— Pará pibe, a vos te queda poco, no te des máquina al pedo. Te vas a mandar una cagada y si bajas la conducta te van a dejar para el final ¿Y el Tolo?

— No, todavía no lo trajeron, seguro que se queda hasta mañana

— ¿Supiste lo del Chueco Maciel?

— ¿Pudrió todo no?

— Se la puso a uno de la requisa. Le cayeron de golpe y no le dieron tiempo.

- Tenía un feite del carajo, se lo dejó Piñazo. De lujo era.
- Cuando se lo sacaron se puso loco, no lo quería dejar salir al requisa y el otro lo empujó. Ahí le dio para que tenga.
- ¡Loco de mierda el Chueco! Un mes de buzón, si la saca barata
- Un mes de enfermería tiene. La requisa lo sacó a gomazos, le hicieron la callecita y después lo agarraron las tortugas.
- ¡A la mierda!
- El limpieza dice que estaba muy hecho mierda, escupía sangre. Tres dientes encontró en el pasillo.
- ¡Qué cagada! ¿Hacemo mate?
- ¡Dale! Yo piloteo

El Tolo llegó a la tarde. La cara larga, la expresión desesperada. Las noticias que le dieron no eran las que él, contra toda lógica, esperaba. La libertad se alejaba cada vez más y el defensor no era optimista.

- Te digo Hugo, hoy casi me piro. Aguanté porque allá me encontré con Manguera, que lo llevaron de comparendo desde Mercedes
- ¿El Manguera? ¿Está en cana?
- No boludo, estaba de vacaciones. Lo engomaron hace dos meses en una transa, un ortiva que estaba con la gorra le hizo la cama ¡Está hasta las pelotas! Me dijo que La Bruja cayó en cana la semana pasada

- Nos mudamo ´ todo acá
- Ese gato me debe una y en cuanto llegue se la voy a cobrar, lo voy a estar esperando a ese junagranputa

El pasillo se alborota. Dos internos pasan corriendo

- ¡Viene la requisa!
- ¡La rep...! – El Tolo rebusca bajo la delgada colchoneta, saca una hoja de metal, chica, siniestra y filosa. Rápido, la inserta en una delgada ranura, al costado de la tosca repisa con la virgen de Luján. Después enciende la pequeña vela y se sienta a esperar a “la visita”
- ¡Afuera los dos! ¡Las manos contra la pared! ¡Abran las piernas carajo!

El empujón estrella la cara de Hugo contra la pared.

Mareado, sintiendo en la cabeza cristales molidos, asume la posición. A su lado, el Tolo; sangra por un tajo en la ceja. Desde la celda llega el ruido de cosas que se rompen y ropa rasgada. Ellos son palpados a golpes sabios, dolorosos.

- ¡Cada cual a su celda ya! ¡Corriendo!

Cuando el Tolo se da vuelta ve titilar la luz de la velita y, mentalmente le da las gracias a la virgen. Es la segunda requisa que, respetando la imagen, no encuentran la hoja. Hugo no espera que le repitan la orden y vuelve corriendo a su celda. Todo está revuelto. Un penetrante aroma a pino se expande desde un frasco, roto, de perfume.

- La puta madre, nos rompieron todo ¿Encontraron...?

- No, no buscaban nada, fue por lo del Chueco y lo dejaron bien clarito ¿Qué te pasó en la cara?
- Me hicieron mierda contra la pared
- Dale; ja' e soguear. Vamos a acomodar las cosas, levantá el colchón ihij...! ime reventaron el tomate!
- No te hagas la cabeza, lo juntamos con una cuchara y listo
- ¡Mirá la foto de aquella! ¿Por qué la rajaron?
- Yo todavía tengo tarjeta; llamala y decile que te traiga otra
- ¿Te pode' deja' jode? Esto no se arregla con otra foto ni juntando el tomate. Algún día, Lengua, algún día voy a estar yo del lado de la ventanilla y se las voy a podrir bien podrida.
- Si te paras de manos, la cagaste, mirá lo que le pasó al Chueco. Parece que esta vez se la tomaron en serio. Hasta los pabellones de hermanitos la cagaron.

En todos los pasillos resonaban las protestas de los internos y el zafarrancho tardó un buen rato en calmarse. Para las once de la noche reinaba un relativo silencio. Sentado en el suelo, contra la reja, Hugo fumaba un porro, el Laucha roncaba sonoramente. De una de las celdas del fondo llegaba el susurro apagado de una charla. Una noche más.

A la mañana siguiente, el encargado de pabellón grito:

- ¡Perorata! ¡Vamos! ¡Apuresé!
- ¿Dónde voy señor?

- ¡Usted viene y se acabó! ¡Qué le pasa! ¡Quiere un colacionado!
- Pero ¡Yo no hice nada! ¿Por qué me van a llevar?
- ¿Viene solo o lo mando llevar?
- No, señor, ya voy, Parayata me llamo yo, señor.
- ¡Venga de una vez y déjese de joder!

En la redonda, ya estaban esperando tres internos. Le esposaron las manos a la espalda.

- Che ¿Saben dónde vamos?
- De comparendo
- Pero inadie me dijo nada! Yo tenía unas cosas para mostrarle al juez
- No hermanito, vamos a la defensoría

El camión del servicio penitenciario está estacionado en el playón, frente a una puerta lateral. Los internos suben a la caja dividida en minúsculos sarcófagos verticales, desde los que no se puede ver el exterior, la única ventilación es el respiradero enrejado y son las nueve de la mañana de un día pleno de sol. A medio día el calor sofoca, falta el aire y orinar es un sueño. Uno de los internos llama al guardia, nadie responde

- ¡Hermanito no aguanto más! ¡me voy a mear encima!
- Aguante ¿O se cree que está en un hotel? Ya vamos a salir
- Pero señor, no doy más, necesito...
- Yo necesito que se deje de joder

A las tres de la tarde, las puertas de las cajas se abren y los internos bajan del camión, parpadeando en la luz. Sin mediar explicaciones, los llevan otra vez a los pabellones. El interno que llamó al guardia se queda atrás; tiene que limpiar el camión; se meó encima.

- Que hacía Laucha
- ¿Ya estas de vuelta? Rápido los atendió el quia
- Noo, nos tuvieron en los buzones del camión hasta ahora ¿Hay algo para comer?
- En la caja quedó pan y hay una cebolla, hacete un sandwich
- ¡Qué hija de...! ¡Cucaracha de mierda! Y eso que la caja del pan está cerrada
- Ya le dije a mi novia que me traiga la Cagotrina, están por todos lados
- ¡Permiso muchachos!
- Pasá Tolo
- Me llamó mi hermano Lengua ¡parece que me voy!

Una imagen de la calle, de la gente, caminar sin darse vuelta constantemente, silencio. Mil visiones, sonidos, perfumes. Por un momento odia al Tolo.

- Hoy tenía que ir al juez, pero esos junagranputa están de paro

El Tolo se larga a una explicación embrollada sobre las razones de su inesperada libertad. Un testigo que no se presentó, la víctima que no lo pudo reconocer en rueda de presos, su condición de primario, la buena conducta

— ¿Te imaginas hermano? ¡Todavía no lo puedo creer!
 Cuando salga, me va a estar esperando el Loro.

Vamos a ir a un chino, me dijo que viene fácil. Con eso hacemos base y después vemos que sale.

— ¡Viste bolú! Ayer te querías matar y hoy me decís que te vas

El Tolo va de celda en celda, comunicando la novedad. La alegría es contagiosa, la libertad, aunque ajena, y dudosa, es un vientito que refresca y da aire y viene la esperanza. Alguien aparece con una botella de pajarito y pronto hay brindis por la salida del Tolo. Una hora después, y discusión mediante, dos internos se desafían a una pelea con facas, pero están tan borrachos que el enfrentamiento se termina antes de empezar. El Laucha mira la foto, arreglada con cinta scotch, de la novia. El Hugo empieza a hablar sin nada que lo empuje

— ¿Cómo se hace Laucha? ¿Cómo se puede arreglar todo?

— ¿Y que querés arreglar?

— No sé, esto, vivir como los demás, salir de ´sta mierda

— ¿Y vos querés salir? ¿Te querés bancar la corbata y el traje, o el mameluco? Y ganar por mes lo que gastas en una noche

— Y; yo no sé si es por la guita

— No te engañé pibe. Lo de nosotros es el buzo, laburar la calle ¿O me v´a decir que vos eras como el boludo de la tele? Ese que quería ser bombero. Cuando yo era

- un pendejito mi viejo se chupaba todo y volvía a mi casa puesto mal, la cagaba a palos a mi vieja y nos daba a nosotros sin asco. Un día salí de raje y me escondí. Entonces; el quia que vivía en la casilla de el fondo, me llamó y me dijo — Venga pibe — me dijo — Métase adentro y se va cuando al viejo se le pase — Toda la noche me quedé, solo, porque el tipo salió y cuando volvió, era de día. ¡No sabé! Traía una bolsa llena de guita. Yo no le pregunté nada, pero él me contó que había hecho dos YPF y como cinco kioscos. Tiró el fierro arriba de la mesa ¿Y a que no sabé? ¡De juguete era! Una masa el tipo y yo decidí ¡Ahí mismo lo decidí! Que eso era lo que quería ser de grande
- ¿Y lo seguiste viendo al quía?
- No, al poco tiempo hizo un hecho grande y se las tuvo que tomar
- A mi viejo nunca se le dio por fajarme. Una sola vez lo vi loco. La cagó a palos a mi mamá y la rajó de casa. Yo era chiquito, pero me acuerdo como si fuera hoy. Al poco tiempo apareció una mujer. La vieja que me viene a ver ¿Viste? Mi papá me dijo — De ahora en adelante, esta mujer va a ser como su madre — Estuvieron juntos unos mese y después, el que se las tomó, fue mi viejo; nunca más lo vi
- ¿Y ella?
- Me dijo que se quedaba, que me iba a cuidar. Era buena, me lavaba la ropa a la noche y la ponía a secar

arriba de la cocina. Yo me dormía viendo la pelusita azul de la hornalla. En el invierno la dejaba toda la noche prendida. Escuchaba la radio, televisor no había, tangos escuchaba y cantaba, empezaba despacito y, cuando pasaba el tercer vaso de ginebra, pegaba unos gritos que te dejaba sordo

“Porqué me dejastes

Mi lindo Julián

Tu negra se muere

De pena y...

— No me acuerdo más. Cuando torraba yo le manoteaba la boteya ¡Quemaba la ginebra!

— ¡Ya te empedabas de pibe che!

— Un día hice una cartera en el tren. Medio de casualidad ¿Viste? Y se lo conté ¡Para que hablé! Me recagó a palos. Pero yo no le di bola. En do minuto hice como cien mangos ¡Más vale que no le di bola!

— ¡Ves! El laburo ya fue, la moneda está en la gilada y hay que sacársela

Hugo, después de tomar un par de pastillas que le pasó el Tolo, ronca sonoramente. Lentamente, los internos vuelven a sus celdas, a las diez de la noche, cuando los gritos anuncian que se van a apagar las luces, el pabellón está en silencio.

Y el Tolo salió, un día apareció el encargado y le gritó que se preparara. ¡La libertad! Se quedó como de piedra, su compañero de celda tuvo que darle un golpe para hacerlo

reaccionar. El Tolo corrió hasta la celda del Hugo y entró sin pedir permiso. Abrazó al Laucha y a Hugo a la vez y les dio la noticia y se fue. Todo el rancho lo felicitó y, a pesar de la envidia, que era tan palpable como la lluvia de afuera, eran sinceros, estaban contentos por él. Cuando pasó la euforia, Hugo le ayudó a repartir lo que dejaba al rancho.

Promediando la tarde el guardia vino a buscarlo. El rancho entero lo acompañó hasta la reja del pasoducto que, al final, tenía una puerta abierta. El abrazo con el Hugo fue muy largo y prometieron encontrarse en la calle.

Para Hugo todo fue distinto, ahora estaba solo, el Laucha era un buen tipo y un excelente compañero, pero no podía ocupar el lugar del Tolo, su amigo.

Tres días después, estaba sentado en el suelo, había pedido ir a la biblioteca y aprovechó la poca vigilancia del pasoducto de la capilla para tener un poco de soledad.

Quería pensar en la entrevista que tendría con el fiscal y una asistente social, según lo que había afirmado la defensora. Tan distraído estaba que no vio al terceto hasta que llegaron a su altura

— ¡Q'acé guachín! ¿Se te fue la mujer que andá tan triste?

La voz áspera y el tono lo pusieron en guardia. No debió distraerse y encima estaba solo.

— Dame una seca

No fue un pedido, los otros dos se mantenían a distancia y vigilaban la reja por la que podía aparecer el encargado.

Hugo le alargó lo que quedaba del cigarrillo sin intentar levantarse

- ¿Vo fumá esto nada mas? Porque no pediste nunca
¿No? So del rancho del Tolo ¿No?
- Era, se fue
- Alto ojete el de ese gato
- Todo bien con el
- Yo le daba, si vo queré, pedime
- No tengo una moneda
- ¿Y yo te pedí? Si no tené te fio

Por el pasillo apareció un guardia, Hugo se paró, el otro no pareció precaverse de nada

- Tranquilo loco, este no ve nada

El uniformado pasó casi sin mirarlos. Los cuatro internos saludaron con un murmullo, las manos juntas a la espalda, como corresponde

Hugo aprovechó para volver al pabellón y a su celda. El Laucha le avisó que se venía una redistribución

- Alguno debe haber puesto una plata para hacer
conducta
- Recién hablé con el Turco que venía para acá, me
ofreció pastiya fiada
- Ojo pibe, esa mano se te puede dar de culo, esos tipos
son muy pesados
- Si, si, ya sé, yo no les agarré nada

Pasaron los días y Hugo pensó que lo de la redistribución era uno más de los tantos rumores que van rebotando por

el penal. Pero el Laucha tenía razón. Una mañana apareció el jefe de requisita y tres guardias. Fueron celda por celda reuniendo a los internos que cambiaban de pabellón. Hugo y el Laucha no estaban en la lista. Cinco hombres, sus cosas apiladas en el pasillo, se despidieron apesadumbrados, después, con las cosas envueltas en la frazada, se fueron tras los uniformados. En el camino se cruzaron con "los nuevos" Todo parecía igual, pero había que estar muy atento, en la tumba, cada novedad es peligrosa.

Los días pasaban y la entrevista que el Hugo esperaba no se producía. Ya llevaba siete meses en el penal; su piel tenía el color amarillento, verdoso, según el Laucha, producto de la falta de sol y la mala comida, sufría hambre crónica, granos, le dolían los dientes, se rascaba continuamente la cabeza infectada de piojos, los ojos rodaban continuamente, vigilaba todo y a todos. Todavía mantenía la buena conducta, aunque el merito era más del Laucha que de él. Se había anotado en un curso de inglés y otro de dibujo y consiguió trabajo en la biblioteca. Gracias a eso tenía una, muy relativa, libertad de circulación y una cierta rutina, que estaba sujeta a los humores del guardia de turno. En el curso de inglés le propusieron entrar al "curso ambulatorio" Se reunían una vez por semana, lo dirigía una licenciada a la que todos llamaban "Doctora" sin que ella los corrigiera. La idea no le gustó demasiado, pero en cuanto vio a la doctora se enamoró perdidamente. Era el

primero en llegar y siempre buscaba excusas para prolongar la charla. Cuando el guardia venía a buscarlos, él le llevaba el bolso hasta la reja de distribución, la redonda, y recibía un beso de despedida. El "monoidilio" duró dos semanas. Un día apareció una mujerona gorda y excesivamente perfumada, que anunció ser la nueva encargada del curso. Hugo no volvió a ir.

- Che Lengua ¿Viste al nuevo?
- No ¿De dónde viene?
- No sé, pero por el monito que trae, seguro que lo afanaron en comisaría
- Vos estas solo Pinga, seguro que te lo pegan
- Ya le dije al limpieza que conmigo no joda
- ¿Por qué esta?
- No sé, pero tiene cara de ortiva
- Me quedo y lo veo
- Ahí están
- Mirá vos, el Panza ¡Junagranputa!

El Panza caminaba detrás del limpieza con la cabeza baja y cara de susto. Hugo se paró en el medio del pasillo, con los brazos cruzados y una risita siniestra que no llegaba a los ojos

- ¡Hugo! ¡Hermano! Q´acé ¿Estas acá?

El Panza no podía saber que del Hugo solo persistía un vago parecido físico con este Lengua que lo miraba sonriendo sin sonrisa

- Q´acé garca ¿Cuándo perdiste?

- ¡Las sociales para después! ¡Uste me entra en esta celda! Este se llama Pinga, va a vivir con el
- ¡Pará! ¿Por qué acá? De donde yo me tengo que comer la tuya gil
- No jodá Pinga, si no te va se lo comunicas al encargado. El me dijo que lo tenía que poner acá

El Panza miraba a los tres internos sin atreverse a entrar en la celda. El Hugo no dejaba de observarlo y ya no era el pibe que él conoció en el otro mundo. Al final se quedó ahí. Pinga se fue, así que no tenía a quién preguntar cuál era su cama. Sin saber que hacer se sentó en el inodoro a esperar la vuelta del otro. Al rato se oyó un golpeteo de metal contra las rejas, intrigado asomó la cabeza. Por el pasillo avanzaba el Hugo, el sonido provenía de la faca que traía en la mano. Lo estaba retando a una pelea. Era su primer día en el penal, aún no conocía los códigos, pero sabía que si se negaba al desafío era el infierno y aceptó.

El Laucha quiso convencerlo, pero Hugo estaba decidido. Para él, ese pibe era la causa de su encierro y se lo tenía que cobrar. Sacó del escondite su arma, un trozo de hierro redondo muy afilado en la punta, con un mango de madera y trapo, rematado por el filo de acero, legado del Tolo. Se calzó varias revistas gruesas dentro del pantalón, a la altura del estómago y envolvió su brazo izquierdo con tres toallas bien apretadas, se puso el buzo con la capucha sobre la gorra de visera que le ocultaba los ojos.

El Pinga le avisó al Panza que lo estaban esperando en el salón de recreo, en el centro del pabellón. Sin una palabra le extendió un fleje, aguzado y filoso y se fue.

Panza salió al pasillo, inusualmente silencioso, recorrió los veinte metros hasta el salón, observado por los internos que se amontonaban en las puertas de las celdas.

Hugo estaba parado en el centro del recinto, el brazo izquierdo enganchado en el cinturón, el derecho, recto contra el pantalón, casi oculto.

No hubo palabras. Se miraron largo, tratando de adivinar el movimiento, los músculos tan tensos como los nervios.

Todo desapareció, el mundo eran ellos dos.

Hubo un grito y un restallar de brazos. Hugo saltó hacia atrás. El Panza miraba la sangre que brotaba de su cuerpo, se fue derrumbando de a poco y, para cuando llegó al suelo, era un ovillo, las rodillas apretando la herida.

Hugo se fue a su celda a esperar y varios internos fueron a buscar al encargado, mientras otros se agolpaban frente al herido que se había desmayado. Hubo corridas, gritos y una camilla que voló hasta la enfermería, la ambulancia atronó la calle de acceso con su sirena desbocada.

Hugo, vacío de adrenalina estaba inquieto imaginando las consecuencias.

Diez minutos antes de que se apagaran las luces, apareció el jefe de requisa con tres guardias, se fueron directamente a la celda del Hugo. El jefe le ordenó al Laucha que saliera y luego se paró frente al Hugo, la puerta de la celda quedó

taponada por los uniformados. Antes del primer golpe no medió palabra, con los demás, hubo puteadas y amenazas. Cuando la paliza terminó, se llevaron a la rastra a un Hugo sollozante, con la cara que empezaba a desfigurarse por la hinchazón y los moretones violáceos, una costilla que parecía un hierro al rojo y el brazo derecho en una posición muy extraña. El viaje terminó en uno de los buzones de castigo, lo arrojaron al piso y, cuando cerraron la puerta, todo fue negrura y dolor.

Hugo perdió la noción de día y noche, ese buzón estaba lejos del resto, así que no recibía noticias, solo se escuchaba algún grito, rápidamente abortado por los guardias que, allí, eran particularmente brutales. Una vez por día, se abrían el pasa platos y le tiraban un menjunje espantoso que comía con las manos.

No supo cuantos días después se abrió la puerta, tuvieron que arrastrarlo entre dos porque no se podía tener en pié. Lo llevaron a las duchas y le ordenaron bañarse y afeitarse. Cuando terminó, le esposaron los brazos a la espalda, lo que le provocó un dolor insoportable en el derecho que, después de la paliza, no recobró su aspecto normal. Lo condujeron hasta el sector de oficinas. Por donde pasaba, era el blanco de todas las miradas. La procesión se detuvo frente a la oficina del jefe del penal.

Las ventanas reventaban de sol y la luz deslumbró al preso que había pasado sus días en la más completa oscuridad. El jefe lo miró en silencio, solo habló para pedir a los

guardias que esperaran afuera. Hugo se sabía a merced de ese gordito con bigotitos antiguos y sonrisa falsa. Un jefe está en problemas cuando en sus dominios hay peleas, desorden, desprolijidad; como dijo el alcaide: desgobierno; y un jefe está para gobernar

— Perorata, Perorata ¡Como se viene a complicar che! Un tipo que hizo conducta desde que entró, con la libertad ahí nomás y ahora está para quedarse ¡Que mal pibe!

— ...

— ¡¿Me oyó che!?

— Sssi señor, Parayata es mi nombre señor

— Pero ¿Entendió lo que le dije? Sin ayuda usted está hasta las manos.

Para Hugo, las palabras eran solo un runrún sin sentido que escuchaba a medias, hasta que, de golpe, entendió que había una oportunidad, el jefe le estaba presentando una salida.

— Bueno Perorata, usted pudrió todo, pero yo lo voy a ayudar. Claro que me va a deber una y grande

El jefe se cortaba las uñas con un alicate brillante y Hugo miraba la parábola de los recortes como hipnotizado

— Pero señor, yo no tengo una moneda, ni visita tengo

— Perorata, me cago en lo que usted tiene, tranquilo, ya llegará el momento en que me pueda devolver el favor. Ahora va a volver a su celda, pero por un tiempo nomás, hasta que todo pase, después lo voy a mandar al dos

- Pero señor ¡Ahí son todos cachivaches! A mi...
- No está en condiciones de decir nada Perorata, no haga que me arrepienta ¿Esta entendido no?

El tono bondadoso lo asustó y Hugo se dio cuenta que no podía elegir, bajó la cabeza y aceptó sin contestar. Se sentía muy mal y luchaba para no derrumbarse. Entre la niebla que le llenaba la cabeza, advirtió que el jefe llamaba a la guardia. Lo condujeron al pasoducto de ingreso con las manos a la espalda.

El Laucha lo recibió con un abrazo, mate y pan duro que tostó en el calentador tumbero. Hugo, pasado de hambre, encontró que no podía comer. Se enteró, sin emoción, que el Panza sobrevivió por milagro, pero que tenía para un mes de internación en la enfermería del penal

- Ojo pibe, el jefe te quiere como ortiva. Ese sorete no da puntada sin hilo
- Pero en el dos están todos con condena ¿Quién me va a dar bola?
- ¿Y? Al sorete no le importa, te manda al muere. Si el Panza se moría, cagabas, como no murió; vos zafaste con él. Entre matarte a palos o tener un canario...

Las diez de la noche, las luces se apagan y Hugo fuma contra la reja. Quiere convencerse que los ojos le lloran por el humo, pero sabe que son mentiras. Piensa en la vida absurda que le tocó y que va a tener que vivir

- Por lo menos estar afuera un poquito, conseguir moneda, tomarme una birra bien fría. Alta pilcha para

ir al boliche ¡Dos perras me voy a agarrar! ¿Cuándo me llevarán al dos? Ahí sí que la cosa va a ser pesada. Esos guachos, corte que te la dan sin un problema. Están todos jugados y les importa tres carajos. Y bueno ¡Por lo menos allá hay pastiya de todo lo colore!

XV: La noticia del día

Los diarios traían fotos de un motín en la cárcel de Santiago del Estero. Antes fue la tele con sus cámaras en vivo, demoradas en los rostros desesperados, los gritos, los insultos, los puños enjugando lágrimas.

Uno, que tiene un poco de oficio, adivinaba el esfuerzo para engordar la noticia, pero algo estaba saliendo mal. Había incendio, humo muy negro, enmascarados en los techos, policías pertrechados, desorden en la calle y funcionarios con cara de preocupación. El tema tenía gancho, pero los llamados y las entrevistas callejeras tenían otras motivaciones. Los protagonistas del reality eran presos, y los presos viven en otro mundo. Decían que había sido un intento de fuga, abortado por las autoridades del penal.

- Lo mío es literatura de anticipación. Ya tengo un motín esbozado
- Te digo, estuviste cerca, pero te faltó un montón. La explicación de cualquier rechifle es la fuga, pero los que están ahí saben que es casi imposible tomárselas en medio de semejante despelote. La verdad es que te hinchan las pelotas hasta que reventas por algún lado
- Pero, las peleas son entre ustedes, los muertos y los heridos, les queda todo roto a ustedes. Entonces ¿Para que todo?
- Un ruso que escribió libros, dijo que la civilización de un país se puede medir por el trato a sus prisioneros
- Fiódor Dostoievski, Crimen y castigo

- Los presidios son una copia chica del país; pobres contra pobres, presos contra presos y gomazos de la gorra. Después; los diarios y la tele dicen cualquiera. En el proceso se dio el rechifle más sangriento en muertos; hubo sesenta. En esa época, la muerte estaba muy barata.
- Para todos fue lo mismo
- ¿Ves que te canto la justa? En el pabellón siete; había más de cien hermanitos; hubo una requisa, los cagaron a palos y estos giles no se lo bancaron y la pudrieron
- ¿Y?
- Los gasearon para el campeonato, se ahogaban y para no morir asfixiados, le prendieron fuego a los colchones. Después, los guardias dijeron que no habían podido entrar para ayudarlos porque los presos habían trabado las rejas.
- Algo así como un suicidio en masa
- Para suicidios, los que aparecen todos los meses. Los lees en las páginas interiores: "Se ahorcó en la celda" Si en vez de uno son muchos, lees: "El sangriento motín"
- No todo es tan así. Algunas veces hubo motines en los que mataron guardias con tiros en la nuca, por televisión se vio como torturaban a un pobre gordo
- Adentro es igual que afuera. La gente se cansa de las guachadas, los afanos, el forreo; y explota. Y no siempre es por una cosa en especial. Una visita manoseada en la requisa, dos días con el nervio de una muela en carne

viva, tu mujer que no vino mas y, justo ese día, te acordás de ella, el hambre, el frío, la calor. Que se yo, todo suma. La mierda que se arrastra dia a dia.

— Sí, pero...

— En Olmos, el siete, es un pabellón de conducta, los que viven ahí ayudaban en el penal y algunos tenían trabajos fijos en mantenimiento. Un guardia se metió a separar a dos presos que se peleaban y se comió una ñapi. El cobani se fue corriendo a buscar a los otros y fue lo de siempre. Treinta y cinco, todos asfixiados. En Magdalena, hace poquito, treinta y dos. Y si querés sigo. Un motín es un grito y a nadie le interesa escuchar. A lo mejor por eso la explicación es siempre la misma; que la superpoblación, que la falta de condenas, que las malas condiciones. Todo en una semana, después, la noticia ya fue.

— ¿Qué hacías?

Mi mujer interrumpe esto que hago y que no se qué nombre tiene. Inventé una excusa estúpida que ella no escuchó

— ¿Vas a buscar a los chicos?

Cuando encendí la radio del auto, el locutor hablaba del pase de Riquelme; había aparecido otra noticia

XVI: Cachivaches

— ¿Y ahora? ¿Quién carajo se hace cargo?

El jefe del penal miraba y remiraba a los dos uniformados que, muy nerviosos, aguantaban la bronca parados frente al escritorio

— ¡Que vengan Juárez, López y la reputa madre que los parió!

Uno de los guardias aprovechó la orden para salir corriendo del despacho

— ¡Vos traemelo a Molina! ¡Dale movete!

Casi al momento aparecieron; el jefe de requisa, López, Juárez, que estaba a cargo del pabellón a la hora de los sucesos, y el guardia

— Siéntense, vamos a esperarlo a Molina

Sin pedir permiso, atropellado y sudoroso, entró Molina, el enfermero a cargo de sanidad

— ¡Todo mal jefe! Ese, al hospital no llega, dos puntazos en el estomago y uno, me parece que le interesó el hígado

— ¿Se muere?

— Le recabíó, ya fue, no creo que llegue, ya se lo dije

— ¡No me dijiste que era fiambre! ¡Para qué carajo lo sacaste del penal! ¡Son toda una manga de boludos! ¿Nadie piensa nada? Si lo dejabas que muera en la enfermería, podíamos dibujar algo ¡Ahora estoy en el horno! Es la tercera muerte en veinte días ¿Cómo mierda lo explico?

- Jefe, usted sabe como es la cosa, las muertes no se pueden evitar
 - Dejame de joder Juárez. No me caliento por la muerte de ese boludo, si se quieren matar todos ique se maten! Pero que no me jodan. Esto es grave, va a salir en los medios. López, júntate con este y armen un informe que sea digerible ¿Quién lo pinchó?
 - Todavía no se sabe y en el dos no tenemos ortivas, lo cortaron en el baño, estaba solo lavando la ropa y se la enchufaron de atrás, nadie vio nada.
 - ¡Si claro! Ahora son todos ciegos. Juárez, me traés a Perorata, pero sacálo sin que los demás se aviven ¡A ver si hacen una bien!
 - Si jefe, quédese tranquilo, voy a inventar que tiene entrevista con los de la defensoría, justo hoy vinieron Juárez se fue a cumplir con el encargo y los demás se levantaron como para irse, pero el jefe los detuvo, quería detalles para armar la explicación que seguramente hoy mismo le pedirían
 - ¿Quién es el herido?
- El timbre del teléfono paralizó a todos. El jefe atendió la llamada y, a medida que escuchaba, el semblante se le oscurecía. Cortó con un golpe tan fuerte que un trozo de plástico fue a parar al regazo de Molina
- Era del hospital, llegó vivo, pero se quedó cuando lo operaban.

El teléfono vuelve a sonar, ahora es el director que quiere verlo ya mismo

— López, yo me voy a ver al viejo de mierda. Vos te quedás acá y me lo tenés esperando a Perorata hasta que vuelva. No le digas ni una palabra ¿Estamos?

El pabellón estaba inusualmente tranquilo. Los internos formaban corrillos comentando la pelea, todo se inventaba, porque nadie sabía cómo había sido. La muerte allá, es siempre la misma, sea desesperada, buscada, peleada o encontrada. Vedia no daba para mucha charla, recibía pocas visitas, solo de la madre, no tenía mujer. Estaba por robo reiterado y homicidio. La suerte le puso por delante al hijo de un policía que se resistió al robo, forcejearon, un tiro terminó todo y alertó a un patrullero. Llevaba tres y siete y le quedaban diez. Lo trajeron desde Olmos, después de un rechifle en el que murieron seis compañeros, quemados por los colchones incendiados y las rejas que no se abrieron a pesar de los gritos y la desesperación. Las cicatrices de la cara y los brazos estaban a la vista, las otras solo se dejaban ver en las pesadillas, la paranoia y el carácter ferozmente agresivo. Se convirtió en un animal sumamente peligroso, siempre dispuesto para lo que sea y con muchos enemigos, tan peligrosos como él.

A Julio Gorosino, le dicen Manija. No es de los que se muestran, pero fogonea cada disputa, disfruta azuzando a unos contra otros, pero rara vez es protagonista. Entro por primera vez cuando aún era un pibe granujiento y

asustado, que había arrebatado una cartera y ni siquiera supo huir. Esa vez la pena fue leve, pero luego se hizo conocido de todas las comisarias y los juzgados y paseó por varias cárceles. La última condena fue la definitiva. Hubo un secuestro en el que la víctima fue ejecutada fríamente, a pesar de que el padre había pagado la suma exigida. La investigación fue rápida, los malvivientes habían dejado infinidad de huellas a su paso y Gorosino tenía el arma homicida en su poder cuando la policía lo detuvo. Fue perpetua, si sale a los setenta, pasarán treinta años y lleva diez desde que fue condenado. Su vida es la cárcel y se adaptó muy bien. No intenta hacer conducta, no tendría sentido.

Hubo una discusión en la que Vedia lo trató muy mal y arreglaron una pelea en el baño. Cuando se enfrentaron, Vedia tenía un toallón con la punta mojada. El primer latigazo le dio en la mano que empuñaba la faca que se le cayó por el dolor. Después fueron en la cara, los brazos y la espalda, loco por los toallazos, solo atinó a taparse la cabeza. Cuando Vedia se fue, riendo a carcajadas, ya tenía la cara desfigurada y apenas veía por la hinchazón de los ojos. Gorosino se juró que Vedia se las iba a pagar. Esperó, tenía tiempo de sobra, dos meses estudiando como vengarse, estremeciéndose con el recuerdo de cada golpe. No habló de Vedia, no hubo nada que anticipe su determinación. Para los demás, había aceptado la derrota; nadie lo conocía.

Vedia lavaba su ropa cada tres días, esperaba la hora en que los baños quedaban solos y usaba siempre la misma pileta y estaba en eso cuando entró Gorocino que, sin darle tiempo a nada, le asestó dos puntazos, feroces y bien dirigidos

— Cagaste la pija junagranputa

Vedia no alcanzó a terminar la puteada cuando cayó sobre el revoltijo de ropa. El otro salió caminando como si tal cosa. En el pasillo se cruzó con Hugo, el pibe nuevo, pero no se preocupó, el tipo había venido a parar al dos por haber apuñalado a uno, era de confianza.

— ¡Perorata! ¡Tiene comparendo!

Cuando se escuchó el llamado del encargado, Hugo estaba con un rancho del muerto, justamente estaban hablando del encuentro con Gorosino.

Diez minutos después, estaba en la pequeña habitación que usaba la defensoría, solo que ahora era el jefe el que estaba sentado frente a el

— Bueno Perorata, llegó la hora de devolver favores

— Si señor

— Bien pibe. A ver, decime ¿Qué sabes de la muerte de Vedia?

Ya estaba ahí. Esperaba ese momento desde el día en que lo sacaron del buzón. Se había imaginado mil formas de negarse pero solo atinó a decir con un hilo de voz, que no sabía nada. Se ganó una mirada torva. El jefe estaba seguro de que él sabía algo, no le creyó

- Mire che, quiero saber quien fue y usted es el que me lo va a decir
- Pero en serio que no sé nada, nadie sabe...los del rancho lo quieren encontrar pero nadie vio nada
- ¡Déjese de joder! Usted me debe una y hoy me la voy a cobrar. Elija; o habla o hago correr la bola que habló y que es un ortiva que está plantado para delatar a los cachivaches

No tenía opciones u ortiveaba para el jefe o lo tomaban por alcahuete, ni el Laucha se lo iba a perdonar

- Usted confundió bondad con boludez ¿No?
- Es cierto jefe, por favor créame, si supiera algo ya se lo hubiera dicho. Nadie vio nada

A lo mejor fue la mirada desesperada, o el miedo; tan evidente, lo cierto fue que el jefe dudó

- Perorata, vamos a decir que le creo – Con el gesto cortó el incipiente agradecimiento – Le doy un día, mañana a la tarde van a requisar el pabellón, cuando le toque, le da un papelito al que lo revise, nadie se va a enterar. En veinticuatro horas quiero al turro que pinchó a Vedia servido en bandeja ¿Entendió todo?
- Si señor

Y el mismo guardia que lo llevó, lo devolvió a la redonda. Cuando llegó al pabellón estaba nervioso pero siempre era así para todos, después de una entrevista con la libertad en juego. En el camino, se cruzó otra vez con Gorocino – Este salía del baño ¿Habrá sido él?

Hugo no tenía rancho, en ese pabellón no aceptaban a un preso nuevo tan fácilmente. No sabía que el rancho de Vedia había relacionado a Gorocino con las puñaladas y que ya tenían planeada la venganza.

Abstraído, con la cabeza ocupada por el plazo que le había dado el jefe, no advirtió que, de repente, todo estaba silencioso. Fue un instante en el que, hasta el aire se volvió espeso y pesado. De golpe se desató la locura. Un griterío infernal. Un zumbido aterrador que parecía brotar de las paredes. Mil gargantas gritando, llamando a los amigos, preguntando, advirtiendo que todo estaba mal, preparando la defensa. Hugo estaba solo, su compañero de celda, un preso viejo y curtido, no le dio confianzas, ahora entró a la celda corriendo y, sin decir una palabra, sacó la faca, apenas oculta, cambió las ojotas por zapatillas y calzó los pantalones bajo las medias para proclamar su condición de cuchillo largo y salió tan rápido como había llegado. El pasillo ya se estaba llenando con el humo de los primeros colchones incendiados, las sirenas de alarma apenas se oían en la baraúnda general. Hugo se asomó al corredor y comprobó que estaba desierto, la reja del pasoducto abierta, con el enorme candado reventado. Sin saber para que, por simple instinto, se fue para la salida.

El caos era total, en las bocas de los pasoductos que llevaban a los pabellones, los internos peleaban fieramente para defender sus pertenencias. Aquí y allá, se saldaban diferencias y se cobraban viejas cuentas a punta de faca.

La columna principal de amotinados llevaba a un guardia como escudo humano y trataba de ganar la redonda para desde ahí, intentar salir al campo y a una, hipotética e imposible, libertad. La guardia antimotines ya había tomado posiciones; disparaban salvas con postas de goma y estallaban las primeras granadas de gas.

Hugo corría de un lado a otro, el orden y la costumbre habían desaparecido en el fulgurante momento en que comenzó el rechifle. Las rejas abiertas, la falta de guardias, las peleas y el fenomenal ruido, lo marearon. Solo atinó a buscar lo conocido y se fue para su viejo pabellón. La reja de entrada estaba cerrada y detrás montaban guardia varios internos, armados con facas atadas a palos de escoba. Alguno lo conocía de antes y le franquearon el paso cuando preguntó por el Laucha. Encontró a su amigo igualmente armado y muy nervioso. De pronto un grito se impuso a todo lo demás - ¡Se vienen las tortugas! - El grupo de asalto tomaba posiciones y, velozmente, hacía retroceder a los revoltosos, retomando el control de pasoductos y pabellones.

— ¡Rajá pibe! Metete en tu celda y quedate ahí ¡No te muevas!, si las tortugas te agarran en otro pabellón; cagaste

Hugo salió corriendo, mezclado con los que huían de la represión. Los humos de muchos colchones inundaban los pasoductos, había cuerpos tirados, pidiendo ayuda a los que no estaban interesados en darla, cuerpos maldicientes

o silenciosos. Cuando pudo llegar a su celda, se encontró con que su compañero ya estaba ahí, sin palabras se sentó en la cama, solo quedaba esperar.

Hugo era uno más en la larga fila india de hombres que, con las manos en la nuca, pasaban entre una doble guardia que pegaba e insultaba a placer. A pesar del abundante ejercicio no parecían cansados y los golpes eran igual de duros que al principio. La contabilidad del motín arrojó cuatro muertos, siete heridos, dos de ellos en estado desesperante, veintiséis heridos de arma blanca, dos quemados graves y seis con principio de asfixia, más un número indeterminado de heridos leves. Entre los que agonizaban en el hospital estaba Gorocino. Dos puntazos en los riñones, uno en el estómago y dos en el hígado, tantas heridas como rancho tenía Vedia, amigos que, dos días después, festejaban ruidosamente el deceso de Manija. De momento, Hugo tenía resuelto el problema con el jefe, pero este tenía cosas mucho más urgentes que atender. Fue trasladado a otro penal junto con el jefe de requisa. Gracias a la investigación de las causas del motín, Hugo cambió de pabellón, no volvió a la celda que ocupaba con el Laucha, pero estaba, otra vez, en un pabellón de conducta. La sobrepoblación del penal fue sindicada como el detonante de la sublevación.

De a poco todo se fue tranquilizando. La nueva cúpula tejía sus redes y todos se apresuraban para no quedar afuera. Arreciaban los rumores y los cambios y traslados eran cosa

de todos los días. Hugo tuvo tres entrevistas y una rendijita de luz; el sereno declaró a su favor y los cargos se redujeron, dos meses después, le propusieron un arreglo. Le pidió consejo a Luis, un interno a punto de recibirse de abogado, y siguiendo su consejo; aceptó. Sin ilusiones, siguió con sus rutinas, la libertad era algo que servía para hablar o para soñar. El Laucha afirmaba que no existía, que cuando salían del penal era solo para saber que se estaban perdiendo y vuelta a la celda. Su vida era una rutina aplastante y obsesiva. La ansiedad; una avispa furiosa en el estomago, pasaba de un entusiasmo optimista y delirante al abatimiento desesperanzado. Por esos días reapareció el Panza. Pensó en reeditar la pelea, pero el Laucha le advirtió que era rifar la libertad, que no le iba a salir gratis dos veces y el entendió. Por su parte, el Panza lo evitó cuidadosamente.

Encendió el primer cigarrillo del día mientras el tumbero calentaba trabajosamente el agua, la novia del Laucha, en la última visita, le trajo un pote de dulce casero y su compañero de celda, Lepra, aportó pan, al rato se les unió el Panza. Estaban riéndose de la descripción que Lepra hacía del cuerpo de la mujer que lo visitaba. Escribió a una revista de Solas y Solos y ella le escribió. El intercambio de cartas duró seis meses y un día, apareció en la visita. Cien kilos de carne y pintura, una risa contagiosa y canastos de comida, después; vino cada Jueves y él la presentaba como "mi señora"

Desde la reja, el guardia gritó varios nombres, media hora más tarde, un Hugo incrédulo repartía sus cosas porque se iba en libertad. Su rueda había dado la primera vuelta.

El Laucha lo abrazó con fuerza

— No vuelvas pibe, no le des el gusto a estos soretes
Cuando caminaba el pasoducto hacia la redonda, miraba continuamente hacia atrás y no bajo la mano ni por un momento, un saludo que se detuvo únicamente cuando entró a la guardia. No estaba tranquilo, se decía que porque ya estaba extrañando a los amigos, pero era simplemente miedo.

Cuando el portón se abrió, apenas pudo dominar el impulso de correr. La calle y los ruidos lo marearon. Asustado, se sintió chiquito y vulnerable sin las paredes que lo limitaban. Solo quería alejarse y caminó sin rumbo. La gente que cruzaba, hablaba fuerte, reían, discutían y él quería ser uno de ellos. Clavó los ojos, que no se cansaban, en cada mujer. Harto de ver formas lisas y chatas, se entusiasmó con las regordetas, imaginando pechos voluptuosos y carnes acogedoras. Los bocinazos, puntuaban sus distracciones y los faros lo deslumbraban. La ciudad es la misma, pero, para él, la geografía era nueva. Se encontró con una estación que conocía. Cruzó al otro andén y se sentó a esperar el tren. Dos policías que charlan junto a la ventanilla de la boletería, lo miraron con mucha atención y sintió un calor que subía desde el estomago y lo mareaba. Por fin, las lozas se estremecieron anunciando la llegada del

convoy. Hugo subió y ocupó el último asiento del vagón, desde ahí, podía vigilar a los otros pasajeros. Casi estaba por llegar, cuando se cuestionó la vigilancia sin sentido. El caserío se le antojó más sucio y lleno de olores. Saludó a varios conocidos, que se quedaron mirándolo. Se encaminó por el pasillo hacia la caja de cartón y chapas. La puerta estaba cerrada y al abrir, solo encontró un colchón tirado y tres sillas remendadas. Una sombra ocupó el cuadrado de luz que dejaba pasar el hueco de la puerta, se volvió rápido, dispuesto a defenderse.

— ¡Te largaron bolú!

El Tolo ya lo estaba esperando para el abrazo largo y apretado que celebró la resurrección

— Tolo, hermano ¿Qué mierda pasó acá? ¿Dónde está la vieja?

— Sentate, vamo a hablar

La cara del amigo no presagiaba nada bueno

— La vieja palmó bolú, eso fue antes de que me largaran a mí. Como la casilla quedó sola, los guachos entraron y se llevaron todo

Hugo sintió que los ojos le desbordaban, quiso evitar esa tristeza, honda y pesada, que lo fue ganando, pero no pudo. Esa mujer fue lo más parecido a una madre que jamás tuvo y ahora estaba, definitivamente, solo

— ...y yo me instalé porque nosotros como amigo y si yo no estoy, algún gato te garca

— Si Tolo, está todo bien ¿De qué se murió?

— No sé, parece que una vecina la encontró tirada, vino la ambulancia, pero el tordo dijo que ya estaba muerta. El bobo viste

— Que cagada che ¿De qué mierda me disfrazo ahora?

— No te calenté gil, rescatate. Estoy yo y los pibes. Ahora viene Tornillo y el Mamba. Nos clavamos unas birras, unos porros y mañana vemo

La noche fue tumultuosa, tomaron mucho más que unas cervezas y los porros dejaron el ambiente cargado de vahos grises y dulzones. De algún lado salieron colchones y, mediada la bienvenida, aparecieron dos mujeres, que proveyó el Mamba.

Lo despertó un rayo de sol en los ojos. El Tolo y Tornillo roncaban sonoramente. El Mamba había desaparecido con las mujeres.

Esa tarde estaban con él Tolo en el bar de la estación. Sentados frente a una botella de cerveza, el amigo lo ponía al tanto de las últimas novedades y le advertía de posibles peligros

— Guarda con el cuñado del Panza, está diciendo que se la va a cobrar. Habla al pedo, pero tenés que cuidarte. Los pibes que andaban con vos cayeron todos. Queda uno solo afuera, pero se piró. Se quisieron cortar solos y lo mejicanearon al que los tapaba ialta pelotudez! Al otro día estaban empachados mal

— Che Tolo, y vo ¿Qué hacé?

- Ando solo Hugo, a vece laburo con lo pibe, pero nada grande ¿viste? Cuando salí, hicimo uno chino, con el Loro ¿Te acordás que te dije?
- Sí, pero yo pensé que era porque estabamo en cana y uno se imagina cosas
- ¡No bolú! El Loro tenía la justa. Se estudió tre chino; y les dimo para que tengan, pero un quia batió que eso gato tienen la gorra de eyo y que nos iban a estar esperando. El Loro se cagó de la risa pero yo no quise seguir. Entonce, le dijo al José ¿Lo tené no? El hijo del viejo de la vía. Bueno, cuando fueron los estaban esperando adentro ¡Se salvaron recagando!
- Son chiquito pero jodido esos junagranputa
- ¿Vo queré hacer algo?
- ¿Qué tené?
- Estudiado, nada. Con lo pibe salimo a lo que haiga. El Mamba hace un auto y le damo
- Y bueno, yo voy ¿se puede?
- Vo so mi amigo Bolú

Las nueve de la noche. El invierno ya está encerrando a la gente. Los pocos transeúntes miran con desconfianza al terceto que espera la llegada del Mamba. Ante la tardanza, los tres se refugian en un bar y ocupan una mesa, cerca de la vidriera, desde la que ven la esquina de la cita.

Están con la segunda botella de cerveza, cuando aparece el otro manejando un Fiat blanco. Pagan rápido y salen apurados

— Vamo a cargánasta, está con el gas ¡Rata de mierda!
Buscan una estación de servicio apartada, se detienen junto al surtidor y esperan. Los atiende un hombre ya grande, cansino y desinteresado. El Mamba pide que le llene el tanque. Se baja, cuando le dice el importe, y simula sacar la billetera cuando busca el treinta y ocho con el que lo encañona. El playero, pálido, se apoya contra el surtidor y saca la recaudación, aún antes de escuchar la exigencia. El Mamba, manotea el dinero, se sube al auto, y arranca con un chirrido de gomas. No medió una palabra, solo el gesto y el arma desplegando su lenguaje.

A las tres de la mañana los cuatro amigos abandonan el Fiat a una cuadra del boliche donde trabajan las amigas del Mamba. Antes, se repartieron el botín. Atrás quedaron tres estaciones de servicio, un kiosco, un taxista y una pareja. También dejaron una cabeza rota de un culatazo y al kiosquero, que al final dijo donde escondía la plata, muy golpeado por el Tolo.

La noche se hace larga entre invitaciones a las alternadoras, caricias, risas y bebidas. Ya es de día cuando el Tolo y Hugo vuelven al caserío.

En el medio del pasillo hay un hombre que los espera. El cuñado del Panza habló mucho y ahora tiene que hacer algo, pero tiene miedo. Hugo no se da por enterado y sigue caminando, en el bolsillo del buzo, ya tiene empuñado el veintidós. Cuando el otro estira el brazo para pararlo, lo enarbola. Rápido y contundente, golpea con el caño, y,

cuando el hombre se dobla de dolor, hay una patada, bien dirigida y otro culatazo, esta vez en medio de la cabeza. No hay gritos ni revuelo, la visión del revólver, recluyó a los mirones y no hay testigos de las palabras del Hugo

— Si te me volvés a cruzar; fuiste, gil

Nada más, los dos amigos siguen hasta la casilla y cierran la precaria puerta.

Una gorda ayuda al caído, ante la mirada burlona de varios chicos.

La noche es para ellos, se mueven en las calles solitarias como una sombra más, alertas a los destellos azules y a las vecinas chismosas con teléfonos dispuestos.

Dos pibes aparecen en la esquina, enfrascados en su charla, advierten tarde al terceto que viene hacia ellos, tienen mucho miedo, pero los otros, ni los miran, cuando pasan de largo.

Dos cuadras mas allá, la luz dibuja un triangulo perlado sobre la vereda húmeda. Adormilado, el guardia no ve que tres sombras se agachan debajo del borde de la ventanilla y entran al hotel. Una patada abre la puerta de la recepción y el guardia se despierta con un caño negro sobre la cabeza.

El Tolo, con la cara tapada a medias, exige la recaudación. Hugo despoja al encargado y a la empleada de relojes y anillos, no puede evitar mirar el televisor en el que una rubia de grandes tetas hace cosas inverosímiles con un negro grandote. La visión lo distrae y el hombre aprovecha

para apretar el botón de la alarma. Tolo ya tiene un gran fajo de billetes y Mamba apura para huir. Los tres salen corriendo y suben al auto que los espera en la entrada del garaje. Apenas se alejan un par de cuadras cuando escuchan la sirena de un patrullero.

— ¡Hijo de puta! el chabón llamó a la gorra

—No Tolo, vinieron muy rápido. Ese ortiva apretó la alarma cuando todavía estábamos adentro

— ¡La próxima, lo fajo en cuanto lo vea!

—Pará bolú, mirá ese chabón que entró al cajero

—Ese tiene guita ¡Da la vuelta que lo afanamo!

Un hombre está parado dentro de la gota de luz del cajero automático. Absorto en las órdenes que le da la pequeña pantalla, no repara en las dos figuras que esperan afuera. Terminada la operación, recupera la tarjeta y, al darse vuelta para salir, congela el movimiento hacia la puerta. Antes de ver el arma sabe que no va a poder evitar el robo. Los cuatro muchachos se reparten el botín del día. Tornillo propone una visita al boliche, Mamba acepta en seguida y los dos se van, riendo y hablando a los gritos de la noche que les espera

Hugo y el Tolo se quedan charlando. Hugo fuma junto a la diminuta ventana y el otro juega con un mazo de cartas.

Los dos están pensando algo, ninguno se apura para empezar a hablar.

— Esto no va bolú. Hay que hacer otra cosa

- Si, laburamo todo el dia y sacamopa papear o pa habilitar una minita. Mucho laburo, mucha bandera y así no vamo a durar nada
- Yo tengo algo Lengua, pero es jodido, jodido. Si hay que tirar, se tira
- Decime bolú, yo voy
- La oficina del gas
- Pero ivo tas en pedo! Hay de la provincia, de la federal, de segurida, alarma, cámara
- Pará bolú ¿vo te cre que soy gil? Hay que entrar justo antes del cierre con una boleta en la mano, cada uno por su lado y vamo...

Tolo explica detalladamente el plan y Hugo se va interesando

- ...y podemos agarrar moneda de todo lo colore. Hay que hacer las cosas rápido y salir, caminando, como si tal cosa, tomamo un tasi en la esquina y chau, nos perdemo
- ¿Y la cámara de mierda? Vamo a estar en la tele loco
- Usamo gorra con visera bien larga y todo fenómeno, nadie nos va a poder reconocer
- Pa las huella, usamo guante de dotor
- Y pa las mina que vamo a tener iesta! Bolú

Tolo se toma la entropierna, riéndose de su chiste

- ¿Te va Lengua? Lo vengo viendo desde que salí de la tumba. Siete vece, pasé haciéndome el dolobu. Hasta le fui a pagar el gas a la del carnicero.
- ¿Y lo pibe? ¿Lo vamo a meter?

— No podemos Lengua, este laburo es para do pibe bueno. Hay que hacé la cosa despacio y con tranquilidad. El Mamba es muy nervioso, se pone loco y es capaz de empezar a los tiros y Tornillo es muy nuevito ¿Viste como se fueron? A los grito, como do pendejo.

El Tolo expone sus razones y Hugo las acepta. No es bueno dejar de lado a sus compañeros, esa actitud puede generar conflictos y eso tiene sus peligros. Pero llevarlos puede ser peor. Ya van a tener tiempo de explicarles

El local de la compañía de gas ocupa un buen segmento de la vereda de sol. El calor del medio día, saca a los taxistas del interior de los autos y los deja charlando en la vereda. En cinco minutos la oficina cierra y salvo los rezagados, que llegan corriendo, como ese pibe de la gorra con la gran visera que, enarbolando la boleta, se abalanza sobre la puerta, no quedan clientes. En el último segundo, otro pibe, gemelo del anterior en la ropa y el apuro llega, jadeante por la carrera. Los policías ya van hacia el patrullero, el día terminó. En el interior del local, los chicos están frente a las cajas. Si alguien mirase con atención, vería la palidez de las empleadas y el temblor que las domina

— Quedate tranquila mami, no pasa nada, la guita, dame la guita y está todo bien

El Tolo habla sonriendo y genera más miedo en la mujer; que quiere decir algo y no puede pronunciar palabra

— Ya está, vamo rápido. Si quieren hacer sonar la alarma, esperen a que lleguemo a la puerta. Y que no se oiga

nada porque usted son las primeras boletas

¿Entendieron?

Los dos muchachos, sin hablar entre ellos, caminan hacia la puerta, que el guardia de seguridad les abre solícito.

Después declarará que no les pudo ver bien la cara porque usaban gorras con una visera muy grande y, al salir, leían las facturas, que él creyó que acababan de pagar. Ahora abordan dos taxis que los llevan al centro. Están subiendo al colectivo, cuando, en la empresa robada, dos cajeras lloran, tres policías no saben cómo explicar que no estaban en su puesto y un guardia de seguridad quiere que todos entiendan que él los dejó salir porque no vio nada raro.

XVII: Palabras

- ¿Te gustó planificar los hechos?
- Argumentos, no hechos, si son delincuentes...
- Prácticamente no hubo violencia ¿raro no?
- No me interesa describir violencia, no es lo mío
- ¿Y qué es lo tuyo? ¿Mirar desde afuera?
- Mostrar, no apruebo ni condeno, solo muestro
- Siempre pensé que los escritores están un poco chapa, se creen Dios, creando chabones que por más que quieran, no van a tener más remedio que hacer lo que ellos le manden
- Ya estás diciendo boludeces
- No, en serio, vos sos el responsable de lo que haga el Hugo. Pero el va a terminar para la mierda
- Ni yo sé cómo va a terminar la historia
- Cárcel, mugre, afanos, no hay que ser vidente para saber que está todo mal
- Nunca está todo marcado, pueden pasar cosas que...
- Macho, no jodas. Dios y el diablo juegan al baile de la silla cuando nacemos, y así nos va. Y eso es lo que vos hiciste con el chabón. Solo que vos sos los dos
- Basta, me cago de sueño, son las tres de la mañana, no quiero más.

¿Lo habré hecho a propósito? Cuando me acosté, tropecé con la pata de la cama y desperté a mi mujer. Protestó tanto que no me dejó escuchar al intruso y pude ipor fin! dormirme en paz.

El tránsito de las once es siempre caótico. Esquive por los pelos la puerta que abrió el pasajero de un taxi que se detuvo en segunda fila y me ligué una puteada del delivery que me esquivó a último momento. A las dos cuabras un par de policías, desviaba a los autos por la transversal. La avenida estaba ocupada por una manifestación. Ya se elevaba el humo negro de unas cubiertas que se quemaban. De contramano, haciendo sonar la sirena, se acercaba un ómnibus policial cargado de agentes de infantería. Se estaba juntando gente, a la espera de la eventual batalla. Mi auto quedó atrapado entre los que esperaban para avanzar hasta la lejana esquina. Al lado, un tachero rumiaba su bronca. La fila se puso en movimiento de golpe, y se detuvo a los pocos metros. Un par de chicos aprovechaban el embrollo para pedir monedas y una señora, muy vieja, muy encorvada, ofrecía curitas y dudosas pilas "importadas de china" Si lograba alguna venta, remataba con "Dios se lo pague" Pensé en un hombre de barba blanca, luminoso y sonriente, ocupado en atender a todos los clientes de las vendedoras para reintegrarles el importe abonado. Distráido, casi sigo de largo, frené justo en la entrada del estacionamiento de la prepaga. Un grandote ataviado con uniforme gris y cara de carcelero alemán, me entregó el ticket, sin poder disimular el cara de asco ante mi fiel autito, viejo y decorosamente sucio. Lo miré con mi mejor pose de superioridad, que ignoró olímpicamente, y entré al edificio de mármol y

vidrio. La cola ante el mostrador era de cinco personas, calculando la tardanza con cada uno, tenía para veinte minutos. A pesar de mi sana antipatía natural, no pude evitar la charla que me dedicó el que estaba delante de mí, en la cola. El tema, claro, no podía soslayar la manifestación que se dejaba oír a pesar de la música suave y el ronroneo de una oficina en hora pico

—...así estamos

Concentrado en la rubia plástica, que contemplaba un monitor mientras hablaba con su compañera, me perdí la primera parte del comentario, así que tuve que asentir. Eso le envalentonó y me largó el resto de sus ideas sociológicas que incluían la cárcel, la represión y la erradicación de las villas miseria “ahí se esconden estos sinvergüenzas itodos ladrones son! Pude intercalar un tímido “También hay gente que trabaja”

— ¡Por favor! Si viven ahí es porque les gusta. Nos roban, nos matan para comprarse vino y droga.

El tipo casi gritaba, yo trataba de simular que leía el presupuesto que tenía que entregar. Pero ya era imposible pararlo, discurseaba contra los manifestantes, los negros, los villeros, los pibes, que solo sabían faltar el respeto, y la inflación. En eso estaba, cuando se dio vuelta la señora que esperaba delante y dijo que los de la manifestación protestaban por el congelamiento de los depósitos en los bancos. Ante la información, el hombre guardó un silencio obscuro y yo pude mirar, otra vez, a la rubia.

En el banco, una multitud vociferante, atacaba las puertas a golpe de cacerolas, huevazos y chorros de pintura. Decenas de aerosoles repetían “Ladrones” en educadas letras rojas y, megáfono en mano, un director planteaba los estribillos que coreaban los manifestantes “si este no es el pueblo, el pueblo donde está” gritaba un hombre de mediana edad, vestido con un impecable saco azul y remera de marca. Junto a él batía la tapa de una cacerola una señora muy pintada. Los pocos policías miraban, prescidentes y aliviados.

Volví al estacionamiento, miré desafiante al SS, que trataba de leer, infructuosamente, la hora en que salí de la prepaga, dato que borronee cuidadosamente, y retiré mi cacharro, que saludó al gigante con un elegante borbollón de humo gris.

Para volver a casa evité, cuidadosamente, las calles problemáticas. En la tele, la noticia del día era la manifestación de ahorristas. Un hombre había muerto por no poder disponer de la suma necesaria para operarse. El gobernador pedía balas para los delincuentes — Matarlos antes de que nos maten— Una modelo se quejaba de la escasez de hombres sin miedo a su fama. El ex presidente se negaba a declarar en el juicio por el fusilamiento de los dos piqueteros. Accidentes de tránsito, más o menos sangrientos, calles cortadas, políticos prometiéndolo todo y explicando que los círculos son cuadrados, robos, violencia,

huelga de maestros y un travesti maravillosamente femenino, proclamado como el símbolo sexual del país. Esa noche me senté muy temprano frente a la máquina. Demoré los ritos de cada día, preparé el mate con la escrupulosidad de un té japonés, elegí la música, hice un par de solitarios. Sin reconocerlo, estaba esperando a la voz. Pero pasó el tiempo y no apareció.

A la madrugada me acosté un tanto frustrado. Estaba durmiéndome cuando, en el suave susurro del silencio, un murmullo me sopló al oído

— “Cuando todos hablan a la vez; es que están callados”

XVIII: Peligrosos

Hace tres meses que la policía busca a una banda que ya asaltó a la distribuidora de gas, una escribanía, dos inmobiliarias y una empresa metalúrgica el día en que pagaban los sueldos. Hay mucha presión de los medios, que aprovechan la desorientación de los investigadores para machacar con la inseguridad, guante que siempre están esperando para recoger los políticos, que buscan cosechar algún voto miedo.

Para esa época, Hugo y el Tolo ya se habían mudado a la piecita del fondo del almacén. El último cubículo de un largo pasillo flanqueado de puertas. Antes de cerrar el trato se aseguraron que, en caso de apuro, podían huir por los techos hasta la avenida, además, la estrechez del pasillo, obligaba a llegar de a uno hasta la puerta, dificultad acentuada por la moto, que habían comprado con el producido del segundo asalto, y que encadenaban frente a la entrada. El Tolo no estaba muy convencido con esa adquisición — ¿Para qué gastar? ¡La afanamo y chau!— Hugo tuvo que hablar mucho para que aceptara. Seguía al pié de la letra las lecciones aprendidas del Laucha. Por eso le gustó el dedo admonitorio de la dueña, mientras peroraba —“Acá, ni amigos ni mujeres”—No tenía sentido hacer todo bien y caer por una pavada, como andar en una moto robada o que la policía los encuentre persiguiendo a otros

- Cuando no laburamo, tenemos que andar tranquilo. Si la cana nos para en la calle: “Si señor, acá están lopelpa de la moto, la patente, el registro y la recalcada concha de su madre” ¿“Todo en orden señor”? “Váyase a cagar señor” y seguimos

Al final, el Tolo entendió y compraron una moto japonesa, rápida y maniobrable. La piecita se colmó con un televisor, el más grande, y un equipo de audio, que ensordecía a los vecinos con música tropical. El Tolo gastaba mucho en droga y los dos eran clientes apreciados por las alternadoras de varios boliches. Claro que el producto de los trabajos se esfumaba rápidamente, cierta noche, Hugo contabilizó un gasto de cuatro mil pesos cada uno — Pasa que ahora somo pesado bolú— fue la respuesta del Tolo. Atrás quedaron Tornillo; preso, cuando, sin advertir la cercanía de dos bici policías, arrebató la cartera de una mujer que salía del banco, y el Mamba que, resentido cuando lo dejaron de lado, se dedicó a lo que más le gustaba; regenteaba dos chicas que hacían la calle y levantaban copas en un boliche. Les proveía drogas y pastillas a los clientes de sus mujeres y a quién solicitase sus servicios, también al Tolo, a pesar de la tirria por el desplante.

Ya no recibían encargos del Moncho. Las cosas parecían haberse encaminado, llevaban un buen tiempo sin ser molestados por la policía y nada hacía pensar que los tuvieran entre ceja y ceja, pero Hugo estaba inquieto, tenía

mucho miedo de que la situación se le fuera de las manos. Le gustaban las noches de música y caricias, levantarse tarde de una cama cómoda, la certeza de una comida, el viento en la cara manejando la moto, las chicas del barrio y sus miradas hambrientas

- Las minitas se mean por los chorros, y si saben que afanaste bien hacen cualquiera para estar con uno
- Che Tolo ¿Vo tené familia?
- No bolú, vengo de un árbol i¿Cómo no voy a tené familia?!
- Y, yo no tengo a nadie bolú
- Yo tampoco. Están en el Chaco, con mi hermano más grande. La vieja y mi hermanita mongólica, tenía un hermanito, pero se murió de cagadera
- ¿Y tu viejo?
- Murió cuando yo me vine para acá, andaba todo el día con la chala en la boca, hasta que se agarró el cáncer y palmó. Era buen tipo el viejo. Chupaba un poco ibah! Bastante, pero nunca nos pegó, laburaba desde que salía el sol hasta la noche
- ¿Qué hace tu hermano?
- Tiene una verdulería. Labura mucho y le alcanza para mantener a la vieja y a mi hermana
- ¿No se casó?
- No, dice que las mujeres no le gustan, siempre fue medio raro
- Se la...

- ¡Avisá bolú! ¡Es mi hermano! Minas tiene, pero dice que no se va a juntar nunca con una. No quiere tener hijos
- A lo mejor por lo de tu hermana, pobre piba, que cagada ¿no? ¿Desde que nació que está chapita?
- No, ella no está chapa bolú. Es daun, retardada, está fenómeno, no se da cuenta de nada
- Yo de la única que me acuerdo es de la vieja, y no era ni mi vieja
- ¿Vamo a comprar una pisa?

Los dos amigos caminan juntos hasta la pizzería que está a dos cuadras, después de pedir una grande y empanadas, compran tres botellas de cerveza y vuelven a la piecita, cuando doblan en una esquina, los sorprenden las luces titilantes de un patrullero. Los uniformados ya están en la vereda y la huída no será posible

- ¿Estas enfierrado?
- No Tolo, salimo a comprar pisa no a laburar
- Entonce, piola, no pasa nada
- ¡Alto! Contra la pared

Hay una rápida revisión, unas preguntas. Las vituallas resaltan la inocencia, nadie se apresta a delinquir con las manos ocupadas con pizza caliente y cervezas frías. Aunque los interrogan por separado, los dos dicen lo mismo. Un discurso inventado que incluye empleos diferentes y algún detalle comprobable. Diez minutos después, están comiendo y comentando la presencia de los

policías. No es lo normal, y todo lo que rompe la rutina puede ser peligroso.

- Che Tolo, vamo a tene que hacer algo, ya casi no nos queda un mango
- Que lo parió que se va la guita
- Y...gastamo como loco, y todo sale más caro que la mierda
- Y bueno, vamo a la financiera, eso va a ser fácil, ni vigilancia tienen
- Tenemos que comprar camisa y saco. Hay que parecer chabone fino
- Vo te pones el saco, yo voy a ser un mensajero. ¡Con esta pinta laburante de oficina!
- Que cagada. La guita de mierda, todo tendría que ser gratis, así no habría chorros ni gorra, ni la ley, ni los ortivas
- ¿Qué te queja bolú?
- ¿Cuándo vamo?
- Tiene que ser un Miércoles o un Jueves, los Lunes y los Martes, hay mucha gente, y los Viernes traen mala suerte

Es raro ese chico, está bien vestido, pero algo desentona, a lo mejor es la corbata, tan chillona, en esa camisa de cuello grande y arrugado, o el saco que no sabe llevar. Ahora un delivery, siempre apurados icampera con el calor que hace! Claro en la moto y con el viento. Por lo menos se podría haber sacado el casco ¿Tiene necesidad de golpear el

mostrador? Pero ¿qué está sacando el otro del maletín? ¡Ay no! ¡Es una pistola! Y apunta y, de golpe, ya no es más un muchacho, porque nos puede matar a todos. Y el delivery que está ensuciando el mostrador con esos zapatones y asusta a todos con los dos ojos de esa cosa brillante y maligna. Pero ¿no gritan? apenas si hacen señas y alguna frase suelta, para que los fajos de billetes desaparezcan dentro del bolso que, el malbienvestido, mantiene abierto. ¡Ay, Fer acerca el pié al botón del piso! ¡No! por Dios ¡Lo van a matar! El delivery lo mira desde su atalaya y le dice que no con la cabeza ¡Se queda duro! Se salvo por cagón, tendría que darles las gracias. Una mirada al reloj y el de traje ordena la retirada y el otro inmediatamente cierra el bolso y corre hacia la puerta ¡Justo tenía que llegar Zulema! no le hacen nada, apenas un empujón que nos deja ver a todos que hoy tiene una bombacha verde, pero ella grita como si la estuvieran degollando. Los otros ya no la escuchan, vuelan escaleras abajo ¿Ya se terminó todo? ¿Ya se fueron? ¡Menos de cinco minutos! ¡Gracias Dios mío! ¡Qué profesionales que eran!

Al llegar a la calle, se van cada uno por su lado. En bares cercanos se cambian la ropa y el delivery deja el casco. Media hora más tarde, el Tolo y el Hugo, entran a la piecita y se derrumban sobre la cama, riendo nerviosos, agotados por la descarga de adrenalina.

— Tolo; hay que encanutar un poco. Vo sabé que hay que tener algo

- ¡Andá a cagá! Si caemo con guita, el que gana es el cuervo. Te da y te da, hasta que te deja en bola, y después ¡Jodete por boludo! Hay que vivir bien, mientras haiga con que. Un dia salís a laburar y la gorra te recaga a tiros y chau, si dejaste algo, lo caga otro. Si tenés una guacha, te viene a ver con el hijo...con el hijo de remil puta que se la voltea cuando vos estas en la tumba y revienta la guita que encanutaste

Sobre la mesa se desparraman los fajos de billetes, hay dólares, euros y pesos. Cuando termina el recuento, se miran, incrédulos

- Tolo ies un vagón de guita!
- ¡Grande Hugo! ¡Pasamo al frente!
- ¿Qué hacemos?
- Esta noche vamo al boliche y nos agarramo a toda las mina
- Pará, rescatate gil, es mucha guita, nos va a estar buscando toda la gorra
- ¿Y? Cuanto hace que nos quieren dar y no pueden
- ¿Vo te acordá cuando se me pudrió todo? Fue por hacer bandera con unas zapatiya de mierda. Ahora es lo mismo, si hacemos bardo ¡nos cagan!

Tolo sabe que el amigo tiene razón, solo que no quiere ceder. Después, sin rastro de alcohol, ni drogas, los dos amigos salen a dar una vuelta en la moto.

Hugo no está tranquilo, algo anda mal, hay un auto que viene detrás desde hace rato. Paran en un bar, encadenan la moto y ocupan una mesa cerca de la vidriera. La visita no se hace esperar, son dos hombres jóvenes, el pelo muy corto y una indefinible sensación de brutal amenaza. Los hombres se sientan en los asientos libres y saludan con una sonrisa desmentida por los ojos crueles.

Hugo ya se asustó, cuando los vio entrar y ahora está aterrado, el Tolo aparenta estar tranquilo, pero se adivina la tensión en la mueca de su boca y en el movimiento incesante de los ojos.

- Hola amiguitos ¿Cómo andan che?
- Nosotros bien ¿Por?
- A vos te dicen Tolo ¿No? Y vos sos Perorata
- Parayata soy

Hugo se estremece, después de aclarar su apellido, se da cuenta que la respuesta fue tan automática como en la cárcel; y no quiere pensar en eso

- ¿Y ustede? ¿Qué onda?
- Onda que los vamos a levantar, afuera está el móvil ¿Vienen tranqui o arman bardo y pierden?
- ¿Y por qué nos van a llevar?
- Eso lo van a decir ustedes
- ¡Nosotros no hicimos nada! la moto es legal, no tenemos fierro, ni un vino tomamo
- ¿La moto es de ustedes?

La pregunta era una trampa, y Hugo y el Tolo lo supieron de inmediato, por eso se miraron. Y los policías, al ver la mirada, supieron que habían acertado.

- La compramo entre los dos, tenemo lo pelpa, el seguro, todo
- ¿Y de dónde sacaron la moneda?

Hugo tiene la boca abierta, el Tolo tartamudea y los dos buscan una respuesta que saben que no van a encontrar. Los hombres miran divertidos. Uno de ellos, mantiene una cucharita en precario equilibrio sobre su dedo índice; Hugo no puede apartar los ojos, esperando la caída.

- Laburamo y ahorramos. La compramo entre los do y...
- ¡Callate! pendejo

Hugo de sobresalta y el equilibrista, si dejar de sonreír, hace saltar la cucharita y la atrapa en el aire

- Bueno, ya está bien. La moto es de ustedes y, como la guita salió del trabajo, vamos a charlar de; laburo.
- De los laburos que hicieron
- ¡Buenas changas che! En tres meses se mudaron de la villa, se cogen todas las minas, se compraron una moto japonesa, empilchan de marca
- ¿Cómo se consigue un laburo así?
- Acabala Juárez. Vamos a tener que hablar de algo. Acá la cosa es cortita y al pié. O dejan el peaje y nadie los molesta; o pierden.
- El cuarenta por ciento de lo que hagan o vuelta a la tumba. Hoy, acá mi compañero, está bueno, lo que

hicieron es de ustedes, pero desde ahora, somos socios

Hugo quiere irse rápido, al final van a tener que aceptar y es mejor terminar cuanto antes. Cuando oye al Tolo se le detiene el corazón, les habla mal, está discutiendo — ¡Está loco! — piensa

- ...nosotro ponemo el cuerpo, ustede se piran y si viene de vuelco nos cagan. Si somo socio, somo socio. Ustede nos limpian la calle para el raje. Nosotro somo chorro, no hay tiros ni se lastima a nadie. Todo bien, todo tranquilo. Ustede se llevan la de ustede y todo de diez. Acá es fácil ¡O somo todo Larry o somo todo Mou!

Los policías se miran, Hugo tiene el estómago agarrotado y suda a chorros. El Tolo espera confiado

- Si hay zona liberada, vamo y vamo
- No, el cuarenta es una bocha
- ¡Vos que te pensás pendejo boludo! El que dice como es la cosa ¡soy yo! Rescatate gil
- A lo mejor el pibe quiere volver al campo ¿Y vos no decís nada? ¿También querés volver?

De golpe, Hugo está tranquilo, acepta con fatalismo lo que les depare la actitud suicida del Tolo

- ¡Al carajo todo! El cuarenta y la calle libre. Si perdemo; no ven un mango, si nos dan bola, hay para todos

El Tolo lo mira con la boca abierta — Yo pensaba que estaba cagado en las patas — Se recuesta en el respaldo de la silla y mira a los hombres, que se miran entre ellos El equilibrista recupera la mueca que usa como sonrisa, la cucharita retoma sus vaivenes. Pero hay una diferencia, Hugo lo mira a los ojos

- Vamos a probar, no es definitivo, depende de cuanto sea el trabajo, nos tienen que avisar dos días antes por donde van a rajar, de lo demás nos ocupamos nosotros
- No piensen cualquiera, los vamos a estar vigilando, olvídense del pire, ustedes hagan lo suyo nosotros lo nuestro y todo bien

No hay mas nada que decir, los hombres se levantan y se van sin darse vuelta

- Nos empernarón Tolo, estamos hasta las pelotas
- Rescatate Hugo, en algún momento nos iban a cagar. La gorra nos conoce, seguro que nos sacaron fotos, ellos saben todo
- Ahora ya está, hay que bancarse lo que venga
- Estos guachos no me llenan las bolas, nos van a romper el orto

La noche dejó de ser una opción. Silenciosos, cada uno en lo suyo, regresan a la piecita. Hugo se retrasa atando la moto y el Tolo trata de accionar la llave de la puerta, que se abre indiferente a los afanes del muchacho

- ¡Hugo la pieza está abierta!

– ¡Hijos de puta! ¡Seguro que nos afanaron Tolo!
Colchones despanzurrados, cajones vacíos, espejos rotos,
un revoltijo descomunal. Hugo se precipita al baño y
encuentra levantada la baldosa que encerraba el tesoro.
Corre al diminuto patio, la rejilla está en su lugar, y,
cuando mete la mano en el caño palpa, aliviado, la
envoltura de plástico.

- Por lo menos zafamo los Dólares y los Euro; es más
que la mitá
- Con razón esos gatos no pidieron nada del último
laburo
- Claro bolú, pensaron que habían levantado todo isomo
ma vivo que eyo!
- Che Hugo ¿y si nos piramo a la provincia?
- No sé; esto sorete nos van a tener bien a la vista
- Si la hacemos bien...

XIX: La Ley es la Ley

Largos bostezos pautan el tecleo. Ya es hora de dormir. Mi perro hace rato que ronca, suspira, gime en sus pesadillas, mientras mueve las patas; perseguidor o perseguido, en el oscuro aire de la noche. Cuando advierte que dejé de escribir, se para y se estira somnoliento, mientras bosteza ruidosamente. Lo acaricio largo en el lomo y termino rascándole detrás de la oreja. Luego caminamos juntos hasta la cocina. Un bocinazo me sobresalta.

- Tranquilo máster, todo un planificador de afanos de alta escuela y te asustas por una bocina
- Ahora no, no jodas, me muero de sueño
- Es lindo poner las ideas de uno en lo que hacen otros. El gusto de ser guacho sin que la conciencia se meta ¿No?
- ¿Vos sabes todo no? Sos una especie de vidente de entrecasa
- Ay flaquito, con vos adivinar es fácil. Ahora los pusiste contra la pared. Que sean boleta es cuestión de tiempo. La muerte empieza y termina en vos
- No, están libres; de hecho pueden escaparse. El robo, a pesar de la perdida, fue cuantioso y, con los fondos adecuados, se puede hacer cualquier cosa
- ¿Estos pibes? Olvidate, no saben nada, hacen cualquiera, lo que les sale. Vos los sentaste del lado de la ventanilla, pero ahora se tienen que bajar y se les viene la noche. Con la gorra no se jode

- Si bueno, pero los pibes son dos perejiles, no da para que se dediquen a ellos
- No chabón, no es así. Hay un prestigio, un miedo que no se puede perder. Y sobre todo; hay un negocio muy groso. Si dos boluditos que recién empiezan no dan bola ¿Qué pasa con los pesados en serio?
- Bueno, pero los pibes tienen una moto legal, pueden agarrar la ruta, irse a otra provincia, hasta se pueden ir a otro país porque no tienen condena
- ¿Moto legal? ¿Antecedentes? ¿Y dónde está la diferencia? Los quieren a ellos y si se van en la moto los agarran más rápido La patente ya está en todos los patrulleros. Flaco, haber si te despertás ¡O arreglan o arreglan!
- Y dale con la tragedia. Matar a dos pibes no es tan fácil, hay sumarios, investigaciones, diarios
- Esperá un poco, se te va a desafinar la guitarra. Esos pibes no existen, no hay padres, ni hermanos, ni vecinos, un par de fierros en las manos, dos balazos y a otra cosa "ajuste de cuentas" con eso justifican las marcas, porque primero les van a dar para que tengan, hasta que canten donde escondieron el resto de la guita
- Bueno si, a lo mejor tenés razón, pero lo veo mañana, ahora no puedo pensar ime muero de sueño!

Cerré los ojos, me estiré todo lo que pude y fui al baño armado con una recopilación de Inodoro Pereyra, no quería más reflexiones con mi fantasma.

XX: Las huidas

El Tolo roncaba, hablaba en sueños y se removía sobre el despanzurrado colchón. Junto a la ventana que daba al diminuto patio, Hugo fumaba y el cuarto griseaba por la espesa humareda de los puchos que colmaban un improvisado cenicero. Imaginaba y descartaba una idea tras otra. Se veía en un avión rumbo a Brasil. Pasando a Paraguay en la triple frontera. Pero ¿De dónde sacar los contactos que necesitaban? En la fuga, el Tolo era más una carga, y pesada, que una ayuda. Y fugarse era imperioso. Con la gorra atrás, caer era solo una cuestión de tiempo.

— Nosotros somos como el perro, creemos que estamos libres porque no tenemos la cadena puesta

Los primeros resplandores de una mañana anémica se filtraron a través de la cortina. Hugo bostezó largo, apagó el pucho y se tiró en su colchón con la firme intención de dormirse, pero solo lo logró a medias. Los ruidos de la ciudad que se desperezaba lo sobresaltaban. Envidió al Tolo y sus ronquidos.

Incomprensiblemente, se despertó con los sacudones del Tolo que, ya bastante pasado el medio día, decidió que tenían que comer.

— Che Tolo ¿No tenemos que arreglar un poco? Estos guachos dejaron un quilombo

— Primero; vamos a comprar algo para comer y una birra, después vamos

La dueña del departamento los estaba esperando cuando salieron del pasillo, la cara de la señora no presagiaba nada bueno y las amenazas duraron sus buenos cinco minutos, antes de la admonición; "la próxima vez es la última" Los amigos aceptaron el reto con la cabeza gacha y callados. La vieja se fue haciendo sonar las chancletas y farfullando amenazas. Cuando desapareció, Hugo la mandó a la mierda, pero en voz baja, por las dudas.

El Tolo parecía en trance, ni siquiera peleó para conducir la moto. Hugo tampoco intentó una charla, cada uno encerrado en lo suyo apenas si intercambiaron monosílabos referidos únicamente a la compra. Después, la cerveza desató las lenguas, pero poco. Tenían que pensar en cómo enfrentar los días que venían y ninguno de los dos se animaba. Fueron llegando al tema de a poco, dando vueltas.

- Tolo, si hacemos un hecho groso nos van a caer como mosca a la mierda
- Y, nos guardamo un tiempo y chau. Con la teca que quedó tiramo

Trabajaron el resto del día acomodando los destrozos, y la pieza quedó razonablemente arreglada

- Che Tolo ¿A vo te quedó guita?
- Debo tener como cuatro gamba ¿Por?
- Porque yo tengo doscientos cincuenta
- ¿Y? ¡Cambiamo lo verde y chau!

— Tolo ¿Vo so boludo en serio? Ahora no podemos tocar una moneda de esas. Nos deben estar vigilando y si nos agarran cambiando verde nos cagan bolú. Vamo a tener que hacer algo para conseguir guita de acá

— Y, no sé, si nos vigilan para una cosa...

— Lo único que nos queda es salir a laburar en la pijotería

— Eso lo hacen lo guachine, nosotros como chorro bolú

— Justamente, van a buscar a dos perejiles del chiquitaje

Un discreto golpe en la puerta detiene la conversación, las últimas palabras quedan flotando en el aire y los dos amigos se miran sin animarse a preguntar. La pieza se convierte en una pompa detenida en el espacio entre los golpes que exigen y, como corresponde a una burbuja, va a estallar sin remedio.

Hugo exige sin convicción un preocupado — ¿Quién es? — y el alma les vuelve al cuerpo.

— Abran huevone ¡¿Tienen miedo de lo chorro?! — El

Mamba golpea otra vez, pero ahora no asusta a nadie.

El Mamba entra sin disimular que mira todo buscando las señales de la visita que recibieron

— ¿Cómo supiste?

El Tolo pregunta sin disimulos y espera la respuesta mirándolo a los ojos. Un destello equivoco, un brillo inmanejable señalarán la traición, pero el Mamba pasa la prueba

— Gamuza, estaba franeleando con la petisa que vive en la esquina y los vio cuando llegaron, se mandó para

acá pitufendo con la mina y escuchó que los nombraban. Dice que entraron enfierrados con bufo, o sea que no querían dejar nada tirado si había goma. Cuando me lo contó, hablé con unos tipos que conozco. Parece que los tienen rejunados desde lo de la fábrica.

— ¡Ortivas de mierda!

Hugo escucha callado, tratando de adivinar la verdadera razón de la visita y la explicación. El Mamba nunca fue solidario, si vino es porque va a sacar algo. Cuando el otro pone la pava en la hornalla, le hace una seña al Tolo

— Che Mamba, y vos, digo, con esos amigos que la tienen reclará ¿No podés apretarlos para ver si saben lo que vamo a ´cer?

Los ojos del Mamba son dos líneas apenas y cuando habla, vacila, lo traiciona la ansiedad

— No se bolú, de eso no destilaron nada. Pero si quieren, les pregunto ¿Ya saben donde va ´ser?

— ¿Qué quiere saber? Rescatate gil, eso no te importa tre carajo

— Dale Hugo ja ´sogueá, el Mamba es un amigo, si pregunta es para ayudar

— Dale gil ¿Qué te pensa? ¿Qué te voy a botonear con la gorra?

— Pará Hugo, si vamo al súper y nos están esperando ¡Cagamo la fruta! El Mamba puede averiguar y batir la justa

— Descansen locos yo me ocupo

Está llegando a la puerta cuando se vuelve a medias. La pregunta es una excusa, una última posibilidad de no entrar a ese limbo frío y peligroso que es el mundo de los traidores

- Che ¿No se da para que dejen lo del súper? Se pueden venir conmigo a punterear. Hay buena guita, haciendo todo de diez no pasa nada
- No Mamba, nosotros como chorro, cambiar de laburo ahora, no va.
- ¿Y sabiendo que nos junan finito? Ni en pedo, ya fue. Ahora tenemos que seguir con esto. Hacemos el súper y vemos. Para cualquier dibujo hace falta la moneda y esos junagranputa se la llevaron toda

La visita se va sin agregar nada, ni saluda en el apuro por salir. Traicionar no es lo de él, pero, esos dos policías saben mucho y, cuando huelen plata; arman todo para que no falle, tenía la merca cuando lo pararon y la alternativa estaba clarísima; se convertía en la víctima de un ajuste de cuentas entre traficantes o salvaba la vida a cambio de datos. De cualquier forma, la merca cambió de manos

- Y bueno, igual a estos boludos ya los tienen en capilla. Están muertos y todavía no les avisaron nada. Si me pongo en brígido me la dan a mi también ¡Que se jodan!

Cuando la visita se va los amigos se miran. No necesitan de confirmaciones. El Mamba va a hacer la suya y ellos son los que tienen que perder

- Che Hugo, si lo engancharon a este, quiere decir que los tenemos encima mal
- Nos levantaron mucha guita Tolo. Son como las ratas con el queso, se lo quieren morfar todo
- ¿Y si nos piramo? Vendemo la moto, nos tomamo un bondi y zafamo

La fuga es una idea que va ganando fuerza. Necesitan dinero, refugios, contactos. Solo que no pueden imaginar tanto y solo piensan en huir. Se convencieron mutuamente, tanto que Hugo salió en la moto para venderla y el Tolo se fue al súper para fortalecer la idea del asalto.

Vio de inmediato a los dos hombres que empujaban un carrito mediado de mercadería, que dejaron abandonado cuando salieron detrás de él, que solo compró lo necesario para una comida

- Estos junagranputa! me siguieron hasta acá y ya estaban esperando en el súper. ¡Rápido el Manga para la ortiveada! ¡Junagranputa!

Hugo volvió un rato después, a pié. Vender la moto fue fácil, especialmente cuando se pide la mitad de lo que vale. Sacaron cuentas, no sabían cómo ajustarse en los gastos y lo que tenían era poco. No tuvieron tiempo para hablar, como si los hubiera estado esperando; apareció el Mamba. En su honor montaron un dialogo que incluyó acciones, horarios y fechas probables. Acordaron que Hugo iría al otro día al súper para estar seguros de la hora en que retiraban la recaudación

- Hay que estar seguro de la hora para avisar como rajamos
- Che Mamba ¿No te va entrar? Mirá que hay una moneda grande y, con el piro seguro, es más fácil que ir a misa
- ¡Me dan unas ganas bolú! Pero si se caga todo a mí se me pudre mal, tengo merca, viste y las mujeres ¡Me juego mucho bolú!
- Dejálo Tolo, este ya no e´ má chorro. Lo de él es la transa y las minas ¿No ves que es lindo el guacho?

Al otro día, el que compra las cosas para la comida es Hugo, cualquiera podría darse cuenta que se demora innecesariamente frente a cada góndola, especialmente si el que mira es un sargento de policía que copia sus movimientos. Hugo está preocupado y muy atento, cuando llega el camión y bajan los guardias con las armas listas, se fija en la hora y aprovecha para mirar al que lo vigila, por eso capta la seña que acepta un pibe que elige galletitas. Hugo va hacia la caja y ahora el pibe espera su turno para pagar. Hugo sale, para un taxi y le pide que lo deje en la boca del subte, el otro pibe abordó un ciclomotor y parte detrás. Hugo calculó el trayecto y cuando se acercan a una galería urge al chofer para que se detenga, le tira unos billetes en el asiento y entra al pasillo que lo lleva hasta una calle transversal, para seguirlo, el otro tiene que meterse de contramano, cuando aparece en la esquina, Hugo lo saluda con la mano, la cara llena de risa. Después

para otro taxi y le da su dirección. La selección jugó ayer y el taxista está amargado porque empataron, Hugo le sigue la corriente.

Tolo escucha el relato absorto en el guiso que revuelve continuamente. Ya son cuatro los que vigilan. Hay que pensar muy bien como perderlos.

- Tenemos que ir a Retiro y tomar el primer bondi que salga, después vemos donde terminamos
- A mí me gusta Rosario, es como acá. Está cerca y en otra provincia
- Hay que llamar a los putos y decirles que lo hacemos el Lunes para agarrar la guita del fin de semana
- Y después de llamar piramos
- A Retiro vamos separados
- Nos metemos en la villa y ahí los perdemos

La noche pasó entre cigarrillos y charla. Salieron antes del amanecer. La calle desierta les aseguró que no los vigilaban y se fueron directamente a la terminal. En diez minutos salía un micro hacia Mar del Plata. Tuvieron que correr para no perderlo. Hubo un sobresalto cuando el empleado, que bostezaba continuamente, les pidió nombres y números de documento; Hugo mintió primero y el Tolo pasó como su hermano.

Cinco horas después, desorientados y muertos de sueño, buscaban una pensión barata donde dejar los bolsos

- Che Tolo, antes que nada, vamo a tubear a tu hermano para ver si recibió el paquete con la guita y después yo quiero ver el mar
- Ja ´ jode, estoy cagado de sueño bolú
- Dale Tolo, vamo a ver el mar
- ¿Para qué? Es como el rio pero salado bolú, vamo a torrar

Hugo vio el mar a la tarde. Antes llamaron y todo estaba bien. Corrieron por la playa, se tiraron arena y se asombraron ante la inmensidad.

- Bueno Tolo, esto es como arrancar otra vez, acá no nos conoce nadie

Una pareja de policías los vio pasar, la mirada fue larga, apreciativa.

- En la esquina de la plaza hay un boliche que tiene la caja al lado de la entrada
- Esto es la joda loco ¡Son todo gile!

Aún no sabían que el viaje no importaba, la realidad es muy terca y su lugar; siempre el mismo.

- Tenemo que hacer un auto. Laburamo un poco, y a la pieza
- ¿Vamo a ver el casino?
- Vamo, una vuelta nada más y salimo

Los dos policías estacionaron la derrengada camioneta en la esquina de Luro e Independencia, la idea era quedar a la vista para pacificar a los chicos que se iban a bailar. La radio crepitó, anunciando el asalto, un minuto antes que el

auto, salteando el semáforo en rojo, desembocara con un chillido estridente en Luro, siguiendo hacia la costa, lo acosaba un patrullero. La persecución terminó cuando el auto, doblando al límite, se estrelló contra un rastrojero. Los policías rodearon el vehículo y los dos ocupantes, mareados y doloridos, bajaron apuntados por muchas armas. Antes de escuchar los gritos, ya estaban boca abajo en la vereda. Les esposaron las manos a la espalda, les cubrieron el rostro con sus propios buzos y los cargaron en uno de los patrulleros. La escena se desarrollaba ante un numeroso público que aplaudió la actuación de la policía. Cuarenta y cinco días después, Tolo y Hugo atravesaban las rejas. Estaban en el penal de Batán.

XXI: Indecisiones

Me quedé mirando la pantalla. Ciertamente no había pensado en la escena final. En mis planes estaba la libertad, relativa es cierto, de los dos muchachos

- Hermano, hay un punto en que la libertad ya no puede ser. Las huidas, son intervalos. Como cuando íbamos al cine a ver dos películas, salíamos y deambulábamos por el hall; hasta que se escuchaban las palmadas que nos mandaban otra vez a la oscuridad, para ver desde la butaca, como los de la pantalla se reían, amaban o sufrían.
- No, yo me equivoqué, no tenían porqué robar el auto, antes de eso estaban limpios
- Qué querés decir con eso de "limpios" Los pibes están empachados desde antes del primer hecho. Tienen antecedentes. Flaco ison chorros! Laburan de eso, a ver si lo entendés. No les interesa otra cosa.
- Dejate de joder, hasta el robo del auto todo fue normal
- Normal para vos. Los dos amiguitos corriendo por la playa, tirándose arena ¿Cómo hiciste para que no se agarraran de la manito, muertos de risa y levantando espuma?
- ¡Boludeces! Nunca estuvieron en el mar, querían conocerlo ¿Qué tiene que ver eso con el robo del auto?
- Que son chorros flaco; no turistas
- ¿Y? Vieron el mar, hicieron...

- Hicieron cualquiera, no tenían una moneda, les encanutaste todo
- La pusieron a salvo
- ¿Por qué no les sacaste una caja de ahorro? ¿Todavía no te avivaste que para ellos dentro de una hora son cien años? Para estos pibes, la guita sirve nada más que para gastarla, cuanto más rápido, mejor. Su vida es un instante y en ese único instante está todo. Cuando les sacaste la guita, salieron a buscarla
- Pero la tenían en dólares, no la podían cambiar
- ¿Por qué? Acá no los conoce nadie
- Se tentaron, pensaron que robar era fácil y ni lo pensaron
- ¡Error! Este es un territorio nuevo, antes de empezar a laburar tenían que ver como rajar, donde guardarse, donde se consigue la porquería, qué onda con la gorra, quienes son los porongas
- Si, no sé; a lo mejor tenés razón y todo pasó demasiado rápido

Esa noche me acosté con la rara sensación de haber mandado en cana a dos amigos. Me afligí pensando que ellos estaban presos por mi culpa. Y me sentí peor cuando me di cuenta que ellos no existían, que era mi propia imaginación la que no me dejaba en paz

- ¡Esto no va más! O termino con esta historia o me voy a volver loco, mañana mismo voy a buscarme un

psicólogo. Sabía que lo decía para dormir tranquilo y nada más.

XXII: Por la vuelta

Pasaron juntos por los trámites del ingreso y se despidieron en la redonda, los destinaron a pabellones diferentes. El penal, cochambre y oxido, vidrio roto más o menos, no era diferente al anterior. Le asignaron una celda, la conocida caja de uno que usaban dos. Su compañero era un extraño tipejo, con el cuerpo normal de un chico grande; rematado por una cabeza ajena, rasgos de mujerona, pelo largo, la gorra blanca encasquetada hasta los ojos lechosos, cernidos por espesas cejas negras, boca carnosa, casi babosa; y la papada, exagerada, descomunal. Se paseaba de un lado al otro de la celda y se apresuró a presentarse extendiendo la mano

— Juárez, Domingo; pero me dicen Palomo, mucho gusto Estaba tomando mate con el Palomo cuando llegaron. Se puso en guardia al advertir el nerviosismo del hombrecito cuando entraron en la celda sin pedir permiso

— ¿Uste es el Lengua no?

Hugo no contestó en seguida. Los estudió fugazmente. El jefe no era el que habló. Hugo captó la mirada del Palomo antes de bajar la cabeza. Por eso lo miró al morocho

achinado de ojos crueles, consciente de que ese primer encuentro iba a decidir el resto de su estadía allí. Contestó sin levantarse

— ¿Quién pregunta?

— Viene del cuco, en la uno ¿No?

— No, me engomaron acá, estaba allá antes ¿Para qué pregunta si ya sabe?

— Mire pibe, aquí tenemos todo joya. Hay cosas que se hacen y cosas que no van. El poronga soy yo y acá, el Chino y el Manga, mi rancho. Si andamo bien, todo bien. Si nos ponemo de culo, se pudre todo. Si quiere alguna cosa, nosotros la conseguimos. Si tiene visita, una parte es para los pibes ¿Estamos?

Ni tiempo a contestar le dieron, se fueron tan silenciosos como llegaron

— ¿Quiene son estos?

El Palomo estaba muy nervioso, desde la gorra bajaban grandes gotas de sudor miedoso. Antes de responder, se asomó al pasillo para asegurarse de que nadie estaba escuchando

- Estos son pesados, pero pesados mal. Si te paras de manos icagaste la pija! Están arreglados con la gorra. El Chino pinchó a un pibe que venía de Coronda y lo dejó colgado de la reja ¡Una oreja le cortó! Y después; lo boleteó
- ¿Y a vos que te habrán hecho? Pinta de jodidos tienen ¿El Chino no habla?
- No ¿Viste? El Púa es el bigote. Siempre le hace hacer de jefe; pero el que manda en serio; es el.

Cuando se apagaron las luces se sentó a fumar junto a la reja. Lo atroz de la efímera libertad fue la certeza de saber que ya jamás podría tenerla. El tiempo no había pasado. Dos días más tarde, le llegó la orden de comparecer ante su señoría. Cuando se lo fue a decir al Tolo, el otro lo buscaba para lo mismo. Juntos fueron a ver al Boga, un interno, estudiante de abogacía, que cumplía funciones de consejero legal.

- Van a tener que garpar un cuervo para que les haga el aguante. Los puede sacar en seis meses
- ¿Y de dónde sacamo la moneda?

- Ustedes la hicieron bien, no anduvieron en el chiquitaje. Una moneda les debe haber quedado
- No tenemos guita ni para yerba
- Bueno, yo les digo lo que les conviene. Ustedes hagan lo que quieran

La trampa estaba puesta. Pero ellos no eran inocentes en ese juego de decir lo que se quiere esconder. Mintieron convincentemente, pero engañaron solo a medias.

El cuerpo vibra. Vida propia, prescindiendo del cerebro, genera imágenes en flashes que luego no puede recordar acabadamente. Trata de concentrarse en la visión de esa mujer que conoció en una de las noches de antes, cuando aún no lo habían enterrado. Una entre todas las que pagó. Enciende un cigarrillo; tanto tiembla la mano que tiene que sostenerla con la otra. Cerca, un interno canta a los gritos. Son las diez de la mañana, ya tendrían que llamarlo

- Qué buena estaba esa guacha —

Desde el pasillo resuenan taconazos, se levanta de un salto y manotea la campera; es el guardia y viene por él, de lo contrario no le oiría llegar

- ¡Perorata! ¡De comparendo!

Sale con los brazos a la espalda en cuanto el uniformado saca el candado. Más allá, otro interno espera su turno para ser esposado.

Apenas cruzaron la reja y ya el Chino y su rancho estaban rodeando al Palomo que, muerto de miedo, asentía con la monstruosa cabeza a cada una de las indicaciones.

En el furgón ya está el Tolo. Tienen que caminar veinte metros hasta la entrada a los tribunales. Los ojos del Hugo, obstinados, se refugian en las baldosas cuando circula entre la gente de mirada acusadora, que sus compañeros devuelven, agregando una sonrisa sobradora, cargada de desprecio. Sin la opción de la dignidad, se aferran al desafío, como Hugo a la vergüenza. Les sacan las esposas cuando llegan a una gran celda colectiva. Milagrosamente, no hay caras conocidas. Un hombre cincuentón está parado en el centro del recinto, los demás lo rodean en silencio.

Con una mano se toca el estómago y la otra intenta proteger los genitales. Tiene la cara muy roja, de la comisura de la boca y del oído derecho, le baja un hilito de sangre que le mancha la pechera. Nadie habla, se limitan a mirarlo y el hombre tiritita de miedo. Un escupitajo se

estrella en su mejilla y queda colgando de la barba hirsuta, ni siquiera intenta limpiarlo. Le ordenaron que no se mueva después de los golpes y sabe lo que le espera si osara desobedecer

— ¡Presentesé sorete!

La orden parte de uno cualquiera y el hombre responde de inmediato

— Soy un pedazo de mierda que violó a un pibe de ocho años y después lo mató

Habla en un murmullo sin levantar la cabeza, el cuerpo, encogido, espera los golpes

— ¡Olmos!

Nadie oyó llegar al guardia. El violador se yergue. La llamada lo rescata y, ahora sí, limpia los gargajos con un pañuelo dudoso, se compone un poco y se para frente a la reja. No ve venir la patada sabia que se estrella debajo de la rodilla. Pálido de dolor, mareado, sale rengueando de la jaula. El guardia, testigo y parte, se limita a gritar el apuro y los dos se van por el pasillo que lleva a los juzgados.

Una hora más tarde, vuelve a aparecer un uniformado

— ¡Armesto y Peroyata!

Hugo y el Tolo se paran frente a la reja con las manos en la espalda

La oficina tiene un amplio ventanal que da a una llanura de techos y desfiladeros que terminan en el mar que Hugo adivina en esa masa movediza que se confunde con las nubes bajas y grises.

Un hombre lee un expediente, otros tres ocupan los asientos libres y los miran; juez, secretario, fiscal, defensor; Tolo y Hugo. Seis personajes de una tragedia repetida, de final impredecible.

El Tolo fue el vocero, hablaba firmemente con los cuatro funcionarios. Hugo se mantenía callado; la mente divagando, la mirada adivinaba el mar, lejano y confuso de nubes. Al principio no reparó en la mancha blanca que rompió la monotonía de agua y horizonte. Cuando al fin la vio, el asombro le abrió la boca, se maravilló ante la visión de esa tela inflada por el ventarrón. Se le antojó un monstruo marino hermoso y amigable, libre y obediente al viento, que para el Hugo, no era salado; el mar era solo una fugaz visión, en la mañana de su último día de libertad.

— ¿Entendió usted?

El Hugo no pudo entender lo que no había escuchado.

Adivinaba el agua espumosa y fría, hasta podía sentir el viento en la cara

— ¡A usted le digo! ¡Conteste hombre!

La pregunta se mete sin permiso en las visiones que el Hugo se niega a dejar

— Sí, sí señor, entendí todo

— Bueno, entonces, si estamos todos de acuerdo...

Volvieron al penal adecuadamente notificados; eran ladrones de autos a la espera del juicio. Dos más entre el ochenta por ciento de internos a la espera de ser juzgados y condenados; o no. Tenían un abogado de oficio. Un petizo desprolijo y malhumorado que les fijó una nueva entrevista en tres meses. Todo en orden, estaban debidamente enterrados, a la espera del próximo intervalo de libertad.

El Palomo lo estaba esperando. No supo disimular la ansiedad cuando le preguntó por la posibilidad de pagar una fianza

— Este quiere saber si tenemos la tarasca. ¿Estuvieron los tres chiflados?

La respuesta no importaba, el súbito temblor y la palidez instantánea fueron suficientes. El hombrecito intentó comenzar una charla. Boyaba de un tema a otro sin decidirse. Se fue callando de a poco, suspirando impotente. Le habían dado un plazo muy corto para averiguar cuánto era lo que los dos nuevos tenían guardado y no iba a cumplir. Inesperadamente, Hugo habló. Le contó de la visita a tribunales y de la necesidad de conseguir un abogado. Se lamentó por no haber guardado nada de lo conseguido con los trabajos. Puteó convincentemente al Tolo y a los desmesurados gastos que había hecho.

— ¡Mirá que se lo dije! Siempre hay que encanutar un poco. ¡Ahora vamos a salir cuando nos vengamos viejos! Un boga nos sacaba en seis meses

— Amigo; Y afuera ¿No tienen a nadie?

— Yo soy solo y la familia del Tolo está en el interior y no le dan bola ¡Estamos cagados Palomo!

El Hugo, como todas las noches, se sentó junto a la reja a fumar el último cigarro. Pensaba si había estado lo suficientemente creíble

— ¡Y bueno! mañana nos vamos a enterar. Rajar fue una cagada, tendríamos que haber arreglado

La noche del Tolo no fue diferente. Solo que su compañero de celda no estaba presionado por nadie. Era un gigante todo músculo, con la cabeza, desproporcionadamente chica, totalmente rapada, frente estrecha, siempre fruncida en un inútil gesto de entender. Ojillos porcinos bajo cejas muy juntas, la nariz chata y la boca de labios gruesos, siempre húmeda, al borde de la baba. En el pabellón, todos lo consideraban, justamente, idiota, pero su fuerza paraba los dichos.

El comentario llegó desde la celda de al lado

— Che, amigo; si querés que te pasen a otro pabellón, mañana entra un ortiva que, por una moneda, te cambia

— ¿En serio? Me gustaría estar en el mismo pabellón que mi compañero, pero no tengo ni pa cigarro ies una cagada!

— ¿Y no le podés pedir a la visita?

— Amigo, yo no tengo visita. Si mi vieja vendría, no le puedo pedir ni pa papear

La conversación fue languideciendo. El Tolo se acostó y trato de dormirse sin pensar mucho. El tiempo por venir no iba a ser de lo mejor.

Una semana después, estaba con Hugo en el patio de las aulas, esperando para anotarse en un curso. Excusa que les permitiría disponer de un tiempo en común. La proximidad de las fiestas sumía al penal en estados sucesivos de euforia y depresión. Caminar fuera del pabellón se hacía peligroso. No era el mejor momento para cambiar de compañero, pero así se dio. El Palomo, tras una caída que le costó un brazo fracturado y la cara monstruosamente deformada por los golpes, fue trasladado a otro penal, una solicitud que llevaba ya tiempo. Se despidieron de pasada y sin afecto, los dos se alegraron de sacarse al otro de encima. Hugo quiso traerse al Tolo pero su nuevo compañero ya estaba designado y nadie quiso siquiera considerarlo.

Petizón, chueco, una gran nariz. Los ojos, fríos, muy fríos, desmentían la cara simpática y risueña. Nunca hablaba mal de nadie cuando criticaba a todos. Venía de un pabellón de

alta seguridad y llevaba cinco años y meses; mas cuatro estadías anteriores

— Carlos Rajona, me dicen Doctor. Chorro de caño,
nunca lastimé a nadie — Se ufanó —

Estiró una mano que apretó firme la de Hugo

— Hugo Parayata, me dicen Lengua ¿Mate?

— Y como no — Ni el ademán de cebarlo — ¿Como es
acá?

— Se pone jodido pa papear. Pero se pasa. Este pabellón
es de conducta

— Me dijeron que hay que hablar con el Chino; que tiene
todo

— No, el no da bola, hay que transar con el Púa

— ¿Tienen?

— Si, están con la gorra y consiguen todo. Si no tenés
moneda; te fían hasta la visita

El llamado del guardia los interrumpió. Hugo tomó las cosas para irse a la clase y el nuevo salió para el patio. No vio cuando el Doctor saludó al Chino, sin mirar siquiera al Púa.

El acuerdo se firmó al mes justo de la reunión. Los dos amigos se declararon culpables; alegaron embriaguez y una

cierta locura de la que manifestaron arrepentirse

“sinceramente” Acumularon a su favor; la buena conducta,

La intención manifiesta de rectificar sus errores, los cursos

que tomaron y bla, bla, bla. Ya habían pasado seis meses

en el penal, pero la libertad estaba ahí nomas, solo siete

meses para la vigilada. Cuando salieron de tribunales, el

Tolo estaba exultante

— ¡Siete mese Hugo! ¡Qué grosso soy chabón! ¿Vo viste como los descansé? ¡Ni soguear pudieron! ¡Gile, son gile! Ahora tenemo que seguir haciendo conduta y ya estamo en la lleca

— Che Tolo ¿Vo está seguro que no tenían todo arreglado de ante? Si para eso sorete no he negocio no arreglan y ya ´stá

— ¿Vo so boludo bolú? Se sacaron el juicio de encima papá

— No sé; y bueno, ya ´sta. Siete mese ma y chau. Ahora tenemo que planificá, tenemo que hacer la inteligencia para hacerla bien cuando estemo libre

— ¿Y qué vamo a ´cer bolú? Nos quedamo a laburar acá un tiempito, hacemo base y despuévemo que pasa

- ¿Qué vamo a ´cer con la guita? Desde acá no podemos pedir nada. Si la moneda aparece; cagamo
- Y bueno ¿Ves? No podemos hacer un carajo bolú. Cuando salgamo, vemo. El tiempo que falta; hay que pitufear y chau. Total, hacemos un laburito; y vamo a tener pa papear. Acá stá lleno de viejo jubilado. Hacemo un par y chau ¡Ni fierro precisamo!
- Y bueno; ojála que tangá razón bolú. A mí, esto no me va, me quiero volver a la capital
- Allá, acá, es todo lo mismo bolú. Por lo meno, acá vamo a tené el mar pál verano ¡Las mina en bola al solcito!
- ¿Viste el barco?
- ¿Eee? ¿Qué barco? ¿Ta ´npedo vo?
- Cuando estabamo con lo boga bolú, por la ventana vi un barco, tenía una vela grande, blanca ¡Una masa! Hasta sentí el vientito en la cara bolú, y, te lo juro, tenía el mismo olor que la ropa cuando la vieja me la lavaba
- ¿Fue por eso que te quedaste mudo? Yo me creí que te habías torrado bolú

— Y; estaba como soñando viste ¡Me despertó el viejo boludo!

La llegada al pabellón cortó el dialogo. Cada uno marchó a su celda y Hugo dejó de soñar.

Más tarde, ese mismo día, el Doctor hablaba con el terceto. Ellos llevaban meses de vigilancia, el; menos, pero la conclusión era la misma; si tuvieran la plata, no la pasarían tan mal. Incluso habían tenido la oportunidad de irse, ahorrando cuatro meses de encierro; y nada, ni una señal. El Tolo la había pasado realmente mal por la falta de droga... y nada

— La única que queda es esperarlos a la salida y ver que pasa

— Para eso tenemos que arreglar con los rati. Pero bardear al pedo es jodido y a mí me parece que ya fue. Estos chabones se fumaron todo ¡Son do boludo con toda la letra!

— Entonces ¿Q´acemo? ¿Largamos y chau?

— Está el uruguayo, le decimo que los vigile y vemos que pasa

— ¡Qué cagada! ¿Cómo pudieron gastar todo lo que calotearon?

— Pará, la gorra se llevó la de ojo cuando requisaron la casa

— Sí, pero igual; tiraron la guita a baldazos

La charla se abría, se estiraba, buscando otros temas, poco a poco, el Hugo y el Tolo se fueron confundiendo con el fondo, hasta no ser más que una vaga presencia, cuando uno de los conjurados se comprometió a llamar al uruguayo. El Doctor volvió a su celda. No estaba del todo convencido, perder no era lo que le gustaba más, pero parecía todo dicho.

Para el Hugo y el Tolo, los meses que siguieron fueron pesados. Tenían que aceptar todo para mantener la conducta. A su favor estaba el tiempo, y su invariable costumbre de transcurrir.

Una mañana cualquiera, vino a buscarlos el encargado. El defensor los estaba esperando para notificarles la libertad y tres días más tarde, caminaban por el campo hacia la cerca de entrada. Presentaron los papeles y salieron al camino rural que los llevaba a la ruta 226.

Los dos amigos se miraron y gritaron una carcajada
histórica

— ¡Estamos en la calle Hugo! Otra ve´n carrera

— ¿Estaremos en libertad? — Pensó Hugo, pero no dijo
nada

XXIII: La vida busca su camino

La noche, el silencio, mi perro. La solida seguridad de la rutina. Aunque la vigilia aporte lamentos de sirena, lejanos ladridos asustados y una cierta inquietud. Alivio la lucha del calefactor contra el frio de la madrugada subiéndolo un poco.

- Ahora un mate caliente y alguna galletita ¿o ya te llama la cama?
- Debe ser jodido estar encerrado, solo y a merced un desconocido que puede disponer de uno a su antojo ¿no?
- ¡Bravo amigo! Ya estás empezando a ver la cosa desde el otro lado. La acertaste justo al final. Hambre, frio, soledad; es la diaria, todo bien. La joda es que no se puede decidir. Si te mandan al buzón; vas y no hay tutía. Si te sacan, derechito a la celda iy contento! Si pinta tribunales; al celular, si...
- Bueno, pero es una elección llevar esa vida
- Vos creaste al Hugo y al Tolo ¿tuvieron alguna oportunidad de decidir?
- ¡Yo pensé un argumento! Hablas como si ellos fuesen reales
- ¡Son! reales y no me refería a tu argumento. Estos chabones nunca deciden. Las cosas vienen y ellos las agarran
- Bueno, pero tienen la libertad de no...

— ¡Libertad! ¿Decís libertad? Dejame que me cague de risa un rato. Para vos es un concepto filosófico, te juntas con tus amigos y hablan y discuten una noche entera sobre la libertad. Para esos pibes, la palabrita solo significa salir de la tumba y volver a la vida por un tiempito. Son personas solamente para ir en cana. ¡Personas para ir en cana! Parecía el título de una película. Pero referido a vidas reales, las vidas que yo estaba imaginando.

— Si bueno, vos sabes todo. Pero todos tienen derecho a empezar de nuevo y ellos también. Tenían la guita de la última vez. no necesitaban robar

— No es una cuestión de necesidad. Es oficio. Vos terminas un libro y empezás otro, no esperas que se te acabe la guita

— Pero yo no robo, hago mi trabajo

— Y ellos también flaco, cada uno hace lo que sabe hacer en la vida, lo que puede o lo que le dejan

— ¡Terminála con la sanata! El chorro es una persona. Puede salir de esa vida

— Flaco si te jode tanto, sacálo de acá, hacelo renacer como hijo de una familia de clase media, casalo con una gordita simpática, dale tres chicos de película y que se muera a los cien años. TheEnd, eso sí; no le pongas música de cumbia villera

— No puede ser que lo único que le quede a un pibe de veinte años sea una celda

- A estos pibes que vos pintaste; si. Vos, ustedes, no entienden la diferencia entre un chorro de oficio y un gil.
- Es el mundo normal
- Para vos; es normal, estudio, trabajo, familia, perro...y voces.
- No es como vos decís, haces ver todo como un gran complot para achacar nuestros problemas a una clase
- No amigo, no hablo de complots, conjurados, ni nada de eso. Simplemente es ¡Diferente! ¿Tan difícil es? Vos sabes cómo funciona, como se hace. Los pibes de allá; no. Se lo imaginan, quieren verlo de cerca, jugar los juegos de ustedes; pero no van a llegar nunca; nadie se molestó en decirles donde estaba la largada. Si tu historia fuera salir de la tumba, habría un amigo macanudo para vivir en su casa del country, o una mujer esperándote con los brazos abiertos y el depto a tu disposición. Compañeros de colegio, o amigos del club para garronear un laburo. Todo lo que necesitás para vivir. A ellos los largan en bolas y a los gritos ¿Qué tienen que hacer?
- ¡Basta! Esto ya es enfermizo ¡Se tiene que terminar! Hablo solo, me contesto, discuto. Ya es mucho, o paro o me internan ¡Esto se acabó!

Preparé todo para acostarme y, la falta de sueño, me llevó a encender el televisor. Sintonicé el canal de noticias; un locutor, con voz de catástrofe final, anunció que una familia

había sido robada y torturada por dos feroces delincuentes que, luego de consumado el atraco, se habían dado a la fuga. De la ventana me llegó el lastimero reclamo de una sirena policial, que precedió al paso desenfrenado de un patrullero. Decidido a dormirme, apagué el aparato y me acosté. Entredormido, me pareció, o lo soñé, que una voz conocida cantaba

“Siga el baile, siga el baile de la tierra en que nací”

XXIV: Hacer base

A la hora larga de caminata, y con un atisbo de noche encendiendo las vidrieras, llegaron a la ciudad. El Doctor les había proporcionado una dirección para alojarse

— Les decís que vas de mi parte, te van a fiar tres o cuatro días

La oferta disimulaba, sin suerte, a la vigilancia; pero no había otra, entre los dos no llegaban a los cien pesos. Preguntando llegaron a una vieja casona pretensiosa y arruinada. Un cartel, económico, la identificaba como "Pensión familiar" Cuando tocaron el timbre apareció un hombre barbudo y barrigón, encajado en el costado de la boca, un escarba dientes bailaba al compas de sus palabras. Les anunció que tenían cuatro días para pagar el alojamiento y los condujo a una pieza misérrima con olor a humedad vieja, y se despidió con una noticia-advertencia

— Pase lo que pase, acá la gorra no entra, pero si arman un bardo importante y joden los medios, pinta salir cagando ¿Estamos?

Esa noche apenas durmieron, faltaban los eternos ruidos del penal y sobraba la adrenalina de la flamante libertad. Era viernes, mañana harían un llamado al hermano del Tolo, pero, con suerte, el dinero llegaría la próxima semana

— ¿Y hasta que venga la guita que hacemos bolú? Van a ser como seidia y no tenemos ni pa papear

— ¡A vo si que te salva que me tené a mí de bigote gato!
Ya tengo la dirección de un banco que le paga a lo

jubilado. Buscamos un jovato que cobre buena moneda
y vamo a tené pa papear

— Y p´al puterío ¿Vo sabé como estraño tener una
perra?

Hugo se quedó en la esquina, en la que un cartel señalaba
la parada de varios colectivos. Esperó un pucho y medio,
hasta que apareció el Tolo caminando detrás de una pareja
de ancianos. La seña lo puso en guardia; se asomó a la
calzada fingiendo la espera. Las victimas le agradecieron
cuando les cedió el paso y aún ayudó a la mujer a sortear
la altura del escalón del transporte que los engulló a los
tres. La pareja descendió en un barrio dormilón, tras ellos
bajó el Tolo y Hugo siguió hasta la otra parada. Ya venía el
Tolo hacia él, en la cara una sonrisa

— ¡Jamón papá! El segundo chalecito de la cuadra ¡Ni
reja hay! Esta noche lo hacemos

El Tolo imaginó todo, Hugo casi no habló en el camino
hasta la pensión. En cuanto oscureció salieron

— Vas a ver que con los viejos es fácil, gritoneas un poco y
te dan todo

— No se bolú, son viejos, me jode un poco ¿Viste?

— Dale bolú, no bardie, los viejo ya fueron ¿Para qué
quieren la guita? Seguro que tienen un canuto en el
banco bolú

Hugo duda, todavía no puede olvidarse de la mujer que ya
no está, pero aún gravita. Pero tiene una vida, urgencias,
tiempo de encierro que su sangre acelerada quiere

recuperar, y hace rato que descompaginó el cómo. Piensa rápido, o más bien, no piensa. Da un sí vacilante y temeroso.

El Tolo enarbola un fierro, negro, siniestro, que encontró en un contenedor. No grita, pero la mujer se tapa los oídos, el marido, atado a una silla, tiembla y tartamudea. Hugo quiere que se callen los dos. No soporta el llanto de la vieja, vulnerable en su camisón que descubre los hombros descarnados y la piel arrugada y pecosa. Quiere que hablen, que digan de una vez donde esconden la plata para poder irse y que ellos vuelvan a su sueño

— ¡Dale viejo de mierda! ¡La guita! ¡Decí donde la encanutaste o so boleta!

El fierrazo abre un borbotón rojo en la cabeza del hombre atado, la mujer no puede reprimir el grito ni el llanto. Hugo la agarra del pelo y la levanta mientras le grita al hombre — ¡Hablá mierda o te la despellejo acá mismo!

La amenaza no surte efecto. El Tolo, casi cordialmente, le pide que espere un poco. Apoya la mano afectuosamente en el hombro del viejo

— Traé un cable y metelo en un enchufe ¡Viejo de mierda!
Ahora vas a saber lo que es la picana

Hugo arrastra a la mujer de los pelos hasta la mesa de luz y arranca el cable de uno de los veladores. No suelta a la mujer, que llora a los gritos. De a poco, un vaho rojizo le va inundando los sentidos ya no domina sus nervios cuando

enchufa el cable y pasa las puntas peladas sobre la cara de la mujer

El viejo se desorbita ante la visión de la mujer que ni gritar puede. El aire se llena de olor a carne quemada. El Tolo le saca el cable de las manos y lo acerca a los ojos del hombre que trata de apartar la cabeza

— ¡Atrás de la pileta! Hay una bolsita atrás de la pileta ¡Es lo único que tenemos!

— Andá a ver

La bolsita está cerrada con cinta engomada, abultada por un fajo de billetes verdes

— ¡Ya está rajemos!

— No, pará, ahora quiero la guita de acá. Dale sorete, dame la moneda que cobraste hoy ¿O me vas a decir que comprás el pan con dólares?

El viejo ya no se resiste

El asalto fue uno más, la cuota diaria de palabrerío sobre la seguridad. No tuvo gran repercusión y su periplo terminó cuando un nuevo asalto cambió los nombres de los protagonistas. Al tercer día sin comentarios ni noticias, los dos amigos se atrevieron a salir de la pensión. Hicieron la obligada visita al patronato de liberados. Después caminaron por la costa y retornaron por la peatonal.

Ocuparon una mesa apartada en uno de los cafés que se asoman a la plaza y pidieron cortados y medias lunas.

Apenas se apartó la mesera, el Tolo se inclinó y le advirtió,

en un susurro que, desde una de las mesas, un hombre los estaba mirando

— ¿Será cobani che?

— No bolú, yo los saco de pinta, este me parece que está buscando novio

— ¡Y dale chabón! Casate y que te mantenga Tolo

— ¡Ja jodé bolú! Te digo en serio ¿Viste el bobo que usa?
¡Ahí hay buena moneda bolú!

— ¿Y? ¿Qué somo ahora? ¿Rastrero? Lo de los viejo fue pa´ hacer base; ahora tenemo que buscar un laburo bolú

— ¿Pero so gil? A este le limpiamo la casa y despué nos piramo a Bueno´ saire ¡Acá no pasa un carajo! No conocemo ni al loro

— No se loco, ya hicimo lo viejo y ahora este puto de mierda ¡Nosotro estamo pa otra cosa bolú!

El Hugo no puede, ni sabe, hablar de conciencia, pero siente que están cayendo. El Laucha lo condenaría sin remedio, no hay argumentos que justifiquen lo que hicieron; pero está hecho y ya no puede volver atrás

— ¡Dale bolú! ja´sogueá ¡Este gil nos salva!

— ¡Ma si! Ya está y, si volvemo allá, a lo mejor todavía podemos hacer todo bien – Y bueno Tolo ¡Le damo! Yo salgo y te miro desde la esquina

— ¡Eeso bolú! Vas a ver que esta no viene de culo
¡Mañana estamo allá bolú! Dale, tomatelá y venite atrás cuando me lleve

Cuando el Hugo salió, el Tolo le hizo una seña sin discreción al hombre y luego llamó al mozo. El Hugo los siguió desde el bar hasta un elegante edificio, frente a una plaza.

Pasaron tres horas y las luces de la entrada del edificio se encendieron, el portero dejó su lugar al guardia de seguridad que velaría durante la noche y el Tolo no aparecía. La figura dejó el abrigo del árbol y se fue aproximando a la entrada, el Hugo pensaba en la forma de forzar la vigilancia del guardián y buscar a su compañero, pero ni siquiera sabía en qué piso estaba. La puerta del ascensor se abrió y el Tolo caminó, muy tranquilo, hacia la salida. Vestía una abultada campera, la bufanda de lana le cubría la boca y enarbolaba un llavero, apenas si cosechó una mirada distraída cuando abrió y salió.

Caminó hacia la avenida, seguido por el Hugo, que se puso a su lado tres cuadras mas tarde.

— ¡Lo reventé al puto de mierda! ¡Largó el chocolate por toda la cara! No me quería dar la papota el junagranputa
¡Tuve que darle vuelta todo!

— ¿Y si llama a la gorra?

— ¡Noo, ese no va a poder hablar por un rato largo, le bajé todo lo diente a fierrazo! Y lo dejé atado en la bañadera
¡Como un chancho sangraba!

El Tolo hablaba casi a los gritos, histérico, mientras metía bollos de ropa dentro de una mochila. El Hugo contaba la plata, en su muñeca el reloj que habían admirado en el bar. Ya habían pagado la pieza y se apuraban para no perder el

micro, la terminal es territorio muy peligroso para dos fugitivos y eso es lo que iban a ser dentro de pocos días. Abordaron el último servicio de una de las líneas locales con nombres y documentos inventados, dado que nadie se preocupó en verificarlos. Cinco horas más tarde, profundamente dormidos, entraban a Buenos Aires. Los diarios aún no mencionaban la muerte, brutal, de un conocido profesional, ni elucubraban sobre amantes despechados, o chongos despiadados. El portero y el vigilador coincidían en la descripción de un joven que ingresó con el occiso y salió, solo, varias horas más tarde. A las seis y media de la mañana, el Hugo y el Tolo, bajaron del micro y se perdieron en las calles, aún desiertas, de la ciudad.

XXV: Políticas de estado

Ya está, los dos muchachos pasaron el umbral. Dejaron de ser víctimas, ahora son dos delincuentes peligrosos y brutales. Ya no hay excusas; en realidad, nunca las hubo y, es cierto, la vida que les tocó no les dejó elegir demasiado, pero ellos se torcieron y, desde ese momento, el final se hizo previsible. Basta, no hay mucho más para pensar. Después será, otra vez, la cárcel; una nueva vuelta de tuerca

- ¡Y ya está! El mal como entidad ¡Hágase su voluntad!
- No hay lugar para disquisiciones filosóficas. Si torturan a dos pobres viejos que no les hicieron nada y masacran a un tipo por tres mangos; son un peligro
- Claro, vos los agarrás ahora y ¡Son! Peligrosos
- Y que te parece, están fuera de la sociedad, no pueden vivir mezclados con los demás. Yo no los odio; pero...
- Pero, si desaparecen mejor, viviríamos en una ciudad segura, sin fieras y, a propósito; con los cachorros de estas fieras ¿Qué habría que hacer?
- Y, habrá que implementar políticas, planes de inclusión que funcionen
- ¡Y lo decís en serio! Vos hablaste con gente que está en el tema. Son cosas que ya están implementadas ¿Y?
- Algunas funcionan, otras están en estudio o no están; pero es lo mismo para todo. Así es la cosa y es así

- para todos. Los problemas no son excusas. Cada uno es libre de elegir
- ¿Libres?
 - ¡Y dale! Libertad no es una palabra, es un estado, una necesidad
 - ¡Viejita! Para el Hugo y su rancho libertad ¡Es! Solo una palabra, la que los saca, por un tiempo, de la mierda. Algunos ni se imaginan que quiere decir, pero todos lo saben. Jamás la van a escribir mal, con la "V" corta o sin la "D"; es la meta, lo único que importa; y, mirá vos; la rifan en cuanto la tienen
 - Está bien; te doy la razón ¿Entonces? Todos a la calle, libertad, paz y amor y que cada cual escriba "Libertad" como se le cante. Ya estoy medio podrido de haber empezado esto. Me aburre no encontrar nada, siempre las calles cortadas. Siempre el círculo: miseria, violencia, delito, horror, muerte y vuelta a empezar
 - Eso es la resultante de otro círculo anterior y eso es lo que ustedes no quieren entender
 - ¡Siempre lo mismo! ¡Pero sea lo que sea no se puede justificar el delito!
 - ¿Y quién lo justifica? Yo me limito a hablar de los que vos llamás delincuentes y que son personas, gente ¿viste?
 - ¡Eso es una obviedad! Nadie olvida que son personas
 - ¿No? ¿Y nadie quiere degradarlos, humillarlos?
 - Siempre aparece algún descolgado, pero la mayoría no

- Entonces; explicame que no entiendo ¿Porqué todos afirman que al que cae preso, en cuanto entra, le rompen el culo?
- Y bueno, son mitos, cosas que alguien largó y prendieron en la gente
- ¡Mirá que casualidad! ¿Los loqueros no lo llaman proyección? ¿No será que es el castigo que ustedes imaginan que les corresponde?
- Pará un poco, no es tan simple. Es cierto que hay mucha gente que dice pavadas, la inseguridad tampoco es solo una palabrita, hoy por hoy...
- Nooo, es una palabra, y se entiende distinto según quién la diga
- Todos la sufrimos, dejá de ponerte en victima querés
- Sí, pero vos tenés alarma monitoreada, seguro, calle asfaltada, teléfono, taxis, remises, policía que viene al toque. Los otros no tienen nada
- ¿Que otros? ¿Te das cuenta que te ponés del otro lado?
- Que ¿No hay otro lado?
- ¡Por favor! Todos somos iguales, con más o con menos, con injusticia social, con marginación. Pero un hombre es un hombre y todos tenemos los mismos derechos
- ¿Cuándo tienen que viajar en el techo de los vagones también? ¿Y los que viven entre el barro y la basura? ¿Y los chicos que no van al colegio? ¿Y los que

mantienen el negocio del paco? Puedo seguir pero, vos lo dijiste, es aburrido. Si querés te lo resumo; políticas de estado; y esas sí que están en marcha

- Bueno, pero hay montones que viven así y no roban ni matan. Siempre llegamos a lo mismo, no lo vas a entender nunca y yo nunca voy a aceptar que hay justificativos para robar o matar

Apagué la máquina de un manotazo, dejé todo como estaba y me fui a la cama tratando, inútilmente, de no despertar a mi mujer. Entraba en el sueño cuando volví a escuchar la voz

- Y después de hacer todo lo que hacen, se levantan, se bañan, se entalcan, se perfuman, se peinan, se visten, y así progresivamente, van volviendo a ser lo que no son
- Terminála, eso es de Cortázar y se refiere a otra cosa
- ¡Mirá vos! Yo pensé que calzaba justito. Y bueno; seguí durmiendo vieja, está todo bien

XXVI: Más que amigos

Alquilaron dos piezas en el fondo de una vieja casa en Santos Lugares y eligieron trabajar cruzando la General Paz; esa frontera virtual que divide a las dos policías y facilita la huida. Se arreglaban con algunos trabajos semanales; bien estudiados, con los que cubrían los gastos, que no eran pocos. Tolo empezó a consumir una sustancia nueva, Paco la llamaba

— ¿Sabé como pega esto? ¡Es una maza!

Ahora eran un terceto. Se les había unido Tito, un muchacho que tenía la invaluable cualidad de estar absolutamente limpio. Trabajaban tres o cuatro veces a la semana y la bonanza llevaba seis meses. Hugo, cada madrugada, se llevaba a una alternadora, siempre la misma

— ¡¿Stá de novio vieja?!

El Tolo y Pitu le hacían bromas que Hugo aceptaba resignado

— La Lucy es buena mina, no anda con histeriqueadas y en la cama se la rebanca

Lucy era una de las pupilas del boliche que regenteaba Hernán; un tipo con historia y fama de pesado, taciturno, callado, de ojos chiquitos y crueles que jamás miraban lo que veían.

De vez en cuando armaba mesas de truco y ocasionalmente invitaba a Hugo, cuando lo veía en la barra, esperando que Lucy se desocupara.

Era una de esas noches, cuando mencionó, como de casualidad, que en el depósito de golosinas, los viernes, se juntaba la recaudación de las sucursales. Un trabajo fácil, con poca vigilancia, abundó. Hugo mostró interés, pero el otro lo cortó de entrada

- Con el Tolo no, al Tito lo tenemos afuera, esperándonos en el auto, con todo listo para el raje. Adentro, vos y yo
- Pero...el Tolo es mi amigo, siempre laburamo junto, no lo puedo cagaa
- Mirá pibe, el Tolo vive lleno de mierda y así no se puede. Si te va; fenómeno. Pero con el otro no. Fijate; hoy es sábado, el martes me contestás. Si no querés; seguimos amigos

No esperó a Lucy, se fue directo a la pieza del Tolo. Lo encontró tirado, con la ropa de tres días y la barba igual, los ojos orlados con una línea muy roja, las pupilas inmensas. De golpe se dio cuenta de la extrema delgadez de su amigo

- Q´acé bolú, es sábado vieja. Vamo a la avenida y levantamo algo
- No Hugo, andá vo, tengo que ir a buscar una cosa, despuévemo

Estaba sentado en un bar. Frente a él se enfriaban los restos de un cortado. Desde la caja, el dueño lo miraba sin disimulos, la mano cerca del teléfono. El mozo, después de cada pedido, se estacionaba en la puerta; cruzando

miradas pávidas con el jefe. El desencadenante del miedo era ese pibe flaco y oscuro, que conservaba puesta la capucha del buzo sobre la gorra de visera y que apenas si sacó del bolsillo una mano, y solo para levantar la taza en el primer y único sorbo. Lo tenían visto de antes. Andaba siempre con un morocho grandote, muy nervioso y gritón que, según la visión del cajero "estaba siempre dado vuelta" Ocasionalmente se les unía otro pibe, muy callado. El gallego de la caja los llamaba: El trío malandra y, desde la primera vez que ocuparon una mesa, esperaba el asalto. El café estaba helado y la solitaria medialuna, intacta, atrajo una mosca solitaria. El joven seguía el vuelo y, en un salvaje relámpago de mano en el aire, la atrapó, y les dio un susto de corazón desbocado a sus vigilantes. Nada alteró la aparente quietud. Su pensamiento estaba muy lejos de los temores del cajero y el mozo. Las cosas estaban muy difíciles, tenía que tomar una decisión; o decidir una traición, para ser más preciso.

Hernán, con el rechazo al Tolo, materializó aquello que Hugo se negaba a reconocer; el Tolo era peligroso; blanca, pastillas, Paco y cada vez más nervioso, perdido, hablando compulsivamente. Solo preocupado por conseguir las dosis diarias, que cada vez eran más.

Casi se pudieron oír los suspiros de alivio cuando dejó la mesa y se encaminó hacia la puerta. Miró, por costumbre, a cada lado antes de salir al débil sol de la tarde de invierno. Caminó sin rumbo un buen rato antes de subir al colectivo.

En la esquina de la casa, sentado en la vidriera de un negocio que solo ofrecía vidrios rotos, estaba el Tolo

— Q'acé bolú

— ¿Tené moneda? Ahora viene el Turco y si no lo habilito no me da ni la hora ese junagranputa

— Te doy lo que tengo Tolo

El Hugo notó el espasmódico movimiento de la mano que dio el manotón a los billetes y se sintió mal; era la primera vez que lo advertía y pensó

— Si Hernán no lo buchoneaba yo no me avivaba ni ahí

El Tolo estuvo de vuelta a los diez minutos; ahora tranquilo y relajado

— Amigo ¿Vamo a lo del Tito?

Por la calle avanzaba un taxi libre. Hugo, que se había descubierto la cabeza, estiró el brazo y el auto se detuvo. Tarde vió el chofer el otro muchacho cuyo olor, agrio y penetrante, llenó el interior del vehículo. Ya estaba oscuro cuando cruzaron la vía. El conductor frenó y anunció, inseguro, que no pasaba de ahí porque la zona no era segura. Hugo no llegó a preguntar el costo del viaje, cuando ya el Tolo lo había aferrado por el cuello. En la mano rebrillaba, maligna, una navaja que apoyó en la garganta del pálido y aterrado chofer

— ¡Dale pelotudo! ¡Largá la moneda infeliz!

Hugo le sacó de la mano la billetera y miró de pasada el contenido; apenas cambio

— ¡La recaudación queremos! ¡Dale boludo largala!

El hombre no contestó; ya la afilada hoja le había cortado la garganta y la sangre empapaba todo.

El Tolo y Hugo corrieron hacia los arboles que bordeaban la vía desierta. La carrera terminó detrás de unos galpones viejos y deshabitados. Apoyado en la pared, tratando de recuperar el aire, con frases entrecortadas por toses y risas histéricas, el Tolo mascullaba sin parar

— ¡¿Viste como lo corté?! Así van a aprendee, eso boludo

¡Con nosotros no se jode! ¡Vas a ver cómo van a largar todo, eso junagranputa! ¡Se creen que somo rastrero!

— ¡Pa que lo cortaste bolú! Ahora nos van a buscar por todos lados ¡Ni volver a la pieza podemos! ¡Estamos nel horno bolú!

— ¡Por la rep...! ¡Me olvidé de sacarle el celular! Dale bolú volvamo ¡Si no hay nadie!

— Tolo, vo ´tas chapa del todo ¡Yo no vuelvo ni en pedo!

— Dale garca, si vemo a la gorra, pitufeamo un poco y seguimo bien chufi

— Yo no Tolo, me voy a lo de Tito, si vo queré volver; andá, yo te espero allá

Hugo se fue, con paso inseguro y miradas cautelosas. Tolo se quedó mirándolo y no apartó la vista de su espalda hasta que dobló en la esquina de la primera cuadra.

Después; encogió los hombros y volvió a la calle donde había quedado el taxi. De lejos vió a la gente que rodeaba el auto y el destello azul de las luces de varios patrulleros; ya se oía la sirena de la ambulancia

— ¡Junagranputa! Me cagaron el celular
Contó la plata que tenía y se fue para lo del turco
— Con esto tengo hasta la noche; después veo
Hugo se quedó esperando. Mientras hablaba con Tito
miraba la esquina con la idea de que, el Tolo, aparecería en
cualquier momento. Un vecino trajo la noticia del asalto y la
muerte del taxista
— ...y fueron dos chabones que rajaron pa ´ste lado.
Ahora va a haber bardo y la cana va a requisaá
— ¿Vamo al bar Tito? Seguro que el Tolo va a caer por
allá

No habían hecho más que sentarse, cuando el televisor
mostró la imagen del taxi. Las puertas del vehículo estaban
abiertas y, entre las piernas de los policías que colmaban la
pantalla, la cámara se regodeaba morbosa y pornográfica,
en la visión de la cabeza del chofer y la sangre que había
inundado todo. Hugo se removía inquieto e incómodo, sin
poder dejar de mirar lo que Tolo había provocado

— Al Tolo lo van a boletear, está de la nuca el chabón
Lo de Tito fue una aseveración; aunque sonara a presagio,
Hugo se limitó a mover la cabeza. No quería ponerse en
contra de su amigo, pero; antes Hernán y ahora Tito,
tenían razón; el Tolo se había convertido en un peligro.
Esperaron una hora, pero el otro no apareció. Al final se
fueron para lo de Hernán
Pasaron dos días, los diarios y la televisión hartaron con
imágenes y parrafadas pretenciosas que alimentaban la

normal paranoia de la inseguridad. El Tolo aparecía y desaparecía en el vaivén de las dosis de paco. Hernán tuvo la información el día anterior, esa noche arreglaron todo y el viernes Tito entró a la distribuidora haciéndose pasar por un cliente. El nombre fue proporcionado por la fuente secreta de Hernán, un empleado que, cuando entró Tito, salió de la oficina. Todo fue muy rápido y ajustado a lo que habían planeado. Ya salían, los empleados estaban tirados en el suelo, convenientemente sujetos con sunchos de plástico. El que se había ido se asomó y Tito lo encañonó, obligándolo a entrar, el hombre, casi sonriendo, miró a Hernán que ni siquiera pestañeó cuando le voló media cabeza. El súbito estallido pareció detener el tiempo; solo se oía una radio que obstinadamente aconsejaba como vivir más y mejor. Súbitamente una de las mujeres gritó; un largo chillido que enervó a Hugo y precipitó la huida. Los tres partícipes del robo, ahora con homicidio, subieron al auto que habían dejado estacionado en la playa y aceleraron por la avenida. Recorrieron pocas cuadras antes de cambiar de vehículo y proseguir la fuga.

— Fueron tres ¿No habrán sido los malandras?

— No el negro se pasó toda la mañana sentado en la esquina. Está mal ese pibe

El patrón y el mozo se enteraron por el omnipresente noticiero de televisión, del asalto que terminó en crimen

- ¡Qué hijos de puta! ¡Pobre hombre! Lo mataron sin que se les mueva un pelo
- Seguro estaban drogados ¡Es ese paco de mierda que los vuelve locos!
- El hijo de la señora de la verdulería...
- ¿Qué le pasó?
- Lo tuvo que internar, le vaciaba la caja para drogarse. Ahora está en una clínica, en el campo
- Igual, es gastar plata, estos no se curan más. Andan bien un tiempo y después otra vez ¡No quieren trabajar estos!
- Fuera mi hijo ¡Tratamiento le iba a dar! ¡Lo agarraba yo con el cinto! Que paco ni paco, mucha paciencia les tienen; que andan con esos pelos, y siempre fumando
- Cuando hacen la primera hay que meterlos adentro y ¡Ala! No soltarlos hasta los ochenta, que ahí ya no van a joder mas
- Y no, están los derechos humanos que...
- ¡Derechos humanos de mis cojones! Que siempre están dándole a la lengua y tal y al final no hacen nada
- Y si, entran por una puerta y salen por la otra

Un sol tímido se despertaba detrás de los edificios y sus bostezos creaban luces fantasmales en los intersticios de las persianas. Los noticieros de la mañana ya estaban transmitiendo imágenes, repetidas hasta el cansancio, del brutal asalto que precipitó el olvido del asesinato del

taxista. Hugo escuchaba la radio y miraba el mudo televisor. Después del asalto, repartieron el botín y acordaron seguir con lo de todos los días. Hugo volvió a su pieza y, aunque no durmió más que de a ratos, se acostó temprano. Llamó a Lucy y pretextó un resfrío. La mujer fingió ignorar todo y prometió presentarse lo más rápido posible. La luna se esfumaba entre los dorados del amanecer cuando los ruidos en la puerta le hicieron estallar los nervios. Saltó de la cama olvidando el cenicero repleto que esparció su contenido sobre el cobertor. Lucy entró sonriente. Hugo, sin darle tiempo a sacarse el abrigo la abrazó y buscó la boca en un beso histérico.

— ¡Bueno bebé! menos mal que está enfermo mi chiquito El sexo furioso le otorgó un par de horas de sueño. Después volvió al televisor y la radio en sordina, para no despertar a la mujer que roncaba suavemente a su lado.

— ¿Dónde andará el Tolo? A la final, es lo mismo.

Matamo un tipo al pedo. Lo reventó sin asco y ni se le movió un pelo. Hernan es un garca; si me tiene que tirá, me tira y al carajo. Y esta ¿vendrá por mí? ¿O me la puso el Hernan? Y ni con el Tito puedo hablar, que yo sé si no va a ir con el cuento

Veinte años de policía, el pelo muy corto, la cara indescifrable, la mirada huidiza. Caminaba muy erguido, arrebuñado en el sobretodo. Trabajaba para unos financistas y era el encargado de llevar y traer cosas, hoy le habían entregado un gran sobre de papel madera. Diez

cuadras por el microcentro, una dudosa oficina, rutina. Tenía el auto en el electricista y la cabeza en el dineral que le iba a salir el cambio del burro de arranque. Apenas si reparó en el morocho grandote que caminaba junto a él y que le cerró el paso cuando llegó a la esquina. Un relámpago doloroso le nubló la vista cuando se clavó en el muslo la afilada hoja de la navaja del Tolo, que ahora, después de sacarle el sobre con un seco manotazo, corría entre la gente que colmaba la calle. El hombre sintió el líquido tibio que empapaba el pantalón. La gente pasaba junto a él sin aminorar el paso más que para dejarle una mirada entre interrogante y asqueada. De pronto, todos parecieron ver el rojo viscoso de la vida que se le escapaba por el tajo, apareció un agente de vigilancia que primero, llamó a una ambulancia y luego transmitió la precisa descripción que le dio el hombre antes de desmayarse; entonces empezó la cacería.

Hugo buscó al Tolo por todos lados. El Turco le dio la noticia; el golpe solitario, un ortiva que dio el dato y se olvidó que el candidato era de la gorra. El Tolo corriendo por el centro rebosante de vigilantes de uniforme, de civil, custodios de camiones, de bancos, de financieras. El Tolo que, gambeteando trampas se zambulle de cabeza en la boca del subte perseguido por la policía, la loca carrera apartando gente, buscando la escalera del final del andén que se aleja con cada grito de los perseguidores y que, mágicamente, queda vacía. El prófugo, entusiasmado ante

la visión azul al final del túnel; y el trueno ensordecedor que paralizó todo y a todos y dejó para siempre el azul en las pupilas del Tolo. El cuerpo se fue deslizando suavemente, escalón por escalón, hasta quedar en el descanso del fondo.

— Dale Hugo, ja jodé, el Tolo ya fue. Se mató solo el chabón

Hugo no escucha, la mirada perdida en la calle. Un colectivo traquetea sorteando baches

— **¿Q´acé viejita?**

— **¡Espero el bondi bolú!**

XXVII: Historias

Releí todo, corregí algunas comas, cambié palabras, pocas. La historia tenía ritmo y un buen final para el capítulo. Guardé todo y lo envié por mail a la dirección en la que resguardo todo lo que escribo. No tenía sueño; así que inicié un nuevo documento

- ¿Contento? Ya te sacaste de encima al Tolo. Murió en su ley, bien al gusto de todos
- ¿Supongo que decir algo es al pedo no?
- Si, el Tolo estaba muerto desde que apareció y es una lástima, era un tipo derecho
- ¡Derecho! ¿Me estas cargando?
- No flaco; te informo, para ver si te avivás ¿Viste? Hay una gran diferencia entre el Tolo y este Hernan que metiste en la historia o el Tito, que lo tenés ahí, flotando, sin decidir para que lado va a rajar
- ¿Y cuál es la diferencia? Preguntale al tachero y al tipo que mataron en el asalto, dos muertos porque si. La muerte que se regala sin importar a quién
- ¡Error señor escritor! No son iguales las muertes ni los muertos. El tachero murió porque el Tolo estaba más allá de todo, solo pensó en la guita que necesitaba para la dosis ¿Vos te pensás que sabía lo que hacía? No, el tipo tenía lo que el necesitaba y punto. El Tolo no podía pensar en nada más. Si una fiera tiene hambre; morfa y ni piensa en la vida y esas cosas

- Pero, no entiendo, ahora me decís que era una fiera
¡Me estás dando la razón!
- El Tolo estaba en esto porque fue bajando escalones.
Alguien, alguna vez, se comió el cacho de torta que le
tocaba a él; y salió a buscarlo, fue cayendo de a poco,
la bala que lo mató estaba en el fierro desde esa
primera vez en que afaná una bici y la vendió por tres
pesos
- ¿Y cuál es la diferencia con Hernan?
- Alto garca ese chabón. Viene de otro palo, le pasaron
cosas. Pero nada lo metió en la joda, el estuvo desde
siempre ¡Y sabía lo que hacía! Mató al canario porque
podía hablar y de paso se encanutó la parte que le
correspondía al finado. Fue una muerte pensada y
decidida. Tiene una historia atrás ese guacho
- ¿Historia? ¡Si lo inventé hace diez días!
- Esos tipos están, estuvieron y estarán, no inventaste
nada che ¿Te interesa la historia? Si no te interesa te
la cuento igual

Estaba terminando el colegio sin vocación ni ganas, eran más lindas las maquinitas y el vagar sin rumbo. Ya fumaba cuando le enseñaron a jalar, otra vez probó un porro, aún no llegaba a la merca “en serio” y el paco no existía. Era uno más de la banda de pibes que se juntaban en el estacionamiento. Un par de veces, con otro chico, dejaron alguno de los autos sin llantas ni cubiertas. Marisa, una rubiecita que vivía cerca, lo dejaba babeando cada vez que

la veía pasar. Un día se animó y como ella también lo miraba con ganas, terminaron como novios. De entrada la madre de ella lo aceptó, desoyendo los reparos del marido que lo miraba mal y demostraba su disgusto con el enojo y desdén permanente. Después de algunas noches de ligustro y mosquitos, manoteando el corpiño y luchando con la bombacha que no podía bajar, ella "se dejó" Fue atrás de la cancha de básquet del templo evangelista. Siguieron días desenfrenados. Lo hacían todos los días y en cualquier lado. Una tarde estaban en el galponcito que había en el fondo de la casa de ella. La Marisa estaba con la blusa desabrochada y el corpiño en el cuello, y lo abrazaba con los brazos y las piernas mientras él, con los pantalones y los calzoncillos en los tobillos, gruñía de placer mientras la penetraba

— ¡Que hacen!

El grito resonó como un latigazo. El padre de Marisa, rojo de furia, avanzaba hacia ellos; que ni siquiera habían advertido el chirrido de la puerta cuando se abrió. Ella quiso escaparse, pero él no la soltaba y el viejo le embocó una trompada en la nuca. Con los gritos, apareció la madre de Marisa, limpiándose las manos en el delantal. En los días que siguieron; Marisa no quiso ni mirarlo y mucho menos escucharlo y ni soñar con hablarle. Rumiando la bronca, la esperó en el campito, camino a la casa. Cuando la tuvo a su alcance, le pegó un empujón salvaje que la tiró junto a unas cañas. Le tapó la boca con una mano, mientras que

con la otra le arrancaba la ropa. Fue una violación en toda la regla. Esa misma noche desapareció. Consiguió trabajo como albañil en José C. Paz. Dormía en una casilla, en la misma obra. Eso hasta que conoció a Juana. Al poco tiempo se mudó a la casa que ella compartía con la madre y el hermano, que fue el que le habló del almacenero del otro lado de la vía; tenía abierto el negocio hasta las once de la noche y los sábados juntaba buena plata. Fue rápido y fácil. Se repartieron lo que sacaron. Más de un mes de sueldo

— ¡En diez minutos! Laburar es de giles bolú. Comprale un regalo a mi hermana ¡Ahora tenés guita chabón!

Juana no se alegró demasiado por la inesperada bonanza. Pero él le dijo que era la primera y la última vez; y ella le creyó. El siguiente trabajo, fue una verdulería. Después una inmobiliaria y en la misma noche, una estación de servicio. Ahí se le acabó la suerte. Un vigilador los sorprendió. El cuñado se escapó y, encañonado por una escopeta, el se quedó solo, esperando al patrullero. Le entintaron los dedos. Le sacaron fotos y lo encerraron. Al rato apareció un vigilante con cara de pájaro, flaco y pálido. Mientras hablaba se chupaba los dientes llenos de caries. Le preguntó sobre algunos hechos. El no sabía nada. Atado a una silla, aguantó golpes, electricidad y todo el repertorio habitual. No le sacaron nada. Seis horas después lo devolvieron a la celda

— No tome agua y muévase despacio. Si le rompieron una costilla puede agujerearle algo adentro

El que hablaba era un hombre de unos cincuenta y tantos. Lo cuidó toda la noche. Cuando aflojó el dolor; el otro le alabó el aguante

— Cuando salga lo voy a agarrar a ese junagranputa

— No pibe. No amenace al pedo. El está en lo suyo.

Usted tiene que ser vivo y no caer, o arreglar para no tener problemas. Esto tiene sus reglas, como todo

Estuvo adentro tres meses. Un día lo dejaron en la puerta. Juana lo estaba esperando. Se fueron para la casa, caminando abrazados. El cuñado quiso justificarse pero él no lo dejó. Consiguió trabajo en otra obra y se ayudó con algún trabajito nocturno y solitario. Juana quedó embarazada y el edificó una piecita en el fondo para los tres. No llegaron a usarla, el día del parto todo vino mal y, a pesar de los esfuerzos de los médicos, ella murió. Cuando volvió del cementerio, envolvió al bebé y se fue para lo de los viejos. Se mudó con ellos y ya no salió a trabajar durante el día.

Cuando conoció al Hugo, regenteaba un privado que ocupaba a seis mujeres, una de ellas era su pareja. Al nene dejó de verlo seis años antes, cuando volvió a caer preso. Y esa fue la historia que me contó, y tuve que reconocer que era diferente. Igual dejé al cuerpo del Tolo en la escalera del subte y a Hugo con su culpa, pero ahora tenía una duda ¿Quién era el Tito?

XXVIII: De pérdidas y encuentros

Se mudó. Sin el Tolo, la pieza en la provincia agrandaba la soledad. Se instaló en el primer piso de uno de los "edificios" de la villa treinta y uno. Un ambiente con cocina y baño compartido. Accedía por una empinada escalera de caracol y, desde su ventanuco, podía saltar a un techo de chapa; si es que se daba la necesidad. La primera noche apenas si pudo dormir, la desprolija estructura vibraba y crujía al paso de los grandes camiones por la cercana autopista. Del otro lado de las vías de Retiro se erguían las torres lujosas y confortables de las que, el complejo de pasillos y construcciones precarias, eran una caricatura. Desde el último golpe; cada cual andaba por su lado y trataban de verse lo menos posible. La excusa eran los titulares catástrofes y duraría hasta que, nuevos titulares suspendieran la presión sobre la siempre vendedora inseguridad. La realidad era un poco más compleja, Hugo no se sentía seguro. Siempre se consideró un "pibe bueno" y no quería cambiar de status. Una cosa era el robo, encarar, imponer miedo y huir. Otra, muy distinta, la muerte irresponsable y barata, ni al Tolo se la disculpó. Se compró ropa, mucha, cara, de marca. Quería ser uno más de "los otros" caminar por cualquier vereda; no cosechar desasosiegos ni prevenciones. Un pibe en lo suyo, nada más.

El chofer del taxi esperaba pasajeros en el último andén de la terminal de Retiro. Aún faltaba un buen rato para los que

arribaban en los micros de las siete de la tarde y el casi dormitaba en el cálido ambiente de la calefacción. Por eso se sobresaltó cuando el muchacho abrió la puerta trasera. La imagen que apareció en el retrovisor no lo tranquilizó en absoluto

— Ni equipaje trae, si no veo a un cana; perdí

Le volvió, un poco, el alma al cuerpo, cuando escuchó la dirección; pleno centro y aún era de día.

Se vistió con: buzo, jeans, remera, todo de marca, y las zapatillas más grandes y caras del mercado, no se puso la capucha y prescindió de la gorra. Para ver todo y no ser visto, tenía que ser uno más; pero algo andaba mal. Notó el alivio del taxista, cuando se bajó. Un portero se quedó mirándolo, hasta que dobló en la primera esquina, ansioso por sacarse esos ojos de encima. Una mujer que bajaba de un auto, volvió a meterse y ahí se quedó. Dos chicos cambiaron de vereda en medio de miradas temerosas. También estaban los que no reparaban en él, venían apurados, hablaban por celular, discutían acaloradamente mientras caminaban; pero Hugo veía solo a los otros. Regresó a su territorio, encrespado, a pié, y llegó cuando casi oscurecía, ya todos estaban volviendo de sus trabajos. Los pasillos rebosaban de gente, música y gritos. En la polvorienta canchita de fútbol, que algún plan de urbanización, cumplida su misión de mostrar en los diarios al funcionario de turno, bautizó como "solar para usos múltiples" funcionaba un shopping acorde a todo lo demás;

ropa nueva, usada y objetos de todo tipo, tingladitos precarios que ofrecían olorosos choripanes, pastelitos y pan con chicharrones; bolivianas de rostro inescrutable y ropas chillonas, con chiquillos callados y quietos, ofrecían especies o verduras. La tierra y el polvo flotaban en los espacios iluminados y teñían el calzado de un uniforme y democrático tono beige. Inmensos micros de dos pisos, daban bandazos en la calle, de asfalto destrozado, que accedía a la terminal. En las ventanillas, miradas curiosas, agriadas, aburridas, fastidiadas y miedosas. Un chiquito sonriente, agitaba la mano saludando a todos; aún no sabía.

Compró algo para comer, dos botellas de cerveza, y se fue para la pieza, a contramano de los que salían con sus carritos para recoger las sobras del otro mundo. Algo hizo que observara al viejo. Tiraba del carro, inclinado entre las dos varas. De a poco fue adaptando la visión de ese hombre, gastado y vacilante, a sus recuerdos. Vió la cara, que era esa, pero no era, arrugada, orlada de barba hirsuta; con la piel tirante y olivácea, herencia de sus abuelos que, le contó una vez, vinieron desde la India. El pelo, renegrado y peinado con gomina, era una melena canosa, con un gran claro frente arriba. La espalda encogida, fue erguida y musculosa. Se acercó despacio, dudando de sus certezas. El tiempo retrocedió en una ráfaga nauseosa. Veinte años sin saber nada de él y encontrar ahora esa mirada apagada de los ojos tristes,

orlados de amarillo. Revisó su recuerdo; se afanó en traer al otro, que este hombre echó por un momento, y siguió caminando. Resolvió que, esa irritación de los ojos que casi parecía llanto, era culpa del cigarrillo, que no podía sacarse de la boca por tener ocupadas las manos. Esa noche la cerveza no alcanzó, pero siempre tenía pastillas a mano. La mañana ya estaba colmada de ruidos y sol cuando se despertó, se estiró largo, con el primer cigarrillo puso la TV en un canal de noticias y calentó el agua para el mate. Por la ventana entró una discusión violenta, que terminó cuando un hombre gritó, antes de los golpes y los ruidos a loza y vidrios rotos. Decidió que no quería salir, volvió a la cama y cambió las noticias por una película de dibujos animados. Comió los restos de la noche anterior y durmió una siesta larga y entrecortada. Ya era de noche cuando se vistió para ir a buscar a Lucy. En la esquina, estaba reunida la barra de pibes que asolaba los alrededores de la terminal, a la vista de todos, sentados contra la pared, faroleaban con un par de revólveres que pasaban de mano en mano, igual que el porro compartido.

La noche en la villa es ruidosa. Música de cumbia que se entrelaza y confunde; con salsa, rock y algún tango.

Llamadas, discusiones, carcajadas potentes, exasperadas, llanto de chicos, de hambre. Chicas que caminan del brazo, parejas que aprovechan la penumbra de los pasillos, hablan en susurros, sofocan sonrisas, alguien mete el pié en uno de los innumerables charcos y putea indignado. Bajo la luz

de la cercana avenida, está estacionado un patrullero. En su interior, tres policías saben que no pueden controlar nada. Y, por otra parte, jamás lo intentaron. Una camioneta cargada de gendarmes, rueda lentamente.

Hugo caminó hacia las luces de la terminal, ni siquiera intentó parar un taxi. Es la primera vez que va a la casa de Lucy, siempre la encontró en el boliche o ella vino a la pieza. Hoy es diferente, no fue a trabajar, la mamá, que es la que vive con los hijos, está internada y tuvo que hacerse cargo.

La casa es una más del barrio de clase media. Lucy lo recibió exageradamente alegre, agarrada de sus polleras, una nena de grandes ojos negros y carita muy seria, lo miró atentamente. En la cocina, que se entrevé desde la entrada, dos chicos interrumpieron lo que estaban haciendo para saber quién era el visitante.

Los cinco están sentados alrededor de la mesa de la cocina, hay silencio e incomodidad en todos, Lucy intenta romper el hielo y le cuenta al Hugo de las pequeñas cosas, del colegio que nunca tiene clase, de la compu; que quieren que les compre porque todos los chicos la tienen. Hugo solo pensaba en irse, ese no era su lugar, la enemistad de los pibes, tan palpable como la incomodidad de Lucy, se percibía sin esfuerzo. Después; los chicos se fueron a la cama y ellos se quedaron hablando. Lucy estaba preocupada por el mayor. Como ella decía;

- Está muy rebelde el guacho, ayer le tuve que dar un cachetazo ¡No sabés como contesta! Y los amigos que tiene no me gustan para nada, hay uno que vive acá cerquita, el Rulo que, me dijo la nena, jala todos los días
- ¿Y tu vieja no los ve?
- No, la pobre ya tiene demasiado con atenderlos y el pendejo la camina como quiere. Te digo que es difícil, voy a tener que venirme más seguido y no sé cómo hacer, Hernan me va a matar

Volvió a la pieza ya tarde, cansado de escuchar a Lucy y con ganas de dormir

- ¡Junagranputa! El Tolo me lo decía, no te metás con minas grandes, y yo me vengo a meter con la Lucy que tiene tre pibe ¡Soy un boludo de cuarta!

Al otro día, estaba parado frente a la escuela de los hijos de Lucy, sin saber demasiado para que, renegando de esa fatalidad que lo empujaba sin dejarlo decidir, siempre corriendo atrás de lo que pasara.

Faltaba mucho todavía para la hora de salida; cuando vió a los dos pibes que saltaban la pared del patio. Los siguió de lejos hasta la boca del subte.

Los dos pibes estaban sentados contra la pared, en el extremo desierto del andén. El subte que pasó dejó flotando tierra y papeles que, de a poco, volvieron a su lugar

— Rescatate, te va a preguntar de todo. El, igual te tiene visto hace rato. A todos nos tiene re calados

El hijo de Lucy escuchaba atentamente a al otro pibe. Por esto había dejado a los hermanos y se fue del colegio en el primer recreo. Ellos no pueden estar en su primer paso importante. El es grande y ellos son dos bebitos

— Vos no le bardies en nada bolú, contestale todo de una. Si después se entera por atrás ¡La cagaste! Y con el tipo, una, y fuiste mal

Como para remarcar que ahora la cosa es distinta, sacó un porro, pequeño y desprolijo, que encendió. Alternaron las pitadas largas, reteniendo el aire

— ¡Esto es la joda boludo! ¡Ahora sí!

— Vos tratalo siempre con respeto. De usted

Las instrucciones siguieron, pero el pibe se perdió en el humo dulce y espeso. La casita es linda y prolija y la madre está esperando la vuelta del colegio con tostadas repletas de manteca, no aparecen más mierdosos y el único hombre es el

— ¡Che bolú, dale que ahí viene!

Medio atontado se levantó y se sacudió la tierra del fundillo del pantalón

Salieron del hueco de la escalera mecánica y caminaron hacia ellos sin apuro. Flacos, nervudos. Pantalones y zapatillas de marcas caras, los finos músculos bien a la vista. Anillos grandes y pesados. Caras indescifrables, cejas depiladas, ojos que vigilan todo, piel cetrina, surcada por

finísimas arrugas y alguna cicatriz. Los brazos adornados con tatuajes de trazo grueso. De lejos se los veía tranquilos, distendidos. Cuando llegaron a los chicos, uno se quedó atrás, sentado en el último banco. El otro, que cubría la abundante melena renegrada con una gorra anticuada, se paró frente a ellos y los miró fijo, hasta que los chicos bajaron la vista y se removieron, nerviosos. No hubo presentaciones ni saludos

- Me dice acá, el Rulo que vo queré punterear ¿Con esa cara de gil? Se ríe solo y el Rulo lo acompaña con una nota falsa
- Nnno...yo quiero entrar a...
- ¡Si o no! ¡Me hacé venir y decí no! Queré entrar ¿donde queré entrá? Mirá pendejo pelotudo, conmigo no descanses porque la cosa es bien clarita ¡Sin soguear!
- Si, si, si yo quiero. El Rulo me conoce y yo...
- ¡Vos cayate bolú! Acá hablo yo. Rescatate ahora y rapidito. Se hace lo que yo digo

En ningún momento levantó la voz. El tono, bajo y monocorde amenazaba más que un grito y los pibes se encogían cada vez más.-

Yo acá, y por el Rulo ¿Entendé? Te voy a habilitar unos armeti, pocos, para ver qué pasa. Te los llevas al cole y se los vendes nada más que a los que te lo pidan. De entrada, vos pitufear, sin andar jilguereando al pedo por ahí. El Rulo va a ser tu bigote y va a correr la bola

- Pero mirá. Se corrigió en el acto. Mire yo no tengo una moneda. Yo...
- Che Rulo, a este lo saqué de pinta ¡Es un alto boludo! ¡Cerrá el orto! Vos estas para escucharme a mi ¡Y es la última vez que te lo digo!

Rulo lo miró como para pegarle y el hijo de Lucy sintió que le picaba todo el cuerpo; no podía aguantar las ganas de mear. Mientras el flaco les advertía que los dos serian responsables.

- Cuando haiga uno del palo, que consigan ustedes, les tiro algo de mamfa. Pero de a poco, sin irse a la mierda. La gorra no va a joder mucho, pero hay que cuidarse. Siempre alguno cae y hay que tener poco con uno, para zafar.

Se quedó callado y los miró. Ellos no sabían cómo sacarse de encima esos ojos como carbón

- ¿Entendieron todo? Buen, decidite chabón. Si te doy chapa, una patinada y cagaste la pija

Solo se animaron a musitar un si tembloroso. Lo demás fueron movimientos de cabeza

- Si te engoman, mandas una paloma al número que tiene el Rulo. Salís enseguida porque sos primario y menor. ¡Ni por puta te enferres! Ahí sí que estas empachado. La porquería es tuya. Si te la bancas sin dejarte destilar, nosotros te vamo´acer el aguante a muerte. La merca que se pierda la pagas de lo tuyo y está todo piola. D´entrada no tené que habilitar una

moneda. La garantía son ustede do. Si la transa viene de posta, vamo a ser amigo. Si te mandas un moco, es el último. Cagaste la pija y los dos la pagan

— ***Me voy a mear, me voy a mear*** — El chico sentía que entraba en un túnel muy negro

— De eso se encarga acá, mi rancho. Y te digo que este no es un gil, no bolasea. Si te cabe, terminas con el orto en el fuelle

Y señaló al otro que seguía sentado mirando nada

Ya estaba todo dicho. Una bolsita cambió de manos y los dos flacos se fueron. De golpe el que habló, se volvió y mirando fijo a los dos lanzó una advertencia

— Para ustede do, el único Juncadella; soy yo ¿Estamos? Cuando la pareja desapareció, el pibe no pudo aguantar más y orinó contra la pared

— ¡Que hacé bolú! Ahora tené que ser serio. No podé mear en la calle, si te levantan, tené la merca ¡Fuiste! Casi los pierde cuando bajó, no conocía los pasillos que comunicaban los andenes y corrió de un lado a otro. A lo lejos vió el pelo con muchas puntas — Peinado de maricón tiene este guacho— que corría hacia el final del andén. Se ocultó a la entrada del pasillo y, desde ahí lo vio hablando con el Rulo

— A este junagranputa se lo llevo a la Lucy de una oreja A su lado pasaron dos flacos que proclamaban la tumba en cada gesto. Cuando uno de ellos se puso a hablar con los chicos mientras el otro vigilaba, pensó en la mujer y tembló

como una hoja. Tanto que hasta se sentó en los escalones. Como una piedra que desviaba la corriente de gente que se apuraba para alcanzar el subte.

XXIX: Dudas

Noches enteras escribiendo y borrando. Trato de meterme en un personaje que, ahora me doy cuenta, no puedo más que inventar. En verdad no lo conozco. Charly me dice, desde los parlantes, que, tal vez, solo quiere que alguien en el mundo piense en el ¿Quién piensa en los Hugos? ¿A quién carajo le importa lo que pasa con ellos y con los hijos de ellos? ¿Que son más que un titular catástrofe? ¿Cómo reaccionan ante lo que pasa con el hijo de Lucy?

- Muchas preguntas flaco, pero una sola respuesta: seguro que no como reaccionarias vos
- ¡Qué sabés!
- Vos tenés otra forma de hacer las cosas, otros mecanismos, el Hugo tiene mucho que considerar. Primero; que esos tipos no lo vean, segundo; para quien están trabajando esos dos...
- Pero, el pibe; es el hijo de Lucy, lo siguió, tiene que hacer algo
- ¿Por? El pendejo está hasta el cogote, seguro que se mete lo que venga desde hace rato ¿Qué querés que haga? No puede hacer el héroe, porque la cosa puede venir de culo, ahora o más adelante, y además, si lo saca, el guachito ese va a buscar otro que le dé merca. Podrá salir de esta, pero vaya donde vaya; va a andar en la joda. Flaco, vos sabés que no hay otra
- Algo se puede hacer, la policía, minoridad, la justicia... ¡La iglesia!

- ¿Policía? El Hugo no va a ir a ellos ni mamado, tiene antecedentes, abandonó el patronato y no sabe qué pasa con esos dos, quién los protege
- Lucy puede hacer la denuncia, es su hijo
- ¿Y qué va a denunciar? Es su palabra, los cosas quedan libres y ¿De qué se disfraza? Noo, por ese lado olvidate. Hay miles de pibes en situación más jodida y para ellos no hay presupuesto; ni esas políticas de estado que vos decías y de solo pensar en los curas me da risa ¿Vos te acordás de ese benefactor de los chicos? El padre no me acuerdo cuanto; juzgado, condenado ¡Y en libertad! Total; los pibes violados eran unos negritos desagradecidos
- Este es un caso, no uno entre miles, es único, yo lo creé y tiene que tener una salida
- Claro, me olvidaba, lo tuyo es la novela; probá con la TV ahí les dicen; que se puede conseguir y donde ¡Hasta encontraron un actor con pinta de tumbero para enseñarles! Podés inventar un guión con final feliz ¡Y hasta lo podés hacer entrar a Batman para que los rescate! Viejita; hay paredes que dividen más que las de cemento. De un lado la gente como vos, que tiene laburo, que paga los impuestos, que no necesita nada del estado; o que se puede arreglar por su cuenta, sin el estado

La voz era un ruido de fondo que no podía eliminar. Me encontré apoyado en los codos sobre el teclado, incapaz de

escribir una frase más; porque no sabía cómo seguir esa jácara. Pero esos dos nuevos personajes me empujaban. Querían salir y decir; hacer sería la palabra justa; lo suyo.

— De este lado estamos los demás, los que no tenemos nada, aunque, de a ratos, tengamos todo. Hasta nuestros muertos son de segunda. Para ustedes: asesinato, para nosotros: ajuste de cuentas. Somos la excusa justa, el sujeto siempre a mano, de los discursos y si protestamos ¡Nos cagan bien a palos! Y pedimos lo mismo; solo que ustedes son “ciudadanos indignados” nosotros “piqueteros usados políticamente” ¿Te imaginas una manifestación villera pidiendo seguridad? Y no hay en el mundo un lugar más inseguro que una villa.

Mercedes Sosa y Calle 13, cantaban como si supieran de que iba la cosa:

“Todo lo toxico de mi país
 A mí me entra por la nariz
 Lavo autos, limpio zapato
 Huelo pega y también huelo Paco
 Robo billetera, pero soy buena gente
 Soy una sonrisa sin diente
 Lluvia sin techo, uña con tierra
 Soy; lo que sobró de la guerra*

*Calle 13 “Hay un niño en la calle”

XXX: El hijo de Lucy

La mujer lloraba sin aspavientos; apenas un temblor de hombros encogidos, una gota que se canalizaba en la nariz, alimentada por ojos enrojecidos. Hugo asistía impotente y culposo. Había desencadenado el drama, sin una palabra para encender una chispa de esperanza — El pendejo está en cualquiera, curte y vende — La mirada desesperada de la mujer. El, que adelantaba y sacaba la mano, que no se atrevía a tocarla. Ella que se balanceaba como rezando — Y yo no sé qué hacer, el boliche, esta vida de mierda, todo bien por los chicos, y ahora esto ¿Qué hago Hugo? — Hugo, que no tenía respuestas ni preguntas, apenas un débil— Vos decime que yo estoy— Las ganas de no estar. Salir corriendo de vuelta a su lugar, ahí donde todo eso era lo de siempre. Sin saber cómo, prometió vigilar al pibe y sacarlo de eso; con tal de irse prometió todo. Huyó casi corriendo. Detuvo un taxi, dio el destino y el chofer arrugó la nariz, lo de siempre — Si te va, te dejo en la terminal de Retiro ¿Vos entendés no? — El entendía. Estaban llegando cuando sonó una cumbia, estridente, molesta, atendió el celular; era Hernan que preguntaba si sabía algo de la Lucy, que mañana tenía que estar en la barra y ni siquiera lo había llamado. No quiso decirle nada; mintió, convincentemente, y accedió a pasar por el boliche; había un trabajo — Jamón del medio chabón, diez minutos y papota para regalar— Entró a la villa por el campo-mercado, camino a su pieza,

pasó frente a varios grupos de chicos. Un pibe, sentado contra la pared jalaba de una bolsita

Había manos que se estiraban y otras que entregaban

— Si hay chabones que compran; uno tiene que venderles. La joda es que el guacho está metido con tipos muy pesados ¡Ma si! Mañana voy al colegio y veo ¡Pendejo de mierda! —

Los chicos salieron del colegio. Se corrían, se empujaban.

Gritaban, se acusaban. Ellos no hacían lo mismo.

Caminaban un poco aparte, dejando claro que estaban en otra. Como decía el Rulo; “Hay que ser serios”.

Hugo los miró de lejos. Sentía el estomago lleno de moscas, no le gustaba nada el papel de vigilante, pero se lo debía a Lucy.

Los dos flacos del subte esperaban en una de las esquinas.

Uno estaba apoyado en el único árbol de la cuadra. El otro, desde la vereda de enfrente, miraba todo como al descuido

La nena los vió y enseguida miró al hermano. Ahí pasaba algo malo. El más chico seguía en lo suyo.

El Rulo se quedó un poco atrás y el pibe se adelantó. En el bolsillo del pantalón, la mano aferraba el montón de billetes.

Hubo un intercambio rápido — ¿Sacaste tu moneda? — El pibe asintió, no le dijo que se quedaba con un par de dosis, igual había puesto toda la plata. Cuando los hombres se fueron, se acercó el Rulo, hablaron poco y el otro desapareció. El pibe caminó un par de cuadras con los hermanos y, cerca de la casa, los dejó solos y se fue,

rápido y sin explicar. En busca de un lugar seguro, bajó a la estación del subte. Dejó pasar un tren y saltó a las vías. Bajo el andén, una de las losas permitía acceder a una catacumba. Varios chicos estaban tirados sobre improvisados camastros hechos con cartones. Algunos compartían bolsitas, otros cuchicheaban en voz muy baja. Dos intentaban el sexo con una nena muy flaca que ya no se resistía a nada. El pibe se acurrucó en un rincón y aspiró profundo. El paso de un convoy hizo retemblar la cueva y desató un huracán que levantó tierra y basura. Pero el casi no se dio cuenta. Todo a su alrededor quedó envuelto en una niebla que deformaba las figuras y ahuecaba los sonidos. Los ojos solo distinguían formas. Su mente registraba estallidos de luz. El pibe tenía en una mano una especie de pipa metálica y se balanceaba sin tener conciencia de sus movimientos. Aturdido, los ojos velados y baba, que se escapaba de la comisura de la boca abierta. La luz de una vela deformaba las sombras, las movía, según los caprichos de las corrientes de aire que creaba el paso de algún convoy. Las ratas correteaban por todas partes. El pibe empezó a vomitar y murmuraba incoherencias. De pronto hubo chicos más grandes junto a él. Uno le revisaba los bolsillos y los demás miraban. No hubo amenazas, gritos, ni agresiones, pero el peligro era palpable. De la nada apareció Hugo, los fue mirando a todos. Actitud animal, era peligroso, y los demás comprendieron. Con una mano tomó al chico de la cintura y

llevándolo casi en vilo, retrocedieron lentamente hacia la entrada de la cueva. Llegó un subte y el chillido estridente de los frenos los sobresaltó a todos. Por un breve instante, las sombras se agrandaron grotescamente y luego, la vela se apagó.

— Por suerte, en el sute no había casi nadie cuando salimo. Le dije al tachero que el pibe se cayó en la escalera, que por eso estaba medio boludo

Los tres estaban en la cocina, Lucy había llevado a los otros dos chicos a la casa de una vecina. El pibe mostraba en la mejilla derecha las huellas del fenomenal cachetazo que recibió de la madre. Hugo frenó la paliza que la madre dispuso cuando la nena le contó de los tipos que esperaban, y que inició con el bofetón, y ahora los dos lo miraban. La mujer ya no lloraba, no se imaginaba desgracias, el chico, en la cocina era la realidad y ella aún creía poder salvarlo. Se irían a otra ciudad, una hermana vivía en Pehuajó y allá podía poner al chico a trabajar en el taller del cuñado. Tenía unos pesos guardados; la ayudarían hasta encontrar un laburo; o ponerse un negocio de modista; porque ella sabía coser. Ellos, o mejor; ella, hablaba y exponía los caminos de la vuelta, el pibe pensaba como iba a zafar de los flacos y el Rulo les decía que el pibe se había pasado, que lo habían tenido que llevar. Que no, los ratis no, el novio de la vieja lo había llevado, los flacos no quedaron muy convencidos; pero no habían perdido nada y si el pibe hablaba no sabía nada. Claro que estaba el

Rulo, pero no era como para preocuparse. Solo que ahora había que conseguir otro perejil, con este habían perdido tiempo y el Rulo era el que se los trajo, por eso lo esperaron en la cortada y mientras uno vigilaba, el otro le pegó hasta cansarse. Ahora el Rulo tenía un plazo para encontrar otro infeliz y una para cobrarle al hijo de Lucy. El revólver estaba bien y pudo pagar lo que le pidió el vendedor, se lo calzó en la pretina del pantalón y se dispuso a esperar.

Dos días febriles. Hernan, que no quedó conforme, pero dio su bendición. Lucy embalando lo poco que tenían, la madre, ilusionada con la unión de la familia y el pibe, planeando escaparse a la calle, babeando por una dosis de Paco. Hugo prometió viajar después, sabiendo que jamás cumpliría. Todos hacían su parte como si creyeran realmente que la cosa ya estaba. También hacía su parte el Rulo, pedaleando una bicicleta; a la pesca del pibe que apareció; corriendo desde la casa. Escapó en un descuido de la madre, ocupada en explicarle a Hugo que ya tenía los pasajes, que el lunes sería el día, que todo iba a empezar en el primer día, como debía ser. Solo que el Rulo interrumpió todo con el disparo que dio justo en el hígado del pibe, que estuvo tirado en la calle como una hora, antes de la llegada de la ambulancia y los médicos, que se abrieron paso entre la multitud morbosa, pero que fueron igual de inútiles, porque el pibe ya era un cadáver sin remedio

Lucy no viajó. Una semana después volvió a lo de Hernan; o no volvió, porque no era Lucy esa mujer adusta con un sempiterno rictus de amargura.

Hugo se encontró con Hernan en un café de Retiro. Llegó diez minutos antes y se ubicó en una mesa del fondo, alejada de oídos indiscretos.- Hernan llegó acompañado por un hombre grande y bien vestido que no estrechó la mano de Hugo en la presentación sin nombres

- Acá el amigo tiene la justa. Hay un envío de guita fuerte y él sabe todo. Necesitamos un pibe mas y estamos todos, el te va a ´splicar
- Yo los llamo ese dia y les paso como es el tipo, quien va a estar vigilando y donde va a estar. La función de ustedes será; anular a vigilador y llevarse la bolsa del dinero, si se hace bien, no hay complicaciones, dividimos; un cincuenta para mí y lo demás como les parezca
- Este e ´la gorra, posta —

Hugo miró a Hernan que, echado hacia atrás en la silla, mantenía una cara impenetrable, el hombre no le gustaba. Presentía una amenaza, no era uno de ellos, se le notaba el desprecio en cada ademán, pero ya no había forma de retroceder, como siempre, la rueda giraba y el no tenía el freno. El hombre siguió hablando, pero ya no importaba; solo que adelantó que, el tercer hombre lo pondría él, otra luz roja que, Hernan no pareció ver. El hombre se fue y

ellos esperaron un tiempo para salir. Hugo fue a decir algo pero Hernan lo paró

- Este se cree que se las sabe todas, pero nosotros lo vamos a primeriar. Vos te encargas del vigilador, yo agarro la guita; voy a tener un pibe de confianza en un coche. Rajamos al auto y ahí vemos que pasa con ese que va a traer el. Si todo sale bien...
- Pero, la mitá es un fangote y el chabón va a pitufear y nada ma ¡Que somo nosotros! ¡Siervo somo!
- Tranquilo pibe, este chabón nos puede dar varios datos posta; está en la cosa y tiene contactos; nos conviene, cuando no sirva má; vemo
- No sé, no me llena el quía, e medio asqueroso, parece ortiva
- No te hagá la cabeza, yo lo juno bastante, es cliente, consigue buena mamfa y tiene gente que revende, todo joya, si da un dato...está la posta
- ¿Vo sabé de donde e la guita?
- ¡Yo la gasto chabón! ¡No voy a andar preguntando de donde viene! Andate vos ahora, dentro de un rato me rajo
- ¡Ojála no le ´rre! Esto viene de culo, ma me vale andar con cuatro ojo

Esa noche se fue al boliche. Pensó en hablar un rato con Lucy, pero la mujer no pareció reconocerlo; deambulaba por el salón con paso vacilante, de a ratos se reía a

carcajadas; varios parroquianos estiraron los brazos, pero se desasíó de todos y siguió la ronda. Hugo se fue.

XXXI: Las cosas como son

Y bueno; ya está, el pibe dejó de ser un problema, ya no necesito pensar más en cómo sacarlo de su pequeño infierno, quedan los dos hermanos, pero fueron solo personajes secundarios. Lucy está anulada ¿Loca? Puede ser, está abierto a la interpretación del lector, pero no va a interferir en el final de la historia, que es el final del Hugo
¡Por fin!

- ¿Qué? ¿Ya no te sirve más?
- ¡Nada que ver! Todo está en el mismo paquete, cuando empezás terminas. Solo que pasan cosas muy raras; quiero hacerlo un tipo torcido, cruel, amoral, y no me sale
- ¿El pibe tiene que llegar a lo más bajo no? Hasta ahora eracasi simpático
- No creas, uno ya tiene todo en la cabeza. Los personajes se acomodan un poco, hay escenarios que exigen cambios, escenas que te hacen replantear algo, pero no más que eso. Yo relato, cuento, no soy parte de la historia, no es lo mío
- Basta de inventar un mundo a medida. Para mí, son buenos los leones que, en cuanto te descuidas; te morfan. No me dejan admirado los elefantes que hacen cosas de perro, ni los tiburones que el buzo reta cuando tratan de morder. Cada cosa en su lugar. Basta de inventar un mundo en el que todo se rinde a la especie superior. Caminá al lado del Hugo,

ensúciate un poco, igual, todo está en el papel, es un ejercicio ¡Dale chabón! ¡Animate a vivir papá!

Me fui a la cama con la voz resonando en mi cabeza y una idea que, de inmediato, consideré descabellada, irresponsable y estúpida

— Y bueno, no será un ejercicio y sin duda, me voy a ensuciar; pero necesito saber un poco más

Dejé el auto en un estacionamiento, desparramados en los bolsillos, llevaba billetes de diez y cincuenta pesos, y una de las dos cédulas que tengo, me saqué el reloj, la alianza, y armado de una libreta de mano y una birome común, me encaminé, con la muerte en el alma, hacia el acceso de una de las varias villas. La que me pareció, debo decirlo, mas “decente”

Lo primero que me impresionó; fue el olor, flotaba por todas partes, se me metió en la nariz y allí se quedó. Entré en uno de los pasillos, detrás de mí varias cabezas se asomaron y, más adelante, percibí un grupito de personas que cerraban el paso. Sin saber qué hacer, golpee las manos delante de una cortina, que reemplazaba a la puerta. Se asomó un hombre de edad indefinida, una barba de varios días, la ropa muy raída y una expresión que me heló la sangre

— ¿Sí?

Cuando terminé de explicar el porqué de mi presencia a la puerta de su casa, me miró un momento, sin decir una sola

palabra, después con un gesto, casi elegante, me franqueó la entrada

— ¿Un mate?

Una hora más tarde, acucillado contra una de las paredes de madera y ladrillo charlaba con el grupo que había visto al llegar, ya no me quedaba dinero encima, compré facturas, cerveza, fiambre y hasta una dosis de Paco, para el nieto de mi anfitrión. De la mano del Mincho recorrí esa subciudad de chapa y cartón, supe de las changas, que eran lo mejor que podían tener, de la explotación en los negocios del centro, de la libertad pendiente de un hilo, de los chicos que estaban en el choreo, el Paco, que estaba haciendo estragos — Dentro de poco no va a quedar un pibe vivo, el Paco se los lleva y ahora apareció otra cosa, el chis, que es peor todavía— En la villa no entran remises, taxis ni ambulancias. Las banditas los interceptan y desaparecen, ni la policía se atreve, cada pasillo tiene su diler y hay peleas sangrientas en defensa de los territorios. Las mujeres, obligadas por la supervivencia, son tan agresivas como los pibes, pero, según lo dicho por varias — Si tenés un chabón, es lo más y es tu dueño — El Mincho tenía varias entradas, todas por robo; dijo él. Uno de sus nietos había muerto en un intento de asalto a una estación de servicio y otro esperaba la condena por homicidio en el penal de Marcos Paz. Recibí muchas miradas torvas y percibí la amenaza como una cosa palpable que frenó el Mincho. La visita terminó avanzada la tarde. Por consejo de

mi anfitrión, me fui antes de que oscureciera. Me acompañó varias cuadras, charlando como viejos amigos. Paré un taxi, el chofer me miró con mucha aprensión, le indiqué una dirección cualquiera, que luego cambié para ir a buscar mi auto

— Mmm ¡Qué baranda! ¿Se puede saber donde estuviste todo el día?

— Hice el viaje más largo de mi vida... y solo pude ver el paisaje

El agua se llevó el olor pero eso fue lo menos importante, ahora tenía que usar lo visto...pero no tenía todos los datos. Las doce de la noche, la casa en silencio, el mate preparado, el perro que da el último giro antes de dormirse. Enciendo la máquina, abstraído repaso mis notas, abro un nuevo documento...y eso es todo. No se me ocurre otra cosa que hacer solitarios, las ideas no aparecen. Borro tres comienzos. Del desarrollo; ni noticias. A las dos de la mañana, los ojos me arden, estoy furioso y me caigo de sueño. Apago todo y me voy a la cama. En el pasillo, me llevo por delante el calefactor y el barullo alborota el sueño de todos. Por suerte, el sueño llega rápido y sin transición, estoy flotando en el aire sobre un impresionante muro gris que separa mi casa de un bosque oscuro y lóbrego; no veo animales, pero escucho aullidos y rugidos, me apuro a bajar y entro a la casa. De la nada sale una voz que apenas escucho

— Hipocresía, esa es la palabra que no encontrás, no te engañes viejita, la conocés, pero si la decís; te vas a enterar de que vos también sos un hipócrita

XXXII: Huir hacia la nada

Todavía estaba en la cama cuando, a medio día, lo llamó Hernán. Quedaron en encontrarse esa misma tarde, Hernán ya sabía quién era el tercer hombre. Después de cortar, se acomodó para dormir un poco más, pero se quedó en la intención. Encendió el televisor y un cigarrillo, al rato, se levantó; demasiado nervioso. Llegó al bar media hora antes, buscó una mesa apartada, cerca de la puerta del baño, y pidió un cortado. Hernán llegó atrasado, se sentó y lo miró sonriente

- Bueno ¡Ya está! Es mañana a la tarde, el tipo es uno que labura con él; vino dos o tres veces al boliche, dice que se llama Julio, parece un pibe bueno
- ¿Y cómo va `ser?
- Nos juntamos al mediodía y ahí arreglamos. El quia no sabe todavía de donde va a salir la valija, se lo dicen a la mañana, pero ya hablamos; son, más o menos, trescientas verdes ¿Te gusta? Las lleva un solo tipo y hay otro que vigila desde un auto, pueden ser dos, todavía no se sabe. Este Julio, va a estar en un mionca, cuando el auto arranque, se le cruza a los que lo custodian en la primera calle, deja el camión y se va corriendo. Nosotros nos ponemos a la par del tipo, le ponemos los fierros en la cara, manoteamos la guita y salimos de raje
- ¿El tipo?
- Lo dejamos atado al volante con un suncho

A Hugo no se le escapó la vacilación de Hernan, le quedó muy claro que era un invento para dejarlo tranquilo, pero la rueda, otra vez, había empezado a girar y el no hacía nada para detenerla; ni le interesaba.

Volvió a pié. Una pareja de gendarmes lo miró mucho, pero no lo detuvieron. Junto al paredón de la estación, dos mujeres charlaban y fumaban sin parar, a su paso ofrecieron un escote cansado y una sonrisa de trabajo, solo un segundo, y volvieron a la charla. Dos chicos muy flacos, muy morochos, muy sucios, abrían y cerraban puertas de autos y taxis. Humaredas grasientas, de olores indescriptibles, envolvían los infinitos puestos de comida. Caminó por un desfiladero de tenderetes que ofrecían infinidad de artículos electrónicos, CD's, ropa y mil cosas más, todo rigurosamente falsificado. Parejas de policías, gendarmes y agentes de prefectura caminaban con aire despreocupado. Salía al playón de la terminal cuando empezaron los gritos y las corridas. Un grupo de hombres, vestidos de uniforme corrían a bastonazos a los indigentes que pernoctaban ahí. Un chico de cuatro o cinco años lloraba a los gritos viendo como su mamá recibía golpes. Las pocas pertenencias, previamente destrozadas, eran cargadas en un camión. La gente en un micro y los dos vehículos partieron, precedidos por un patrullero. Renacida la calma, siguió hasta la villa, compró comida y bebida, se tiró, vestido, sobre la cama. Mientras comía, sintonizó un canal para chicos. Sherek, su burro, y un gato vestido de

mosquetero, llegaron al castillo, él no podía ver nada; estaba dormido.

La arena se extendía desde la selva hasta la playa, más allá; el mar. Miraba todo desde el ventanuco de su cuarto, quería llegar a la arena, disfrutar del sol y el agua transparente, pero en la selva había bestias que se adivinaban en colmillos fulgurantes y ojos vigilantes. De pronto el edificio tembló, un rumor sordo que parecía salir de las entrañas de la tierra y, en medio del fragor; vió elevarse sobre él una ola monstruosa que avanzaba tragando todo a su paso. Hugo, quería escapar; pero las piernas no obedecían. Se despertó cuando el muro verdiazul llegaba a su ventana. En la cercana autopista un camión traqueteaba arrastrando un gran acoplado, el edificio vibraba y se estremecía con los cambios de marcha. Se sentó en la cama y encendió un cigarrillo, no había apagado el televisor que seguía emitiendo dibujitos. Los dos hombres ya estaban en el bar cuando llegó Hugo, hubo una presentación rápida — Este es Jorge, el amigo del quía—, pide café y, cuando el mozo se va, pregunta por el que falta

— No puede venir, después sospecharían de él. Pero la cosa es así

Y sigue un plan detallado y minucioso, sin notas ni croquis. Cada uno tiene que recordar su parte. El camión espera a dos cuadras del depósito

- Los dos ortivas de la custodia ya estaban ahí cuando yo venía para acá
 - ¿Y qué pasa si van adelante del que lleva la torta?
 - Hace rato que son cuidas y siempre es igual, sale el auto y lo siguen
 - ¿Y si en el auto van dos?
 - Ustedes descansen; siempre va uno solo. Si hoy, por lo que puta pudiere, son dos; nos quedamos piolas y le damos en la próxima entrega
 - Che Hugo ¿No tenés preguntas? ¿Todo joya?
 - Todo de diez, si no se pudre parece fácil
 - ¡Es! Fácil. Les garantizo que, esta noche, celebramos
- El celular de Jorge suelta un pitido que sobresalta a Hugo
- ¡Listo! Vamos para allá; en media hora sale
- Hernan y Hugo están en el auto. Jorge sube al camión y enciende el motor
- Che ¿De dónde salió el mionca?
 - Lo levantó antes de juntarnos, el chofer está en la caja, atado como un matambre y recagado en las patas ¡Dice Jorge que el tipo se meó encima!
- Un auto salió del estacionamiento del depósito y avanzó hacia ellos. Claramente escucharon el rugido del camión que desembocó la bocacalle un segundo antes que los custodios. Hernán ya había encajonado al otro auto y, casi sin darse cuenta, Hugo se encontró golpeando la ventanilla con la culata del arma. El vidrio polarizado estalló y ahí fue que vió a la mujer. Ya Hernan tenía encañonado al chofer y

le gritaba para que agarrara la valija del dinero. Hugo vió la mano que empuñaba un arma y, automáticamente; disparó. La explosión dejó todo en silencio. Hugo sin emoción, vió la cabeza de la mujer saltando en una nube roja que lo salpicó. De un tirón se apoderó del maletín y corrió hacia el auto que Hernan ya arrancaba. Cuando los custodios sortearon el camión, ellos ya doblaban en la primera esquina. Recorrieron un trayecto muy corto, antes de cambiar de móvil. Después, en silencio, cada uno reconcentrado en sus propios pensamientos, fueron al boliche. Contaron el dinero del botín, dividieron según los porcentajes acordados y esperaron la llegada de los otros dos.

Hugo veía la cara de la mujer que se deshacía entre nubes de sangre, la imagen volvía una y otra vez, o jamás se iba, mareado y nervioso, sentía una opresión dolorosa en la boca del estómago, una pierna repiqueteaba constantemente y daba a la silla y a la mesa un tembleque que exasperó a Hernán que inició una discusión; que murió prestamente ante la falta de respuesta de un Hugo ausente.

Los otros dos llegaron de noche, casi no hubo conversación, apenas la información, sin comentario, la muerta era una empleada, el supuesto revolver; apenas un handy, el chofer estaba muerto; también Hernan había hecho lo suyo, en medio del shock, Hugo ni se enteró.

- Dos muertos al pedo, no es serio Hernan, vos me dijiste que este era confiable y mirá... Habíamos dicho que si había alguien más, suspendíamos
- Y bueno, da igual, ya fue. El pibe pensó que pelaba un fierro y la quiso primerear; fue en el quilombo ¿Viste?
- Ahora hay que quedarse guardados y perfil bajo. Si el pibe se las toma, mejor; total, con lo que sacó se puede ir de vacaciones. Nosotros vamos a seguir laburando como siempre

Y eso fue todo, al menos mientras estuvo presente Hugo que, casi enseguida, tomó su parte y salió. Caminó unas cuadras y paró un taxi. Ya llegaba a Retiro cuando sonó el celular, una Lucy asustada que solo musitó unas palabras — Rajá Hugo, te la van a dar — y cortó.

Era más una confirmación que una novedad. Cuando salía del reservado advirtió las miradas de los otros — ¡Junagranputa! ni tiempo me van a dar — Pensó rápido ¿Sacar las cosas de la pieza? ropa y nada más. Mejor ir a la terminal y tomar un micro

- No ¡Boludo! Ahí me van a estar esperando seguro
- ¿De dónde salen los micros para La Plata? Que no sea desde Retiro
- En Plaza Once hay uno que va directo
- ¡Hay 'stá! Vamo pa 'ayá

El chofer lo miró por el retrovisor, evaluaba si este pibe era seguro o se encaminaba a un robo, o algo peor. Dio la vuelta en la terminal, para no pasar frente a la villa. El

viaje fue rápido y durante el trayecto no intercambiaron una sola palabra. Hugo encontró el micro y minutos después estaba en viaje, sobre sus piernas descansaba el bolso, con su parte del botín.

Otra vez huir. El miedo, la soledad. De golpe todo era oscuro, lóbrego, hostil. Una mujer joven estaba sentada cerca, Hugo la miró y, horrorizado, vió disolverse la cabeza en una nube de sangre. Cerró los ojos y los tapó con los puños, esperando que la visión desapareciera; igual fingió dormir, hasta que el autobús frenó, con profusión de resoplidos, en la terminal de La Plata.

El último ómnibus a Mar del Plata salía en diez minutos, sacó el pasaje y corrió para alcanzarlo. Amanecía con frío y mucho viento cuando buscó alojamiento en el primer hotel que encontró. No se molestó en desvestirse; abrazado al bolso, se derrumbó sobre la cama y se quedó dormido instantáneamente, para despertar enseguida; la mujer, con la cabeza destrozada, lo miraba muy seria y él no podía hablar.

A mediodía buscó un bar alejado y ocupó una mesa frente al televisor. El tenedor quedó a medio camino de su boca abierta cuando, en la pantalla, un entusiasta mobilero arreciaba los comentarios sobre los horribles crímenes de la tarde anterior

— ...la víctima, una mujer policía que hacía horas extras custodiando el transporte del dinero, y el chofer, un policía retirado, fueron acribillados por los

delincuentes, que lograron fugar en un automóvil que los esperaba. Esta mañana el comisario Iglesias, confirmó el allanamiento de una whiskería en la que se ocultaban los delincuentes, que se resistieron al arresto, generándose un tiroteo que acabó con la vida de uno de ellos, identificado como Hernan Céspedes, de treinta y seis años y frondoso prontuario. Mientras que el otro malviviente, que ya estaría identificado, logró huir

En la pantalla apareció la cara del quia, rodeado de micrófonos y contestando las preguntas de los periodistas, estaba acompañado por Jorge. La información de la pantalla los señalaba como el comisario y el subcomisario a cargo de la investigación

— ¡Ratis de mierda y la rep...! Boletearon al Hernan ¿Y ahora? Estoy en el horno. Me debe andar atrás toda la gorra

Pensó en llamar a Lucy, la única persona que conocía, pero ellos rastreaban los celulares. Pensando en eso, tiró el aparato en un contenedor repleto de escombros y acomodó un gran cascote sobre él. Vagó todo el día sin atreverse a volver al hotel. Tomó innumerables cafés y gaseosas en bares con el televisor fijo en un canal de noticias, pero no se enteró de nada más.

La tarde fue desapareciendo, no podía darse el lujo de pasar la noche sin habitación a merced de cualquier policía que tuviera su foto. Pidió precio en varios hoteluchos y

eligió uno en el que le ofrecieron una pieza en el primer piso a la calle. El recepcionista no se molestó en verificar el nombre ni el documento, Hugo seguía manteniendo el incognito. Se acostó vestido, había comprado una muda de ropa, a la mañana se daría un baño y la estrenaría. No tenía televisión, ni se enteró que el prófugo era buscado intensamente en la costa. Durmió mal, despertó varias veces con el corazón desbocado; viendo esa cabeza destrozada y la sangre detenida en el aire como una nube siniestra. Apenas amanecía cuando se metió bajo el chorro de agua muy caliente; del que emergió casi media hora después, con las ideas un poco más claras y lo que podría denominarse como "Plan de acción"

Claro que no había tomado en cuenta a la pareja de policías que, por rutina, revisaban el libro de entradas del hotel.

Los vió cuando enfilaba el pasillo hacia la salida, se zambulló detrás de una de las puertas abiertas y volvió al cuarto. Se asomó a la ventana y vió al patrullero estacionado frente a la entrada. Sacó medio cuerpo para alcanzar la parte superior de un cartel publicitario y se descolgó hasta la marquesina y desde ahí, un salto lo depositó en la vereda. Los caminantes se apartaron alarmados y una señora lanzó un grito involuntario que resonó cuando el ya corría hacia la esquina, para doblar por la contramano.

No podía acercarse a la terminal, si habían llegado al hotel, seguro la estaban vigilando. Caminó hacia el mar y en la

costa, vió un micro que iba a Santa Clara, corrió para tomarlo y se sentó en el último asiento. Un viaje corto, la mente en blanco, el futuro que no existe. Solo el bolsito con la plata y la vida que jamás vivió.

El colectivo atraviesa el arco de entrada. Avanza por una calle llena de arena y se detiene frente al único edificio que parece tener vida en ese pueblo que sale de su letargo solo en el verano. Sin saber qué hacer, entra al hotel; se acerca a la recepción y pregunta por un supuesto Luis Gómez, contratista que tiene una obra ahí y que le dijo que se viniera, que él ya lo estaría esperando para empezar la obra. El empleado apenas contesta a la letanía que desgrana Hugo con el solo fin de lograr una habitación para pasar la noche

— ...¿De dónde puedo hablar por teléfono? Si me dice que viene lo espero, pero la guita me alcanza nada más que para una noche y un sanguiche. Tengo que saber que no lo voy a esperar al pedo

Un cliente, por una noche en esta época de parate total, es un regalito. Si el dueño no aparece, no lo anota y ¡Pelito pá la vieja! Se encanuta la plata — Acá, al lado. En el locutorio, si está cerrado tocale el timbre, decile que yo te mandé — De golpe es amable y hasta obsequioso. Hugo está incómodo en el cubículo de aluminio. Dos veces tiene que discar el número de Lucy, antes de escuchar la voz de la mujer.

- ¡¿Qué haces loco de mierda?! Te buscan por todos lados, el tipo que venía a verlo a Hernan era...
- Ya sé, ya se, para un poco ¿Saben dónde estoy?
- Se dice que andás por mardel, de eso me enteré cuando me llamaron a declarar
- Lo cuetearon al Hernan
- Dijeron que se resistió, pero lo fusiló el amigo del garca ¡No le dijo ni buen dia antes de meterle un tiro! Y dicen que sos el próximo
- Me voy para allá, buscame una pieza en Fiorito, hablá con el Moncho, decile que es para mí, que tengo pa ´ pagar
- Bueno le digo, cuidate chabón
- Te yamo en cuanto yegue ahí; y gracias flaca, sos una masa

Cortó, pagó y salió con cara de bronca, desde el hotel, el recepcionista lo miraba

- ¡Este chabón es cualquiera! ¡Ahora me sale con que tengo que ir a Buenos Aires! Allá me espera
- ¿Y qué vas a hacer?
- ¿Hay micro desde acá?
- El carreta, entra en todos lados y tarda como ocho horas

Basta de amabilidad, si toma el colectivo, adiós alojamiento
¡Negro de mierda!

- Y ¿A qué hora sale ese?
- Viene de Mar del Plata, pasa a eso de las tres

— ¿Para acá?

Duda, tiene tiempo para comer algo; y tiene hambre, pero en el único bar no hay nadie y va a llamar la atención. Se va al maxi kiosco que oficia de terminal y se sienta a esperar, antes compra unos alfajores y chocolatada. Media hora después mira el campo interminable desde la ventanilla del micro que lo dejará en Avellaneda, nadie le pidió el nombre ni el documento; por lo que dure el viaje, está seguro.

Llegó a la villa desde la autopista. Evitó cuidadosamente cruzarse con nadie. Con la capucha del buzo puesta y la gorra bien encasquetada no resultaba fácil reconocerlo. Tanto, que el Moncho apenas si lo miró cuando se apoyó en la pared

— Don Moncho, qué onda

— Que hay pibe ¿Anda escuendido?

— Y...

— Ya sé, me habló una Lucy y me dijo. No va a ser grati ¿Vió?

— Tengo un poco todavía, puedo habilitarle una plata

— Ya vamo a ´blarde ´so. Ahora váyase al otro pasillo, la casilla tiene una puerta roja. Métase adentro y dejemé que averigüe como viene la mano – Le alargó un celular — Tenga este, no lo use, si cae la gorra yo le aviso.

Y eso fue todo, el Moncho volvió al mate y él se fue. La rueda había dado una vuelta completa, estaba, otra vez, donde empezó; y absolutamente solo.

XXXIII: Los otros

Otra vez releer, siento que algo se me escapa; y no estoy seguro de querer encontrarlo. Todo lo que pueda decir va a estar teñido por mi realidad y no encuentro la forma de evitarlo. Un grupo de muchachos pasa, gritando y riendo, por el frente de la casa, no puedo soslayar la sensación de alarma. Las voces, amplificadas por la soledad, disparan mi inquietud. El perro, apenas si levantó una oreja; él sabe cuándo hay peligro. La voz, otra vez, no se hace presente, ni siquiera cuando, después de dos horas, me doy por vencido y, apurado por una pastilla, me duermo sin sueños. Sábado, los chicos en el club, nosotros en el súper. Nos junta la tarde de sol y un picado, que me deja un pié dolorido y el ego a la miseria, mi hijo se cansa de hacerme caños y termino enfunfuruñado, en fin, el número vivo de mi familia. Esa noche, un amigo nos llama y comemos juntos en la parrillita del barrio, un lugar de amigos y vecinos, el asado esta perfecto y cruzamos bromas con el dueño/parrillero. De pronto entran dos pibes, más o menos veinte años, el ambiente cambia, surge una tensión evidente que se alivia cuando el gordo saluda a uno de ellos y le entrega un paquete, el pibe paga y se va. La tensión reaparece cuando el otro pide un choripán. El gordo le dice, retador, que no hay más y el pibe cambia a un sanguuche de vacío. El gordo se para frente al chico, los brazos en jarra, la mirada fija y la mano, que saca un arma y la mantiene bajo el mostrador

— No tengo más carne, lo que hay está vendido

El pibe se queda mirando, ahora si advierte que algo sucede con él, da media vuelta y se va, callado y rápido

— ¡Ja! Ese no vino a comer

— Si, tenía pinta de chorro

— Yo ya estaba preparado; un gesto nomás y lo cueteo

— No se puede vivir tranquilo

— Están en todos lados, si no te avivas; fuiste

El gordo deja de ser bonachón y chistoso, todos se pavonean, cada uno vio, antes que los demás, que ese muchacho "andaba en algo"

Juzgado y condenado. Ser joven, en estos tiempos; es muy peligroso.

El fin de semana termina; la noche del domingo, llega con desgano, sueño y acidez. Quiero acostarme temprano, pero la costumbre me gana y, a medianoche, estoy preparando el sempiterno mate. Mientras se calienta el agua, elijo la música. Cumplo rigurosamente con cada uno de los rituales y, de un tirón, lleno dos carillas; que luego borro

— Cuesta explicar todo desde el mismo punto de vista, las cosas no son lo mismo desde allá

— Desde allá, desde acá; todo es lo mismo. Hay gente que labura y otra gente que no. Después se puede hablar de las cosas que no se hacen, de los políticos venales, de la droga

— Y si, cerrar los ojos es más cómodo, o perorar sobre la inseguridad y pedir que los maten a todos

- ¡Para! Yo no pienso así, si me metí en esto es justamente por eso. Entiendo más de lo que quisiera entender
- ¿A alguien le interesa? Si alguno quisiera mirar; seguro ve todo. Estos guachines no conocen el trabajo, la guita viene de los planes, de las changas, o del afano, ustedes les refriegan un mundo cómodo y benigno y pretenden que ellos se queden con la boca abierta, siempre dispuestos a suscribir lo que se les indique y solo cuando se les indique.
- Pero esto no es nuevo. El Hugo es un pibe que camina en este país desde que existe. Fue el gaucho vago, ladrón y mal entretenido que condenaba Fierro. Los laburantes del campo que vinieron a la capital; los guapos de esquina que pintaba Borges, “Cabecitas” para los de la Unión Democrática. Los que metieron atrás de un paredón. Los que laburaban en las empresas que ya fueron
- Les garpan planes para que no jodan y vivan como quieren ustedes. Para ellos el trabajo viene de casualidad y siempre en negro, siempre por izquierda; en beneficio de ustedes
- Te falta el bandoneón y sos un tango
- ¿Sí? Proba... digamos... tres meses, nada más que tres meses; tapá el baño, lavate con un tacho, dale a tu familia mate y pan duro, en vez de médico, llamá a la curandera, y a la hora del cole; que vayan a pedir a los

- semáforos. Después me contás. Una pregunta ¿Qué quiere decir Parayata? ¿Ese es el apellido del Hugo no?
- Significa Paria en indostaní, así se los llama a los que viven fuera de las ventajas de que gozan las demás, e incluso de su trato, por ser considerados inferiores.
 - Muy coherente lo tuyo ¡Y me discutís todavía!
 - Pero, las teorías de conspiración, son pavadas. Hay necesidades, tiene que mejorar la redistribución. Hace años que las estadísticas demuestran crecimiento
 - Si se reparten mil entre diez y uno se lleva nueve, la estadística dice que hay diez tipos con un peso cada uno, pero la verdad es otra, hay nueve en la lona y uno se la llevó toda. El Hugo hace falta ¡Les! hace falta.
 - ¿Y de dónde sacas esas cosas? ¡Por favor!
 - ¿Alguien es capaz de entender lo que no se imagina? ¿Cuántas ciudades hay en la ciudad? ¿De qué sirve la cultura si en lugar de integrar discrimina?

Y esa fue la última vez que la escuché. Mi amigo el sicólogo, diría que al final salí de un desorden psicótico. Pero me parece que sus preguntas; son mis preguntas. A veces, convertimos nuestros gritos en silencio cuando suceden cosas que vemos sin querer ver. Somos parte de una maquinaria enferma y preferimos ignorarlo. Los Hugos, con su idioma, costumbres, música y necesidades diferentes, son el enemigo. En una sociedad cada vez más clasista, son una clase. Una forma de vida que incluye la

violencia, porque es la constante para ellos, tan constante que ya ni la cuestionan y excluye la salud, el respeto, la educación. A eso respondemos con fortalezas feudales, nos encerramos los iguales para defendernos pero, como antes, en esos reductos, necesitamos de ellos para poder seguir viviendo como nosotros. Ya no sé qué trato de explicar. Solo los hechos; se explican por sí solos.

“Nadie llega a ninguna parte
 Las ciudades huyen
 Y se esconden
 Ejércitos de caminantes
 Señalan falsos rumbos
 Hemos nacido para no llegar”
 Alejandro Dolina
 “Bar del infierno”

Hugo fumaba sentado en la única silla. Por la puerta entreabierta, vigilaba una parte del pasillo por el que apareció un hombre. Caminaba rápido, mirando por sobre el hombro continuamente. Supo que venía por él. El tipo se detuvo frente a la puerta y llamó

— ¡Dale Hugo, salí rápido, me dijo el Moncho que te avise

Al principio no vió nada familiar en la cara barbuda, la boca desdentada, los hombros vencidos y el cuerpo flaquísimo. El hombre se cubría con un pulóver sucio y roto y pantalones abolsados que sostenía con una tira anudada. Lo fue reconociendo de a poco y retrocedió, a la defensiva

— ¡Panza! Q'acé ¿Quién te mandó?

— Dale Hugo, tené que piraa. Ya saben que estás guardado acá. Lo agarraron al Moncho, pero antes me pudo avisar. No te van a engomar, ya so boleta si no te rajá

— Pero el Moncho dijo...

— ¡Ja'jode Hugo, no te via' cagá! Da igual, ya fue Sin saber por qué, Hugo le creyó y se fue con él, buscando una salida que el Panza sabía que no estaba vigilada. Por el camino se enteró que, después de la pelea, estuvo entre la vida y la muerte como diez días

— ¡Junagranputa! Tengo lo chinchuline zurcido y me sacaron el bazo. Me salvé cagando, y no sé si fue bueno. No puedo chupar, ni papear cualquiera ¡Ni la porquería puedo probar!

— Con el color que tiene, no creo que le quede mucho ¿Y te pintó ayudarme? ¡Vo so loco chabón!

— No Hugo, ya te cagué antes. Entre nosotros tenemos que ayudarnos. Mirá, ayá hay un tacho, andatepa la general Paz y pasate a la provincia. Yo voy a correr la bola que te fuiste para Avellaneda

Hugo le dio una buena cantidad de billetes, que el Panza no pidió, y se despidieron con un abrazo.

El chofer miraba el espejo continuamente, dos días sin bañarse y la adrenalina de la huida, convirtieron a Hugo en un pasajero indeseable. Para no empeorar la cosa, se bajó en Belgrano y caminó por la avenida Cabildo. Las vidrieras rebosaban de luces. Hugo se distrajo frente a un televisor gigante y no vio al patrullero; ni a los uniformados que lo miraban mientras hablaban por handy. Cuando finalmente apartó la vista del artefacto, ya uno de los policías se bajaba del móvil. Hugo cruzó la avenida sorteando vehículos y puteadas de automovilistas asustados.

Encañonó a una mujer que se detuvo para no atropellarlo, la sacó del auto de un tirón y arrancó con un chirriar de gomas. El patrullero hizo sonar la sirena y dio la vuelta en "u" Pero Hugo había ganado varias cuadras y ya se detenía en la entrada de un subte. Dejó el coche y abordó un colectivo que venía en sentido contrario. Confundido entre los pasajeros apiñados en el estrecho pasillo, vió pasar al patrullero, que se detuvo delante del auto que acababa de abandonar. Cuando uno de los uniformados bajó corriendo hacia el andén del subte, Hugo sonrió

— ¡Qué gile! ¡Se tragarón que yo me iba a pira en sute!
En una oficina estaban reunidos el quia y el tercer hombre. El Hugo se les había escapado por un pelito, el Moncho pagó las consecuencias, pero eso no solucionó nada. Ahora buscaban al prófugo en la zona de Avellaneda, gracias al soplo, indudable, del preso que Hugo apuñaló.
El celular del quía crepitó y ante lo que escuchaba, apretó los dientes hasta que los labios fueron una línea blanca.

— Apareció en Belgrano ¡Manga de boludos! Lo dejaron ir otra vez

Hugo estaba desesperado, no encontraba un lugar para refugiarse. Vivió un par de días en La Cava, después se fue a Villa Fiorito. El dinero que le quedaba se estaba acabando y tenía que resolverlo rápido.

La fiambrería trabajaba muchísimo y no tenía vigilancia, en el medio de un barrio tranquilo, parecía un trabajito fácil.

Encañonó a la mujer que estaba detrás del mostrador y le pidió la plata. La mujer abrió la caja y le entregó el dinero. Hugo le pidió a los gritos los billetes grandes que escondían. La mujer miró a un costado y Hugo presintió el peligro. Giró para enfrentar al hombre que empuñaba una escopeta que le apuntaba. Hugo disparó antes y, ante la mirada horrorizada de la mujer, el hombre se fue cayendo despacio, tratando de sujetarse a algo, mientras la pechera de la camisa se ponía colorada. Hugo escapó, cuando salía, se escuchó la explosión de la escopeta y sintió un agudo dolor en la pierna.

El final

Corrió entre las pinceladas oscuras y húmedas de esa noche de otoño. Los fantasmas que alguna vez fueron verdes, ahora, sucios de hollines, le saltaban al paso provocándole sustos a repetición. Apenas si se contenía ante la llamarada roja de los semáforos. Se volvía continuamente, temeroso de cada sombra y cada sonido. Los ladridos de un perro, encadenado a la reja de la iglesia, se le antojaron una advertencia, pero a estas alturas ya no había advertencias que considerar. Había dejado atrás la posibilidad de decidir y la necesidad de pensar, era tarde para cualquier después. Un dolor sordo le subía por la pierna feamente desgarrada y la sangre, su sangre, empapaba la pernera del pantalón. La vidriera de un café rompía la oscuridad arrojando una lámina de luz blanca y vapores a la vereda, la evitó cruzando la calle, adentrándose en la sombra. El mozo, inútil a estas horas, diría después que le pareció ver a un hombre que cruzó apurado, pero sus dichos solo fueron para su patrón que, tan aburrido como el, pensaba en el cheque que entraba el lunes y se sabe que, ante un vencimiento, a nada se le presta la debida atención.-

La huida, que ahora terminaba en la oscuridad de esta noche anónima, empezó antes cuando aún era tiempo para todo.

Fin